



3933







# LOS ESPÍRITUS





# LOS ESPIRITUS

M. OTERO ACEVEDO

DOCTOR EN MEDICINA

Las ciencias, que parecen influir dulzura y bondad, y llenar de satisfacción a quien las cultiva, con todo eso no ofrecen sino pesares ¡A cuánto se expone el que de ellas saca razones para dar á los hombres algún desengaño ó enseñarles alguna verdad nueva! ¡Cuántas pesadumbres le acarrea! ¡Cuántas y cuán siniestras interpretaciones suscitan la envidia ó la ignorancia, ó ambas juntas, ó la tiranía, valiéndose de ellas! ¡Cuánto pasa el sabio que no supo lisonjear al vulgo! ¿Y por eso se han de dexar las ciencias? ¿Y por el miedo á los peligros han de abandonar los hombres lo que tanto pule su racionalidad y la distingue del instinto de los brutos?

Joseph Cadahalso.—*Cartas Marruecas*, pág. 173.—Barcelona, Piferrer.—17-96.

EDICIÓN ÚNICA

---

TOMO II

---

MADRID

REVISTA PSICOLÓGICA «LA IRRADIACIÓN»

Calle de Hita, núm. 6, bajo.

1895



---

---

Es propiedad.


---

---

Á LOS QUE AMAN LA CIENCIA



## ADVERTENCIA



*Razones poderosas impidennos publicar —por ahora— dos de los cuatro volúmenes que habian de constituir esta obra.*

*Uno de ellos comprende el estudio de las épocas conocidas con los nombres de Edad Media y Renacimiento, hecho desde el punto de vista de la psicología fenomenal; el otro, el de la escritura medianímica—fenómeno el más importante, acaso, de todos los del espiritismo—las observaciones psicológicas que á la mediumnidad añaen y la exposición y crítica de las teorías emitidas.*

*En este tomo, que damos como término de nuestro trabajo, referimos experiencias*

*llevadas á cabo por hombres de talento y saber reconocidos. Sus afirmaciones son testimonios irrecusables de grande valor, y como una garantía de los experimentos que hemos realizado; los estudios posteriores, de Lombroso, Richet, Ochorowicz, Sidgwick y otros afamados profesores, son su confirmación.*





## PRÓLOGO

---

Carácter del siglo actual.—Vanidad de la ciencia.  
—Decadencia del materialismo.—La reacción.—  
Espiritismo moderno: su origen.—Propagación.—  
Convertidos.—El espiritismo en Europa.—Allán  
Kardec.—La Sociedad Dialéctica, de Londres.

Llegamos al siglo XIX, y en él todo cambia. Ya no hay taumaturgos y goetas como en la antigüedad ni hechiceros, brujos y convulsionarios como en la Edad Media; los ascetas y los santos histéricos han desaparecido; la Inquisición no funciona, y las epidemias religiosas apenas si se muestran. Hay una especie de calma en los espíritus, como producida por la fatiga de exaltaciones anteriores: consecuencia necesaria de aquel exceso en el funcionalismo. Los nervosismos sucumben, y la fría razón se enseñoorea del mundo.

Ya no se trata de llegar á Dios por el amor; háse despertado en la humanidad un sentimiento apagado, oscurecido durante mucho tiempo, y la sed de saber, el deseo insaciable de arrancar secretos á la naturaleza, se enseñoorea del hombre que, llevado en alas de él, se forma un concepto diferente del mundo, de Dios y del alma, y dicta las leyes que gobiernan al Universo, sustituye á Dios por la materia y la fuerza, y hace del espíritu una resultante, una modalidad de movimiento. Es un siglo práctico, de experimentación y de análisis, y en él, como en otro alguno, inténtase la síntesis de todos los conocimientos anteriores.

Abrense las puertas del cielo, y los astros son caracteres del libro en que el astrónomo lee, y porque no ve sino materia y movimiento, dice que Dios no existe; y el hombre de este siglo baja al fondo de la organización humana, y porque el escalpelo no halla el alma, la niega. La experimentación se apodera de los sabios como un vértigo, y las balanzas de los laboratorios y los tubos de ensayo con las reacciones que en ellos se verifican, son el criterio que guía á la ciencia. La psicología aborda resueltamente el interesante problema de la natura-

leza del alma y por la experimentación, y el análisis trata de desentrañar su concepto. Los milagros ya no existen; lo sobrenatural ha caído en desuso; y los espíritus, que nada temen, que independizan su razón rompiendo los viejos moldes en que han vivido, discuten, critican, prescindiendo de Dios cuando no lo creen necesario, y se burlan de lo que antes ha sido para ellos objeto de veneración; y con un envanecimiento tan absurdo como inconcebible, no tienen para los antiguos que han trabajado abriéndonos el camino, sino un ligerísimo recuerdo, casi de desprecio; que es creencia general, que cuanto hoy se sabe, es hijo de nuestro siglo. Y conformes con estas ideas piensan que todo lo que no encaje en las leyes de la naturaleza, establecidas como verdaderas, inmutables y eternas, es absurdo, y que, cuanto se refiere á hechos en *contradicción* con lo que nos dice la ciencia actual, es superstición y fraude, porque la presunción de este siglo tan positivo, tan hijo de la razón, tan encariñado con el buen sentido, llega hasta creer que en la naturaleza no hay más leyes que las conocidas, ni más ciencia que la descubierta.

Mas á pesar de esas convicciones, de ese desdén por lo maravilloso, en pleno siglo XIX,

aparece el *Espiritismo* con carácter de una epidemia que amenaza socavar los cimientos tan amplios y fuertes del edificio científico contemporáneo, llevando la turbación al ánimo, hasta entonces sereno, del sabio excéptico.

Por un efecto de la naturaleza humana, por una ley de desenvolvimiento psicológico, los espíritus hastiados de dudar, sienten como una nostalgia por las creencias pasadas, y vuelven los ojos al Oriente como á faro luminoso, único que brilla en la oscuridad en que se halla sumergida el alma. Renace el sentimiento, y las doctrinas antiguas, llamadas de nuevo á vivir, marcan la decadencia de un materialismo que agoniza. Es una ley inexorable, brutal si se quiere, la que aniquila nuestras creencias, que borra en un momento los sueños de una vida entera, los esfuerzos de varios siglos, el trabajo de muchas generaciones; pero es una ley salvadora que redime, porque en ese cambio de ideas halla la vida el alma, como en el cambio de la materia halla la vida el cuerpo. ¿Qué importa que mueran nuestras ideas filosóficas y religiosas en esta evolución incesante de la humanidad? ¿Qué significan en la existencia del mundo los desvaríos humanos? Vá-

yanse en buen hora si en el hombre queda la duda y con ella, como ciego que tantea en la oscuridad, busca en la tinieblas de su cerebro una luz que le guíe, ya venga del cielo, ya nazca de sí mismo.....

Refiere Miss Hardinge que por el año de 1847, fijó su residencia en Hydesville, ciudad del condado de Wayne, una familia, alemana de origen, y de nombre Fox, compuesta de un matrimonio y tres niñas. Pertenecían á la Iglesia episcopal metodista, y eran de ella miembros de ejemplar conducta por su vida de honradez.

Días después de la instalación en la casa que compraron, produjéronse en el edificio hechos extraños, sorprendentes, como golpes, ruidos de puertas y ventanas que se abren y se cierran, pisadas humanas; fenómenos todos que atribuyó la Sra. Fox á un zapatero vecino suyo, si bien se convenció pronto de que ocurrían en su propia casa, en las paredes, en el techo, en el suelo. En ocasiones, durante la cena, oíase grande alboroto en la alcoba de las niñas; corrían todos para averiguar la causa, y aun cuando no se encontraba persona alguna, veíanse fuera de su sitio y en des-

orden los muebles, que en presencia de la familia eran agitados violentamente unas veces, y otras balanceados como movidos por las olas.

Era en las camas de las niñas en donde con marcada predilección se manifestaban estos movimientos, y Kate, la menor de las hijas, decía que algunas veces sentía como si una mano helada se posara sobre su cuerpo, y no pocas como si un perro lanudo se echara á sus pies.

La intensidad de los fenómenos iba en aumento, y en disminución la tranquilidad de la familia, para quien se hacía insoportable una vida de sobresaltos y molestias, cuya causa desconocían por completo.

El 31 de Marzo los Fox se retiraron más temprano que de costumbre para desquitar el sueño perdido, á causa de las molestias que tuvieran la noche anterior, no sin haber recomendado á las niñas que no hicieran caso de los ruidos que de continuo se manifestaban.

Apenas recogida la familia, sonaron los golpes más fuertes y obstinados que nunca, haciendo imposible el reposo.

Las niñas, sentadas en la cama, escuchaban lo que ocurría, y Kate, familiarizada, sin duda,

en su inocencia, con aquellos ruidos, que más le divertían que amedrentaban, hizo castañear sus deditos, exclamando:—Sr. Pata-hendida, haga usted como yó.

El efecto fué instantáneo. El Sr. Pata-hendida, como le llamaba Kate, hizo el mismo número de ruidos con sonido análogo.

La niña repitió con sus dedos un determinado número de movimientos silenciosos, y con no pequeño asombro, oyó golpear tantas veces como movimientos había ejecutado.

—Mamá,—gritó:—¡el Sr. Pata-hendida ve lo mismo que oye!

La Sra. Fox, maravillada como su hija, dijo al misterioso personaje que contara hasta diez; sonaron diez golpes; preguntóle qué edad tenían sus hijas Margarita y Kate, y las respuestas fueron conformes á la verdad. Interrogado si era hombre, permaneció mudo; respondiendo con golpes claros, y rápidos al ser preguntado si era un espíritu.

Con autorización del sér invisible, el señor Fox salió á buscar á una vecina suya, Miss Redfield, la cual, después de haber preguntado en la misma forma, y obtenido respuestas correctas y sensatas, marchóse grandemente asombrada á buscar nuevas amigas, practi-

cando durante casi toda la noche idénticas experiencias, con iguales resultados.

Era necesario hallar un medio de comunicación, y esto ocurrió un día en que el respectable Isaac Post, amigo de los Sres. Fox y miembro apreciado de los cuakeros, propuso recitar en alta voz, y una después de otra, las letras del alfabeto, invitando al *espíritu* á que designara con golpes las que componían las palabras que quisiera responder.

El medio aconsejado fué excelente, y la comunicación con lo invisible quedó de esta manera establecida, descubriendo al mismo tiempo la *mediumnidad* con la joven Kate, en cuya presencia se producían los fenómenos más extraordinarios y desconocidos.

Se probó — añade Miss Hardinge — que bajo ciertas condiciones ignoradas é incomprendibles para los mortales, los espíritus, buenos ó malos, elevados ó no, podían comunicarse con la tierra; que esta comunicación era producida por la fuerza del magnetismo espiritual y humano en afinidad química; que la variedad de constitución magnética en los individuos daba á los unos el poder de *mediums* que rehusaba al común de los mortales; que estas relaciones magnéticas entre los dos mundos, necesarias para la producción



de los fenómenos, eran de una materia muy delicada y sutil, sujeta á perturbaciones, y singularmente sensible á las emociones morales de los operadores; que los jefes espirituales que habían preparado este movimiento y presidido la inauguración de las comunicaciones entre vivos y muertos, eran espíritus filosóficos y científicos que, durante su existencia terrestre, habíanse dedicado al estudio de la electricidad y de otros flúidos imponderados, colocando en primera línea á Benjamín Franklin. Además de las comunicaciones destinadas á facilitar los medios de correspondencia, numerosos espíritus venían atraídos por los lazos de la familia, ó con el objeto de ayudar á la comprobación del hecho, con testimonios directos é indiscutibles de su presencia, proclamando la alegre nueva de su vida eterna y anunciando con las tiernas expresiones del afecto humano y la sabiduría de seres colocados en una esfera más elevada de la vida, que velaban siempre por los que habían llorado su muerte, haciendo para con ellos el ministerio de ángeles guardianes. Recomendaban las asambleas de amigos y familias, reunidos en pacíficos *meetings*, que pronto tomaron el nombre de círculos espirituales, en los que aconsejaron las prácticas del magnetismo animal como

medio de obtener los fenómenos de clarovidencia.

Las prácticas del espiritismo se propagaron rápidamente; todos querían saber noticias del otro mundo, y las casas de algunos mediums viéronse asaltadas, realizándose en ellas verdaderas escenas salvajes de brutalidad y violencia.

Los *spiritual circle* convirtiéronse en lugares de confusión y escándalos, y las injurias más groseras y los absurdos mayores salieron de su seno. Se hicieron profecías, y mientras algunas anunciaban la próxima venida del Mesías en persona, otras aseguraban el fin cercano de este *mundo perverso*.

El clero católico se propuso acabar con el tumulto exorcisando los mediums y las mesas giratorias. Llevó un grande acopio de hisopos y no poca agua bendita; mas cuando vió que los trípodes al moverse hacían coro al *amén* con que las piadosas oraciones terminaban, retiróse indignado, declarando que los mediums tenían pacto con el diablo.

La familia Fox, que podía ya, gracias á la idea de Post, comunicarse con los seres del otro mundo, quiso conocer á quien tantos y tan malos ratos le causara, y preguntado, respondió llamarse Carlos B. Rosna, mercachi-

fle, muerto y enterrado en aquella casa por un individuo cuyo nombre indicó, designando además el sitio en que había sido depositado su cadáver, donde después de cuidadoso registro fueron encontrados varios huesos de las extremidades, un fragmento de cráneo, un mechón de pelos y una cantidad de carbón y cal, empleados acaso para hacer invisibles las trazas de tan misteriosa inhumación<sup>1</sup>.

Puede calcularse el efecto que haría en la comarca esta relación, que acusaba á un individuo, ausente entonces; pero que, provisto de honrosos certificados, atestiguó más tarde que era incapaz de haber cometido el crimen que se le achacaba.

La saña de algunos enemigos, de una parte, y de otra las molestas manifestaciones del *espíritu*, que á pesar del medio de comunicación convenido seguían produciéndose con violencia, obligaron á la familia Fox á buscar nuevo escenario al espiritismo naciente, emigrando á Rochester, en donde la maldad de sus habitantes reservábale nuevas penalidades.

---

<sup>1</sup> Léase el caso que refiere Plinio el Joven, y que hemos publicado en el primer tomo de esta obra, páginas 286 y siguientes, nota.

Las jóvenes, acusadas de impostura, se ofrecieron á dar una prueba pública de la realidad de los fenómenos ante el pueblo reunido en Coryntian Hall. La primera sesión fué recibida con gritos y silbidos. Nombróse luego una comisión para que emitiese informe, y después de efectuado un riguroso examen, confesó, contra la general creencia, que era la suya propia, que las manifestaciones eran verdaderas y reales.

No conforme con esto, el pueblo designó una segunda comisión, cuyo informe fué también favorable á la familia Fox. Defraudado en sus creencias, acariciadas con pasión, buscó nuevos individuos entre los más excépticos y burlones, y éstos, como los primeros, rindiéndose á la evidencia de los hechos, declaran que lo afirmado por las anteriores comisiones es la verdad.

La exasperación llegó al colmo, y creyendo traidores á los comisionados y en connivencia con los mediums, el público habló de *lynchar* á éstos y á aquéllos. A la lectura del tercer informe, la muchedumbre se abalanzó al estrado, y la familia Fox, sus amigos y las comisiones, hubieran muerto, á no impedirlo el cuakero Jorge Villets, quien por la autoridad que le daba su pacífica religión, se opuso

diciendo «que la partida de rufianes que quería asesinar á las jóvenes Fox, no lo haría sino después de pasar por sobre su cuerpo».

Poco faltó, como se ve, para que la sangre de sus adeptos sellara la nueva doctrina, nacida, dice Nus, de la primera comunicación establecida por una niña de doce años, con este fenómeno que debía invadir pronto la América y la Europa, negado por la ciencia, explotado por los charlatanes, ridiculizado por la prensa, condenado por la justicia, teniendo en contra suya á todo el mundo oficial; pero á su favor, una fuerza más poderosa que todas: la atracción de lo maravilloso <sup>1</sup>.

El espiritismo se propagó con asombrosa rapidez en los Estados Unidos del Norte; multiplicáronse las observaciones; los mediums fueron más abundantes que nunca; los partidarios aumentaron en número no soñado, y se originaron polémicas de rudo encarnizamiento entre los adeptos y sus contrarios; y periódicos, libros, folletos, fueron utilizados en esta lucha apasionada, que ocupó durante varios años á todos los norte-americanos, mez-

---

<sup>1</sup> *Choses de l'autre monde*. — Eugene Nus. — 5.<sup>a</sup> Edition, París. — Librairie de Sciences psychologiques, pág. 180.

clando en el debate á hombres de ciencia como los profesores Mapes <sup>1</sup> y Hare <sup>2</sup>, y abogados como Edmonds <sup>3</sup>, que se convirtieron al espiritismo convencidos de la realidad de los fenómeuos, y cuya conversión, dada la significación científica de estos hombres, no dejó de influir poderosamente en el desenvolvimiento espiritista.

Por entonces se envió al Congreso, reunido en Washington, una exposición firmada por quince mil individuos, en la que manifestaban los fenómenos observados en condiciones que no podían dejar duda alguna acerca de su

---

<sup>1</sup> Mapes, profesor de Química en la Academia Nacional de los Estados Unidos, había rechazado de una manera enérgica la realidad de los fenómenos espiritistas; después resolvió estudiarlos paciente y escrupulosamente, con el único objeto de *salvar á los hombres respetables que estaban en el camino de la imbecilidad*. Sin embargo Mapes se confesó espiritista.

<sup>2</sup> Roberto Hare, profesor de Química en la Universidad de Pensylvania, y á quien la ciencia es deudora de muchos y notables descubrimientos, aceptó los hechos espiritistas, y así lo dió á conocer en su obra *Experimental investigations of the spirit manifestations*, publicada en 1856.

<sup>3</sup> Edmonds había sido Presidente del Tribunal Supremo de Justicia de Nueva York, Senador, y más tard o Presidente de la Legislatura.

realidad, y pedían á los representantes del pueblo, el nombramiento de una comisión científica que, estudiando los hechos, aceptara ó rechazara las afirmaciones contenidas en la exposición, y en la cual se hacía mención de los movimientos de objetos, que eran levantados, traídos y llevados por una fuerza oculta y misteriosa; aparición de luces de forma y color variados, de intensidad diferente, en habitaciones oscuras donde no existían sustancias capaces de desarrollar una acción química, ó un fenómeno fosforescente, y donde no había tampoco medio ni aparato alguno, para producir la electricidad ó determinar una combustión; sonidos diversos por su expresión y sus caracteres; golpes misteriosos unas veces, y que parecían indicar una inteligencia invisible otras, como el susurro del viento ó el murmullo del agua, mezclados con crujidos de maderas que se rompen; ruidos como de truenos ó la descarga de un cañón, acompañados de movimientos oscilatorios de los objetos allí presentes, del suelo ó de toda la casa, que es sacudida durante el fenómeno, ó bien sonidos armoniosos arrancados — sin intervención humana—á instrumentos que se hallaban en la sala, y aun sin los instrumentos mismos.

La petición fué archivada sin haber merecido el honor de ser tomada en serio <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> La Memoria, que es un documento curioso, dice así:

«Los abajo suscritos, ciudadanos de la República de los Estados Unidos de América, respetuosamente suplican que se les permita exponer á la H. Asamblea que se han producido en este país, así como en casi toda Europa, fenómenos físicos é intelectuales de desconocido origen y de misteriosa tendencia. Estos fenómenos se han multiplicado de tal modo en el Norte, en el Centro y en el Oeste de los Estados de la Unión, que preocupan vivamente á todos. La naturaleza del caso, sobre el cual llamamos la atención de la H. Asamblea, puede apreciarse merced á un ligero análisis de las distintas manifestaciones que á seguida enumeramos:

1.º La existencia de una fuerza desconocida que mueve, levanta, arroja, suspende ó varía de distintos modos la posición de cuerpos graves, todo ello en oposición á las leyes conocidas de la naturaleza. Dicha fuerza se manifiesta á miles de personas inteligentes y de reconocida competencia, y hasta el presente, nadie ha podido descubrir de modo satisfactorio la causa de dichos fenómenos.

2.º Aparición rápida de luces más ó menos intensas, de forma y colores diversos, en sitios oscuros, sin que haya en ellos sustancia conveniente para producir iluminación ó fosforescencia, ni aparatos ó instrumentos necesarios para generar electricidad.

3.º Percepción de sonidos de muy variados carac-



Pronto, en 1851, las nuevas ideas atravesaron la inmensidad oceánica, difundiéndose en Alemania é Inglaterra, y pasando de aquí

---

terres y más ó menos sorprendentes. Unos semejan golpes que parecen denunciar la presencia de alguna inteligencia invisible. Otras veces se oye sonidos parecidos á los que se producen en los talleres de mecánica, ó bien rumores semejantes al rugir del viento y de las olas enfurecidas, crugir de árboles y de las naves luchando con la tempestad. Se oye también el retumbar del trueno y el estampido del cañón, y estas detonaciones van acompañadas de movimiento oscilatorio en los objetos, y en ocasiones parece fuertemente sacudida la casa en donde se producen y observan tales fenómenos. Otras veces los sonidos son armoniosos y deleitan; voces humanas de agradable timbre, acordes de varios instrumentos de música; la flauta, el piano, la trompa, la guitarra, el arpa y otros, han sido fielmente reproducidos, sin la presencia siquiera de tales instrumentos. Alguna vez éstos sonaban sin el concurso de persona ni agente visible. Tales fenómenos parece que se producen, en cuanto á su emisión, según las leyes de la acústica. Se observan movimientos ondulatorios en el aire, que llegan á impresionar al oído y todo el aparato auditivo, si bien los más inteligentes observadores no han sabido dar explicación conveniente, de tales ondulaciones atmosféricas.

4.º Tanto las funciones del cuerpo como las de la mente humana, se ven modificadas de tal modo, que crean un estado totalmente anormal, y todo por cau-

á Francia, donde un hombre de carácter entusiasta y de no común imaginación, las abrazó con sin igual ardor, las estudió profundizándolas, y pretendió crear con ellas una filosofía

---

sas que, hasta ahora, no han sido explicadas de modo satisfactorio. El poder invisible interrumpe frecuentemente lo que consideramos como la operación normal de nuestras facultades; suspende las sensaciones, la posibilidad del movimiento, la circulación de la sangre; hace descender la temperatura de los miembros del cuerpo, al frío y aun á la rigidez cadavérica; corta la respiración durante horas y aun días enteros, y después de esto, las facultades del espíritu y las funciones del cuerpo vuelven á seguir su curso natural. Hagamos constar, sin embargo, que muchas veces han seguido á estos fenómenos trastornos mentales permanentes, y en ocasiones, enfermedades incurables. También es cierto que muchas personas que padecían defectos orgánicos ó enfermedades crónicas, incurables según la ciencia, se han encontrado de pronto aliviadas ó completamente curadas por la virtud de este misterioso agente.

Nos parece conveniente mencionar las dos hipótesis generales por las que se pretende explicar estos curiosos fenómenos. Una de ellas los atribuye al poder é inteligencia del espíritu de los que se mueren, que opera por medio de elementos sutiles é imponderables, penetrando toda forma material, todos los cuerpos; y es preciso observar que esta explicación hállase conforme con las indicaciones manifestadas por el invisible y misterioso agente. Entre los que

y la base de una religión expuesta en sus libros, que son el Evangelio de los espíritistas franceses.

Este hombre fué Allán Kardec, cuyo ver-

---

aceptan tal hipótesis, figuran muchos conciudadanos nuestros, personas todas de reconocida moralidad, esmerada educación, clara inteligencia, posición social desahogada y de grande influencia política.

Otros rechazan el supuesto, sosteniendo que los principios conocidos de la Física y Metafísica permiten á los investigadores darse cuenta de los hechos, por modo razonable y satisfactorio.

Aun cuando no estamos conformes con estos últimos, porque las conclusiones á que hemos llegado son distintas en cuanto á las causas probables de tales fenómenos, afirmamos, no obstante, á esa H. Asamblea, que los hechos mencionados son reales, y que su origen, un tanto misterioso, su naturaleza tan peculiar, y la influencia que han de ejercer sobre el género humano, reclaman una investigación científica, profunda y concienzuda.

No puede negarse, discurriendo lógicamente, que los fenómenos apuntados están destinados á producir resultados importantes y duraderos, afectando de modo permanente la condición física, el desarrollo intelectual y el carácter moral de una porción, no pequeña, de la nación americana. Es indudable que tales poderes ocultos, influyen sobre los principios esenciales de la salud y la vida, del pensamiento y la voluntad, y pueden ser destinados á modificar las condiciones actuales de nuestra existencia, la filosofía de

dadero nombre era Hipólito León Denizart Rivail (que cambió por el celta con que es conocido, á instigación de los espíritus, según lo afirman sus biógrafos), oriundo de Lyon, ciudad en la que, durante muchos años, vivió dedicado á la enseñanza, y cuyos libros sobre educación, calcados en las lecciones del demócrata Pestalozzi, su maestro, habíanle

---

nuestra época y el régimen político del mundo. Considerando, empero, que es oportuno y perfectamente compatible con el espíritu de nuestras instituciones, el dirigirse á los representantes del pueblo, en toda cuestión que pueda presumirse conduzca al descubrimiento de algo nuevo, y á maravillosos conocimientos para el género humano, nosotros, conciudadanos vuestros, rogamos con insistencia ser atendidos en las circunstancias actuales.

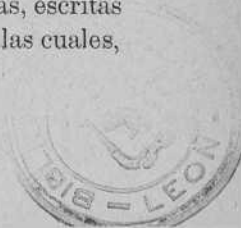
En vista de las consideraciones contenidas en la Memoria presente, vuestros conciudadanos suplican respetuosamente á esa H. Asamblea que nombre una comisión científica, para que proceda al estudio de la cuestión. Ruegan además que se vote una subvención para que la citada comisión pueda proseguir la investigación, hasta su perfecto término. Creemos que los adelantos científicos y los verdaderos intereses de la humanidad, alcanzarán gran provecho de los resultados de dicha investigación, por nosotros iniciada, y tenemos la esperanza de que nuestra súplica, será atendida y sancionada por las H. Cámaras del Congreso federal. »

dado por aquel entonces fama envidiable.

Hallándose en París, donde la fiebre de las mesas giratorias todo lo absorbía, fué llamado por un círculo de filósofos y literatos, entre los cuales se encontraban Thillautier y los Sardou, padre é hijo, para que, reuniendo las comunicaciones obtenidas con los espíritus, en cinco años de experiencias, las clasificara y ordenara metódicamente, coleccionándolas en un libro.

Excéptico en un principio, dudó de la realidad de los fenómenos espiritistas; mas convencido de su evidencia, vió en ellos una «sublime filosofía», y se dedicó con alma y vida á estudiarlos, siendo desde entonces, hasta su muerte, acaecida en 31 de Marzo de 1869, su principal apóstol en Europa.

Refieren los partidarios y adeptos que sus libros fueron dictados por los espíritus, y si hemos de dar fe á las palabras de Allán Kardec, fué San Luis, Rey de Francia, quien se encargó de este trabajo; pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que, á pesar de tales afirmaciones, los norte-americanos y los ingleses no están en todo conformes con la opinión del espiritista francés, sin que esto disminuya en nada el valor de sus obras, escritas con claridad grande y método, y en las cuales,



como hemos indicado, desarrolla todo un sistema filosófico y religioso.

La Sociedad Dialéctica, de Londres, acordó en 6 de Enero de 1869 que se nombrara un comité, para estudiar los fenómenos del espiritismo. La mayor parte de los individuos que componían la Sociedad, no admitía la realidad de los fenómenos, y creían, tanto ellos, como la prensa periódica, que el espiritismo sucumbiría para siempre, dadas la competencia y probidad de los socios que resultaron elegidos para estudiarlo, y que, á no dudarlo, pondrían de manifiesto la superchería y el engaño de los mediums.

El resultado, sin embargo, no fué conforme al juicio presentido, como se verá en el informe publicado diez y ocho meses más tarde, en el año 1871.

«Señores:

Después de haber recibido los informes orales unos, y escritos otros, de treinta y tres personas que han practicado experiencias y obtenido fenómenos espiritistas, hemos convenido que era de la mayor importancia, que como aquéllas, verificásemos pruebas personales, y al efecto, que el comité que habéis

nombrado, se subdividiese en seis, para realizar así las experiencias y formar con ellas una relación, en la cual consten los fenómenos que cada sección haya podido observar.

Resulta de estos trabajos, que la mayoría de los individuos que habéis designado, han sido testigos presenciales de los fenómenos en cuestión «sin ayuda ni presencia de ningún medium profesional.» aun cuando casi todos han comenzado las investigaciones, en disposición de ánimo francamente excéptica. Los informes adjuntos, se confirman entre sí en el fondo, y establecen las conclusiones siguientes:

1.º Que se producen ruidos de naturaleza muy variable, procedentes en apariencia de los muebles, del suelo ó de las paredes de la habitación, y acompañados de vibraciones que á menudo son perceptibles al tacto, presentándose sin ser originadas por la acción muscular ó por un medio mecánico cualquiera.

2.º Movimientos de cuerpos pesados, sin la intervención de aparato alguno, y sin un desarrollo equivalente de fuerza muscular en las personas presentes, y muchas veces sin contacto ó conexión con los circunstantes.

3.º Estos ruidos y movimientos se producen frecuentemente en un momento dado y

de la manera indicada por las personas presentes; y por medio de un sencillo código de señales, responden á las preguntas y escriben comunicaciones coherentes.

4.º Las respuestas y comunicaciones obtenidas son en gran parte triviales; pero algunas veces refieren hechos y dan indicaciones que son conocidos tan sólo de uno de los allí presentes.

5.º Las circunstancias en las cuales se presentan los fenómenos son variables. El hecho más notable es, que la presencia de ciertas personas, parece necesaria á su producción, mientras que la de otras, le es contraria; diferencias estas que no dependen de la mayor ó menor credulidad en los fenómenos.

Las informaciones orales ó escritas, recibidas por nuestro comité, afirman, no solamente la existencia de fenómenos, de la misma naturaleza que aquéllos que las subcomisiones han observado y estudiado, sino otros de un carácter más variado y más extraordinarios, tales como:

1.º Cuerpos pesados que se elevan en el aire—en ocasiones el hombre mismo,—permaneciendo así durante algún tiempo, sin sostén visible ó tangible.

2.º Apariciones de formas que no perte-



necen á ningún sér humano; pero que parecen vivas por su aspecto y movilidad; y de manos que han sido tocadas, estrechadas por las de los asistentes, convencidos por este medio, de que no eran el resultado de una impostura ó de una ilusión.

3.º Ejecución de trozos de música en instrumentos variados, sin el concurso de agentes de ninguna especie.

4.º Ejecución de dibujos y pinturas producidos en tan poco tiempo y en condiciones tales, que es imposible pensar en una intervención humana.

Teniendo en cuenta el comité, la alta reputación y la grande inteligencia de la mayor parte de los testigos de los hechos más extraordinarios; el grado de certeza que dan á éstos los informes de las subcomisiones, y la ausencia de toda prueba de impostura ó de alucinación; teniendo presente, además, el carácter excepcional de los fenómenos estudiados y el gran número de personas de todas condiciones que creen en una causa sobrenatural productora, y, considerando, por último, que no se ha obtenido una explicación filosófica satisfactoria, se cree obligado á declarar que el asunto, merece ser examinado con atención más seria y más mi-

nuciosa que lo ha sido hasta el día de hoy.»

Este informe sensato no convenció á la Sociedad Dialéctica, de Londres, y las mismas personas y los periódicos que antes alabaran, y se felicitaran del nombramiento de individuos tan competentes, al conocer su opinión, se arrepentían de lo hecho.

Russel Wallace, el digno émulo de Darwin y coopartípe de su gloria, en el descubrimiento de la teoría de la evolución, era uno de los miembros del comité, y refiere cómo de los treinta y dos compañeros, ocho solamente creían en el espiritismo, y cómo, poco más tarde, cuando hubieron estudiado los fenómenos y observado bien los hechos, se hicieron espiritistas los demás, por efecto de «una convicción profunda y lógica».

Y el mismo Russel Wallace es quien ha escrito lo siguiente:

«Yo era materialista tan acérrimo y tan convencido, que no podía haber en mi cerebro sitio alguno para una creencia espiritual y para ningún otro agente en el Universo, que la fuerza y la materia. Los hechos, sin embargo, se imponen á las convicciones.

»Excitaron primeramente mi curiosidad algunos fenómenos ligeros, pero inexplicables, que se producían en el seno de una familia

amiga mía, y mi deseo de aprender y mi amor á la verdad, me obligaron á proseguir mis investigaciones. Los hechos se presentaron cada vez más intensos, más variados, y se alejaban cada vez más también de todo lo que la ciencia enseña y de todas las especulaciones filosóficas de nuestros días. Los hechos me convencieron y me obligaron á aceptarlos como tales, mucho antes que pensara en admitir la explicación espiritista, para la cual no tenía, como dejo dicho, espacio en mi fábrica de pensamientos; pero que, poco á poco, con lentitud, se fué haciendo. Y esto aconteció, no por opiniones ó teorías preconcebidas, sino por la continuada acción de hecho sobre hecho, y los cuales no tenían otra explicación que la ya indicada»<sup>1</sup>.

Augusto Morgán, uno de los testigos que ha escuchado el comité, incrédulo poco antes, escribe así:

«Estoy plenamente convencido de lo que he visto y oído, de modo tal, que la duda se hace imposible. Los espiritistas están, seguramente, en el camino que lleva á las ciencias físicas á su adelanto; los opositores son los reaccionarios del progreso»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> E. Nus, ob. cit., pág. 257.

<sup>2</sup> E. Nus, ob. cit., pág. 239.

Varley, ingeniero jefe de las Compañías de telégrafo internacional y trasatlántica, físico á quien la ciencia debe la invención del condensador eléctrico, y la humanidad la activa propaganda que hizo para establecer el cable entre la América y Europa, es otro de los convencidos. En una carta que escribe á Tyndall, respondiendo á preguntas de éste, acerca de los fenómenos espiritistas, le da cuenta de varias sesiones que tuvo con Home, en las cuales ha visto producirse manifestaciones, «*extraordinarias, estupendas, inexplicables para la ciencia*»<sup>1</sup>.

Oxon, profesor de la Facultad de Oxford, es otro creyente que afirma que los hechos que expone «son el fruto de mis propias experiencias en la investigación de los *fenómenos psíquicos*». «Estos hechos—dice—los afirmo con toda mi autoridad, sin preocuparme de la aseveración de que están fuera de la naturaleza de las cosas, y que deben ser rechazados sin la formalidad de un examen, como algunos pretenden<sup>2</sup>. Hubo un tiempo en la historia del

---

<sup>1</sup> E. Nus, ob. cit., pág. 247.

<sup>2</sup> A Oxon pertenece lo siguiente:

«El 19 de Octubre verifiqué una experiencia con el *medium* Francis Monck, á la cual asistíamos el reve-

mundo, en que era lo natural, ahogar toda manifestación nueva de la verdad, como ocurre en la historia de cada descubrimiento, hasta el momento en que se abandona el

---

rendo Thomas Colley, su hija, Monck y yo. Tomé dos pizarras nuevas, que tuve buen cuidado de lavar escrupulosamente, y marcarlas después, y colocando un pedacito de lápiz, las até con una cinta, impidiendo de este modo que pudieran desligarlas é introducir algo entre ellas. Hice en la cinta un nudo especial, y las coloqué, así preparadas, sobre la mesa, rogando á M. Colley que aplicase, como yo lo hacía, un dedo á una de las esquinas, al mismo tiempo que Monck colocaba sus manos en las dos restantes. Debía pensar en una palabra que había de aparecer escrita, y elegí *Snow*. Oyóse pronto el ruido producido por el lápiz, y Monck, en estado letárgico (entranced) indicóme que retirase la pizarra; al retirarla, observamos borrosa la *S* de *Snow*, la *o* y la *w* mal hechas, y la presencia de dos palabras, (*favourite way*) más que la pensada, fenómeno que tendría su explicación en que durante las experiencias, conversamos acerca de la ortografía con que se escriben los nombres propios, citando uno de nosotros el caso de que cierta persona, cuyo nombre, aunque vulgar, jamás lo escribían como era el modo favorito—*favourite way*—de ella.

Reservándome los comentarios, hago notar los siguientes puntos en la anterior experiencia:

- 1.<sup>o</sup> Las pizarras eran nuevas, estaban limpias, marcadas y ligadas fuertemente.
- 2.<sup>o</sup> No las he perdido de vista un solo momento y

método antiguo, y entonces, es de ver cómo los que rechazaban la innovación con más fuerza, se empeñan en hacer creer que no era así, puesto que, á pesar de ello, eran sus más ardientes partidarios, sin parecerlo.

Convencido de que está próxima la época en que la ciencia reconocerá su deber respecto de estos fenómenos, espero que alguno de sus más distinguidos representantes abandone la falsa posición en que se encuentra colocado.

En cuanto á los hechos, no sostengo sino que dan la prueba de la existencia de una fuerza y de una inteligencia reguladoras, extrañas al cuerpo humano. Esta fuerza, que conviene llamar *psíquica*, es la fuerza *ódica* de Reichenbach; la fuerza *nerviosa* ó *magnética* de otros autores; la fuerza *etenéica* de Thury; el *akasa* de los Indos, ó simplemente la fuerza de la vida. El nombre poco importa; pero

---

no he levantado la mano que coloqué sobre ellas.

3.º Nadie las tocó después de lavadas y señaladas por mí.

4.º La luz era intensa, y por lo tanto, suficiente para las observaciones.

5.º Las palabras escritas no pudieron ser preparadas anticipadamente.

6.º Dos personas, como testigos, han presenciado cuanto afirmo. (E. Nus, ob. cit. pág. 273.)

el término *psíquico* y sus compuestos, aplicados á esta fuerza, al camino por donde pasa y á las variadísimas formas de sus manifestaciones, parece más sencillo y más al abrigo de las objeciones.

Respecto á la inteligencia que se manifiesta en la escritura «*psicografica*»<sup>1</sup>, no pretendo sostener si es ó no digna de atención, juzgándola por el contenido de sus *comunicaciones*: lo escrito puede ser tan insensato, tan vacío de sentido, como lo deseen los críticos; pero ¿la escritura existe? ¿Sí? Pues entonces, dejemos á un lado los absurdos, y no nos preocupemos sino de los hechos»<sup>2</sup>.

Continúa Oxon describiendo sus experiencias, y después de cinco años de estudios y de observaciones frecuentes y delicadas, formula las siguientes proposiciones:

«1.<sup>a</sup> Existe una fuerza que actúa valiéndose de un tipo especial de organización humana, á cuya fuerza conviene llamar *psíquica*.

2.<sup>a</sup> Es evidente en algunos casos que á esta fuerza gobierna una inteligencia.

---

<sup>1</sup> Llámase así á la escritura que se produce espontáneamente, es decir, sin aparato alguno ni intervención humana.

<sup>2</sup> E. Nus, ob. cit., pág. 267.

3.<sup>a</sup> Es evidente también, que muchas veces esta inteligencia, no es la de la persona ó personas por cuyo intermedio actúa.

4.<sup>a</sup> Esta fuerza, gobernada por una inteligencia exterior, suele manifestar su acción, escribiendo frases enteras, coherentes, sin que para ello sea necesaria la intervención de ninguno de los métodos conocidos de escribir.

5.<sup>a</sup> Que existe una fuerza regida por una inteligencia, lo prueba:

a. La evidencia de la observación de los sentidos.

b. El hecho de que frecuentemente se sirva de una lengua desconocida al psíquico.

c. El hecho de que el asunto tratado es á menudo de conocimientos superiores á los del psíquico.

d. El hecho de haberse demostrado la imposibilidad de obtener estos resultados por el fraude ó la superchería en las condiciones en que se obtienen los fenómenos.

e. El hecho de que estos fenómenos curiosísimos son producidos, no solamente en público y por mediums pagados, sino privadamente y con personas de la familia» <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> E. Nus, ob. cit., pág. 275.



Barkas, miembro de la Sociedad de Geología de Newcastle, publicó en 1862 una profesión de fe espiritista.

«Durante ocho años de investigación tenaz, dice, evité con cuidado, decidirme por teoría alguna, y en estos dos últimos, á pesar de la impaciencia de los crédulos é incrédulos, procuré no arriesgarme dando una opinión definitiva. Esperé á tener convicciones arraigadas para emitir mis ideas.

El efecto de las conclusiones á que he llegado, acaso sea el enajenarme á los espiritistas ardientes, que piensan tener razones poderosas para creer que están en comunicación con sus amigos difuntos; el de atraerme el desdén de aquellos que están muy versados en filosofía materialista, y los ¡bah! ¡bah! de los ignorantes y semisabios en ciencias naturales que, bastante osados, presumen haber alcanzado la verdad en todas estas materias, y que, fuera de los límites de sus experiencias, todo es falso.»

Este autor reconoce que algunos hechos sencillos podrían explicarse en rigor por la *influencia magnética ó hipnótica*, como se la llama ahora; pero que otros de índole más complicada «prueban la existencia de agentes invisibles é inteligentes de una especie cual-

quiera, y á esta conclusión me obliga el hecho de que no he hallado ninguna ley física ó psicológica que dé explicación satisfactoria de estos fenómenos.»

«¿Quién puede determinar, añade, los límites de lo posible si la ciencia y la observación los alejan cada vez más? Examinemos, dudemos; pero no seamos tan atrevidos que neguemos la posibilidad de las manifestaciones espiritistas» <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> E. Nus., ob. cit., pág. 278.







*William Brooks.*

PHOTOGRAPHURE R. PAULUSSEN, VIENNE.

## CAPÍTULO PRIMERO

### EXPERIENCIAS DE W. CROOKES

Algunas consideraciones generales.—Trabajos y méritos de Crookes.—Sus opiniones al comenzar las experiencias.—Fenómenos observados.—Experiencias con Home.—Experiencias llevadas á cabo con Miss Florencia Cook.—*Katie King*.

Con las experiencias de Crookes comienza un nuevo período para los fenómenos del espiritismo, no porque antes que él no se hubiesen ocupado de ellos hombres de ciencia, sino porque practicados los estudios de éstos en épocas más lejanas, fueron dadas al olvido las que tuvieron origen en Europa, y las que vinieron de América se reputaron como una de tantas excentricidades yankéas.

Gasparín, y más tarde Hare, y después la Sociedad Dialéctica, de Londres, emprenden estudios; los primeros con un objeto puramente experimental, y la última con el de



comprobar la realidad ó falsedad de las manifestaciones espiritistas, llegando los tres á afirmarlas.

Los estudios de otros autores pasaron desapercibidos para aquellos que no creen en los hechos del llamado espiritismo, y sus nombres fueron olvidados. El mundo oficial de la ciencia no podía dedicar su tiempo á examinar una superstición, como decían unos, ó acaso el producto de una superchería, como afirmaban otros, y si bien en todas partes se hablaba de espiritismo, de mesas que giraban, de ruidos que se producían, de fantasmas más ó menos horribles, los hombres de ciencia y las Academias no veían en ello más que el efecto de un estado mental desequilibrado, una epidemia cerebral, un fenómeno psicológico incomprensible en nuestro siglo positivista, en el que se ha establecido como dogma la aniquilación del alma después de la muerte. La Fisiología, revistiendo un carácter puramente experimental, dijo haber descubierto el mecanismo de la vida psíquica; y la Química, con su análisis y su síntesis, creyó haber dado la fórmula de la vida orgánica. La primera, penetrando en las entrañas de la economía humana, desmenuzando la masa encefálica para arrancar á cada célula, á cada fibra,

su secreto, nos hizo ver que el pensamiento no es sino un modo de movimiento, y que el alma no es más que una resultante de las vibraciones de las celdillas nerviosas. La segunda, trabajando en el laboratorio, descomponiendo y recomponiendo, creando y destruyendo, enseña que la vida del organismo no es más que un caso particular de equilibrio dinámico, resultado de los conflictos atómicos; un modo de movimiento perfectamente involucrable en el estudio de la dinámica general.

Los fenómenos espiritistas presentaban algo de maravilloso, algo que no estaba conforme con los adelantos de la ciencia, y admitirlos hubiera sido retroceder á las épocas primitivas del hombre, en las que su escasa inteligencia y su excesiva credulidad hacían que aceptara sin escrúpulo las cosas *sobrenaturales*. Prestar fe á lo que algunos autores decían, aceptar lo que aseguraban, cuando todo ello tenía visos de creencias bárbaras, hubiera sido echar por tierra las especulaciones filosóficas de tantos sabios que los negaban. Admitir los fenómenos del espiritismo en nuestra época, daría lugar á que un nuevo Castel, repitiendo la frase que éste pronunció en la Academia de Ciencias de París con motivo del in-

forme de Husson sobre el magnetismo, dijera que la mitad de nuestros conocimientos fisiológicos se derrumbaba.

No pasaba, sin embargo, un año, un mes, una semana, sin que se relataran nuevos hechos; y era de ver cómo, á pesar de los esfuerzos de la ciencia por encauzar á la humanidad en la vía del progreso y del adelanto, seguía ésta volviéndole la espalda para confesar la realidad de los fenómenos del espiritismo ó de la fuerza psíquica.

Periódicos, libros y discusiones, aparecían y se suscitaban por todos lados, y el espiritismo tomaba los caracteres de una enfermedad contagiosa. Ya no era el vulgo; eran los hombres ilustrados, los hombres de cerebro bien desarrollado, los que hacían profesión de fe expiritista, ya que la ciencia no les daba la explicación de lo que veían y comprobaban. Desertaban las filas, y sin temor alguno, casi regocijados, confesaban su apostasía.

Hemos visto á Russel Wallace, apóstol del materialismo, afirmar los hechos espiritistas y declararse vencido; á Varley, á Morgán, á Dale Owen y á tantos otros que tenían fama bien adquirida de hombres de ciencia, profesar asimismo en la nueva doctrina.

Aquí llegaba la evolución expiritista cuan-



do Crookes, uno de los más grandes sabios de nuestro siglo <sup>1</sup>, «acostumbrado á trabajar de una manera exacta» se decidió á examinar los fenómenos que atraían la atención del público «para afirmar su realidad, ó expli-

---

<sup>1</sup> Williams Crookes, notable químico y físico inglés, nació en 1832 y fué nombrado en el primer escrutinio, en 1863, miembro de la Real Sociedad de Londres. A los 20 años escribió trabajos de grande mérito sobre la luz polarizada; poco tiempo después describió detalladamente el espectroscopio, publicando sus estudios sobre los espectros solar y terrestre. Publicó otros sobre las propiedades ópticas de los ópalos, y dió á conocer un microscopio espectral; se ocupó de la intensidad de la luz, y la Física le es deudora de un fotómetro de polarización. Astrónomo en el Observatorio Radcliffe, en Oxford, sus trabajos sobre meteorología son notables, y no lo son menos los de fotografía celeste. En 1855, cuando apenas tenía 23 años, hizo trabajos fotográficos de la luna, que fueron por entonces los mejores, honrándole la Real Sociedad, de Londres, con una cantidad de dinero, como estímulo, para que prosiguiera sus estudios. Más tarde fué nombrado para ir á Orán y á Ceylán en comisión, y efectuar allí observaciones astronómicas. En 1879 dió á conocer en *Bakerian Lecture* su trabajo sobre la *Iluminación de líneas de presión molecular y trayectoria de las moléculas*, dándonos á conocer de algún modo un estado de la materia, de tenuidad excesiva, y de la cual apenas si se tenía idea.

Escribió, además, sobre medicina é higiene, y la cu-

car las ilusiones de las gentes honradas, descubriendo los fraudes de los embaucadores».

Sin ideas preconcebidas, sin prejuicios de ninguna clase y como verdadero hombre de ciencia, quiso estudiar los hechos, y lleno de fe en sí mismo, conocedor de sus propias fuerzas, los llevó á su laboratorio, y allí, durante cuatro años seguidos, con testigos de reconocido talento, los examinó y aquilató en su verdadero valor, y después de haberlos observado muchas veces, y estudiado tan seriamente y con todo el rigor científico de que era capaz, afirmó su existencia.

A la nueva de que Crookes iba á abordar asunto tan discutido, hubo un movimiento de aprobación en los contrarios al espiritismo, porque no dudaron que de las manos del sa-

---

ración de la peste bovina, popularizando el uso del ácido fénico. —Publicó un tratado de análisis químico, que es hoy clásico; inventó un procedimiento de amalgamación con el sodio, el único empleado en la actualidad en la Australia, en la América del Sur y en California. Descubrió el Thallium, nuevo cuerpo simple, en la investigación de cuyo peso atómico invirtió ocho años. Y sus estudios sobre el cuarto estado de la materia, ó estado radiante y el radiometro, bastarían por sí solos para darle la reputación de sabio que con tanta y tan sobrada justicia le pertenece.

bio inglés había de salir revelado el secreto de lo que imaginaban mentira y engaño.

El mismo lo dice:

«Cuando por vez primera anuncié que me hallaba en el caso de dirigir mis investigaciones hacia los fenómenos llamados espiritistas, se produjo un sentimiento universal de aprobación.—El uno dijo que mis «propósitos merecían respetuosa consideración»; el otro expresó su «profunda satisfacción porque tal materia fuese estudiada por hombre tan competente»; un tercero mostrábase «satisfecho porque el espiritismo quedaba sometido á la investigación de hombres fríos, despreocupados, y que ocupaba en la ciencia lugar distinguidísimo»; un cuarto afirmaba que «nadie podía dudar de la capacidad del Sr. Crookes, tratándose de llevar á cabo estos estudios con rígida y filosófica imparcialidad»; y hubo quien llevó su bondad hasta decir á sus lectores: «Si hombres como el Sr. Crookes, que admiten únicamente lo que está probado, se ocupan de este asunto, pronto sabremos lo que podemos y debemos creer.»

Y cuando después de cuatro años de experiencias rigurosamente científicas, de estudios pacientísimos, confesó la realidad de los fenómenos, aquellos que ya se habían formado una

opinión, al ver que no la confirmaba la del sabio experimentador, en quien habían depositado sus esperanzas todas, no encontraron palabras suficientes para censurarle.

¡Aberración del hombre! Si el eminente químico hubiera dicho que los fenómenos eran una ilusión ó un fraude, acaso no habría en el mundo hombre de más talento, ni de mejores condiciones de experimentador que él. Ya que no fué así, no bastaron el talento indiscutible, la gloria ganada por Crookes en las luchas de la ciencia, para imponer respeto á los detractores del sabio. Sin embargo, las declaraciones de este hombre ilustre hicieron ruido. No se trataba ya de una superchería; no eran los fenómenos espiritistas la manifestación de cerebros enfermos ni el juego afortunado de un prestidigitador; eran hechos reales, comprobados debidamente después de un examen detenido y de un estudio científico. Los relatos de la antigüedad, las creencias del vulgo, todo aquello que no había tenido hasta entonces más apoyo que la creencia general y que se había considerado como un resabio de tiempos pasados, ó quizás, como un fenómeno de degeneración de raza, acababa de recibir la sanción de la ciencia por boca de uno de sus más caracterizados representantes.

El hombre que consagra su vida al estudio; que se ha encanecido en el laboratorio, trabajando por la verdad; que sin ambicionar gloria, porque la tiene sobrada, dedica cuatro años de su existencia para descubrir un fraude, para hallar una superchería, para destruir de una vez una *superstición* que no tiene razón de ser, y al cabo de ellos, cuando las Academias esperan ver confirmados sus prejuicios, cuando los enemigos del espiritismo piensan en el triunfo que les espera, dice á las Academias y á los que niegan los fenómenos espiritistas que están en un error, da pruebas de una imparcialidad é independencia de carácter, poco comunes en los sabios de nuestra época.

Crookes inicia el movimiento, y desde entonces el experimentalismo científico se apodera de los fenómenos para estudiarlos con Zöllner y Fechner, con Aksakof y Boutlerow, con Gibier y con Chiafa, con Lombroso y Richet, Bianchi, Vizioli, D'Amicis, Tamburini, Schiapparelli, Ochorowicz y Sidgwick.....

Veamos ahora, cuáles eran las opiniones de Crookes al comenzar las experiencias:

«En presencia de tales fenómenos—dice—

los pasos del investigador deben ser guiados por una inteligencia tan fría, tan impasible, como los instrumentos de que se sirve, y una vez que haya comprendido que puede descubrir una verdad, este solo objetivo debe animarle á proseguir en su estudio, sin tener en cuenta si los hechos que se presentan á sus ojos son ó no, naturalmente posibles. Y probada la realidad de los fenómenos, sería en mí, cobardía moral el negarles mi testimonio, porque mis publicaciones anteriores hayan sido ridiculizadas por críticos que nada de esto conocen, y cuyas preocupaciones les impiden ver y juzgar por sí mismos.»

«El espiritista—continúa—afirma que sin la intervención de fuerzas conocidas se elevan en el aire cuerpos que pesan 50 ó 100 libras; pero el químico, acostumbrado á usar una balanza sensible á un peso tan pequeño, que sería necesaria la reunión de mil como él para hacer un gramo, está autorizado á pedir á ese poder desconocido que mueva los platillos de la balanza tan sensiblemente construída, puesta en determinadas condiciones.

El espiritista habla de ruidos y sonidos que se producen en las diversas partes de una habitación, cuando dos ó más personas se hallan tranquilamente sentadas alrededor de una

mesa; mas el experimentador científico tiene el derecho de pedir que se produzcan los mismos ruidos y sonidos, en la membrana tensa de su fonógrafo.

El espiritista habla de habitaciones, cuyas paredes son sacudidas por un poder sobrehumano; el hombre de ciencia exige sencillamente que vibre un péndulo colocado bajo una campana de vidrio, y sobre un macizo y sólido soporte de piedra.

Habla el espiritista de muebles pesados que, moviéndose, pasan de una á otra habitación sin que en ello intervenga fuerza humana ó mecánica; pero el sabio ha construído instrumentos que tienen dividida una pulgada en un millón de partes, y está autorizado á dudar de la exactitud en las observaciones afirmadas, si la misma fuerza es impotente á mover un grado el indicador del aparato.

El espiritista habla de flores llenas de rocío, de frutas y aun de seres vivos aportados al través de ventanas cerradas y de gruesas paredes; pero el investigador científico puede exigir que un peso adicional sea colocado en los platillos de su balanza cuando ésta está guardada en su fanal; y el químico, que la milésima parte de un gramo de arsénico sea introducido al través de un tubo de vidrio con

agua, herméticamente cerrado á la lámpara.

El espiritista habla de manifestaciones de una potencia equivalente á millares de libras, originada sin causa conocida; y el sabio que cree en la conservación de la fuerza y está convencido de que no puede haber una producción de energía sin un gasto equivalente, exige que tales manifestaciones se produzcan en su laboratorio, donde podrá pesarlas, medir las y someterlas á ensayos.

Con estos sentimientos, y por tales razones, comienzo un estudio cuya idea me han sugerido hombres eminentes, que ejercen grande influencia en el movimiento intelectual del país.»

Más adelante, y contestando á algunos cargos, dice:

«Debo rectificar varios errores profundamente arraigados en el público: es el primero creer que la *oscuridad* sea necesaria á la producción de los fenómenos. Esto no es exacto, pues exceptuando dos ocasiones, en las cuales ha sido necesaria, por tratarse de apariciones luminosas, todo cuanto refiero ha ocurrido á la luz.

He tenido especial cuidado en mencionar siempre las veces que he operado á oscuras, advirtiéndole ahora que los resultados se han



producido entonces en condiciones de vigilancia tales, que la supresión de uno de mis sentidos, en nada aminora el valor de la prueba obtenida.

Otro error, también común, consiste en imaginar que las manifestaciones de la fuerza psíquica no pueden producirse sino á ciertas horas y en determinados sitios (horas convenidas previamente, casa del medium, etc.); y partiendo de esta suposición equivocada, se ha establecido una analogía entre estos hechos y los ejercicios de destreza y habilidad de los prestidigitadores, que actúan en su propio teatro y rodeados de cuanto atañe á su arte. Para demostrar cuán inexacto es esto, diré que los centenares de fenómenos observados y que relato (fenómenos que para ser imitados por medios físicos ó mecánicos desafían la ciencia de un Bosco, de un Houdin, de un Anderson, auxiliada de sus ingeniosas máquinas y larga práctica), se han producido en mi casa, en días designados por mí, y en circunstancias que excluyen de modo absoluto, el empleo y la ayuda del más sencillo instrumento.

Un tercer error es la creencia de que el medium es quien escoge entre sus amigos y compañeros las personas que asisten á las sesio-

nes; que es indispensable creer en la verdad de las doctrinas expuestas por aquél, y que al experimentador y observador se le imponen condiciones que impiden completamente todo estudio atento, facilitando la superchería y el fraude. A esto puedo responder que siempre he designado los asistentes, llevando el mayor número de incrédulos, é impuesto condiciones á propósito para evitar toda posibilidad de engaño.»

En otro párrafo dice á sus críticos: «Dudad, pero no neguéis; mostrad, valiéndoos de la crítica más severa, lo erróneo que haya en mis pruebas experimentales, y tentad otras más concluyentes; pero no calificuéis con ligereza, de *testimonios falsos* á los sentidos, porque afirman contra nuestras ideas preconcebidas. Ensayad, repetid mis experiencias y buscad con delicadeza y pacientemente como yo lo he hecho; y si después de vuestro estudio y examen descubris un error, un fraude ó una ilusión, decidlo muy alto; y decid también en dónde está, cómo se ejecuta ó cómo se origina; mas si, por el contrario, de vuestro estudio resulta la existencia de un hecho, confesadlo sin titubear, como estáis obligados á hacerlo por «la ley eterna del honor».

Los estudios de Crookes comenzaron con

Daniel Dunglas Home, el célebre medium, muerto en Passy, que en un viaje á Inglaterra conoció al sabio químico, como en Francia había conocido á Allan Kardec, á Gasparín, á Du Potet, á Mirville y á Napoleón III, dando en las Tullerías algunas sesiones, á las cuales asistió la hoy exemperatriz Eugenia.

Home, invitado por Crookes, ha verificado las experiencias en casa de éste, sometién dose á un registro minucioso, que era el primero en exigir.

«Los fenómenos más notables que he observado —dice— producidos por la influencia de Home, y que mejor se prestan al examen, son:

1.º Alteración del peso de los cuerpos.

2.º La ejecución de aires musicales en un instrumento (de ordinario el acordeón, porque se adapta más, dada su conformación y facilidad de transporte, á las experiencias), sin intervención humana alguna.

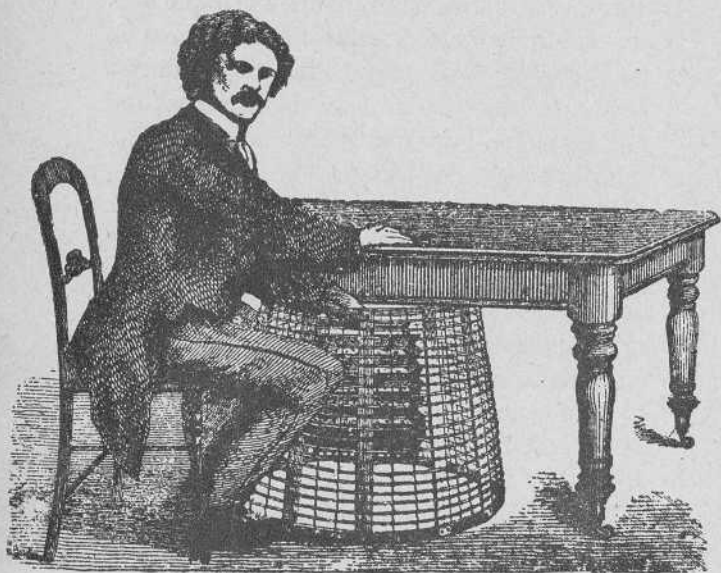
El aparato destinado á estudiar los movimientos del acordeón, era una jaula hecha con dos aros de madera, que, reunidos entre sí por doce tablillas verticales de un pie y diez pulgadas de largo, formaban una como armadura de tambor abierta por arriba y por abajo. Alrededor de ésta, se habían arro-

llado cincuenta metros de alambre, dejando entre cada vuelta el espacio de una pulgada. Concluían este aparato varios bramantes que, desde el aro superior al inferior, ataban sólidamente las veinticuatro vueltas del alambre, haciendo el todo, una malla con aberturas de poco más de una pulgada de altura, por dos de ancho. La jaula podía colocarse bajo la mesa del comedor, quedando entre ésta y aquélla, distancia suficiente para impedir que una mano se introdujera en la primera ó que un pie se deslizara por debajo, en su interior.

El acordeón, que era nuevo y comprado por mí, en casa de *Weatstone, Conduit Street*, permaneció guardado, sin que le viera Home, hasta el comienzo de nuestros ensayos.

En un rincón de la sala estaba dispuesto el aparato para experimentar la alteración del peso de los cuerpos. Consistía en una tabla de caoba de treinta y seis pulgadas de largo, nueve y media de ancho y una de grueso, á la cual servían como pies, dos barras de igual madera, atornilladas en los extremos de aquélla. La tabla se apoyaba, de un lado, sobre una sólida mesa, y del otro, sobre una balanza de resorte, provista de índice registrador auto-móvil y suspendida en un resistente trípode. Así dispuesta la tabla, estaba en posi-





ción horizontal, y su peso marcaba tres libras en la balanza.

En esta experiencia me acompañaban como observadores un eminente físico que ocupa puesto distinguido entre los miembros de la Sociedad Real, y que llamaré el doctor A. B.; un conocido profesor de Derecho, que designaré con las letras C. D.<sup>1</sup>; mi hermano, y mi ayudante de Química.

M. Home sentóse en una silla larga, á un lado de la mesa (fig. 1.<sup>a</sup>), bajo la cual estaba la jaula antes descrita. Yo me senté á su izquierda, muy cerca de él; otro observador á la derecha, y los restantes alrededor de la mesa y á distancia conveniente. Los que estábamos á su lado colocamos un pie sobre los suyos, á fin de percibir cualquier movimiento que hiciera.

Tomó el acordeón, por el extremo opuesto (fig. 2.<sup>a</sup>) á las llaves, con los dedos pulgar y medio de la mano izquierda, y después de haber abierto yo el registro de bajo, retiramos la jaula lo bastante para introducir el acordeón tal como lo sostenía Home, y la coloqué nuevamente bajo la mesa sin que quedara

---

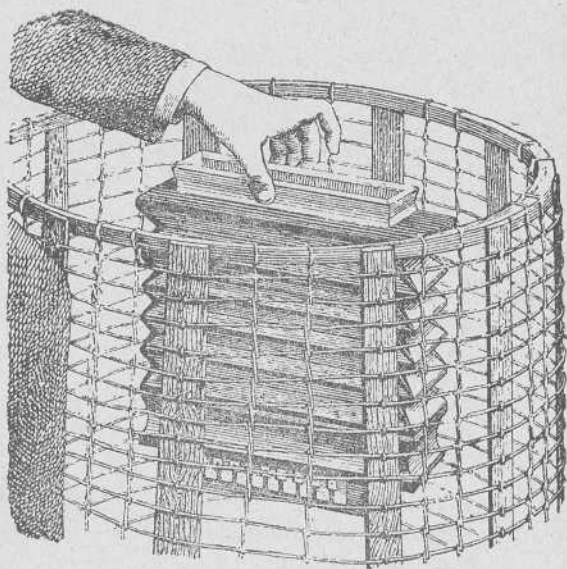
<sup>1</sup> Eran los doctores Huggins y Sergeant Cox á los que alude Crookes.

oculta la mano del medium, que todos podíamos observar.

Pronto, los que estábamos á su lado, vimos que balanceaba el acordeón de una manera extraña, produciendo sonidos, primero aislados y después simultáneos. Al mismo tiempo que el acordeón se acortaba y alargaba, la mano de Home, que lo sostenía, permanecía inmóvil, y la otra sobre la mesa.

Después, y continuando con la misma serie de precauciones, oímos varias escalas y la ejecución de un aire sencillo. Como esto no puede obtenerse sino por el juego y la combinación armoniosa de las distintas llaves del acordeón, que estaban, como dejo indicado, en el punto opuesto á aquel en que M. Home aplicaba los dedos, la experiencia fué considerada por nosotros como decisiva. Sin embargo, más sorprendente es lo que ocurrió en seguida. M. Home abandonó el acordeón, colocando su mano izquierda entre las del doctor A. B., teniendo de este modo las dos á nuestra vista, y sus pies vigilados constantemente por el doctor A. B. y por mí; y vimos el acordeón que, no sostenido por apoyo alguno, flotaba en la jaula y continuaba ejecutando el mismo aire que antes de esta experiencia tan extraordinaria.







Este hecho fué repetido dos veces.

Quise probar el efecto que se produciría haciendo pasar la corriente de una batería por el alambre de la jaula. Mi ayudante estableció la comunicación con los hilos que venían de las pilas de Grove. M. Home sostuvo nuevamente el acordeón del mismo modo que antes, dentro de la jaula, y á seguida resonó agitándose de uno á otro lado. Me es imposible decir si la corriente eléctrica vino en auxilio de la fuerza que se manifestaba en el interior de la jaula.

M. Home tomó de nuevo el acordeón, como al principio de la experiencia, y acto continuo oímos acordes y arpeggios, y seguidamente una dulce melodía muy conocida y admirablemente ejecutada.

Durante el fenómeno, pasé mis manos por el brazo de Home, desde más arriba del codo, hasta tocar el acordeón, y no noté el movimiento de un solo músculo. La otra mano permanecía sobre la mesa, á nuestra vista, y sus pies bajo los nuestros, como dejo dicho.

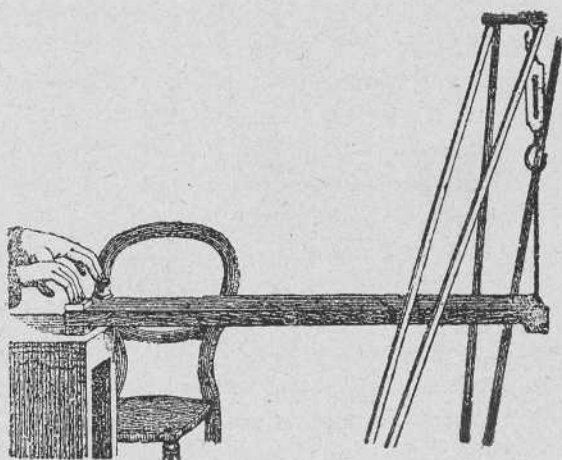
Habiendo obtenido resultados tan notables en las experiencias del acordeón, nos dirigimos hacia el aparato de la balanza ya descrito. M. Home colocó ligeramente la punta de sus dedos sobre el extremo de la plancha



puesta encima del soporte, mientras el doctor A. B. y yo, sentados á su lado, espiábamos los efectos que pudieran producirse. Casi inmediatamente vimos descender la aguja de la balanza, que subió, después de pasados algunos minutos. Este movimiento de la aguja se repitió varias veces de un modo intermitente, como si obedeciera á emisiones sucesivas de la fuerza psíquica.

M. Home tomó una campanilla y una cajita de cartón, de las que se usan para fósforos, que estaban cerca, y las colocó bajo sus dedos índice y medio de ambas manos (fig. 3.<sup>a</sup>), para mostrarnos, dijo, que no ejercía presión alguna. La oscilación de la aguja, débil entonces, se acentuó más, llegando hasta marcar, según el doctor A. B., que la observaba, seis y media libras. Continuando el experimento, el índice registrador señaló un máximo de nueve libras, de las cuales, restadas tres, que pesaba la plancha en su posición primera, daba un aumento de seis.

Deseando saber si era posible producir sobre la balanza tan notables efectos haciendo presión en el extremo en que apoyaba los dedos Home, me subí al soporte, y descansando sobre la tabla un pie solamente, la balanza señaló un aumento de dos libras, y esto, cuando





yo imprimía una sacudida á mi cuerpo, que pesa ciento cuarenta.

Es de notar que Home operaba sentado en una silla alta, y aunque hubiese hecho toda clase de esfuerzos, no habría podido ejercer influencia alguna material sobre tales resultados. No necesito añadir que tanto sus pies como sus manos, fueron vigilados por todos los asistentes <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Estas experiencias y los resultados en ellas obtenidos por Crookes, no son más que la repetición y confirmación de otras practicadas por Gasparín en Francia, por Thury en Suiza, por Hare en Norte América y por Boutlerow en Rusia.

Hare dice en su obra *Experimental investigation of spirit manifestations*:

«Hice sumergir las manos de Home en el agua contenida en la vasija que descansaba sobre la plancha, evitando así, que ejerciera presión en ésta. Con gran sorpresa mía, observé un aumento de diez y ocho libras en la balanza.

En otra ocasión usé un aparato hecho con una palanca, cuyo brazo mayor se apoyaba en el platillo de una balanza de espiral, y en el menor aplicaba los dedos M. Home; de este modo dispuesto, todo movimiento que ejecutara hacia abajo, ó toda presión que ejerciera, daría como consecuencia la elevación del extremo apoyado en la balanza, y una disminución de peso. Sin embargo, el índice registrador acusó un aumento.»

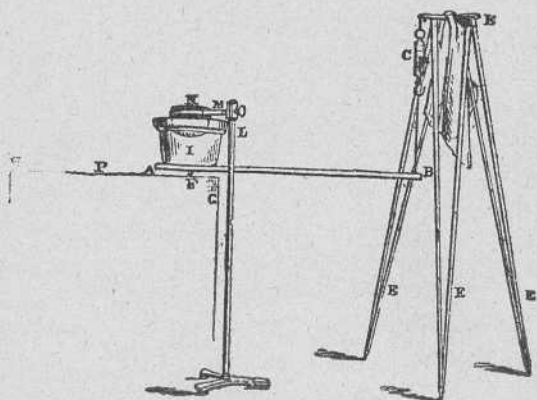
Este experimento me parece más sorprendente aún que el del acordeón. Como se ve en la figura 3.<sup>a</sup>, la tabla se halla colocada horizontalmente; hay que notar que los dedos de Home no han avanzado nunca más de una y media pulgada del extremo de la tabla, como se demostró por una señal hecha con lápiz, puesta por mí, con anuencia del doctor A. B. durante la experiencia.

Como el pie de madera tiene también pulgada y media de ancho, y descansaba por completo en la mesa, es evidente que cualquiera presión ejercida en este espacio de una y media pulgada, no puede producir acción alguna sobre la balanza.

Además, es indudable, que cuando el extremo más distante de Home descendía, la tabla giraba sobre la arista de dicho pie como sobre un eje. Por consiguiente, la disposición era la de una palanca de treinta y seis pulgadas de largo, cuyo punto de apoyo estaba á una y media pulgada de uno de los extremos. Si Home hubiese ejercido una presión dirigida hacia abajo, ésta habría estado en oposición con la fuerza que hacía descender el otro extremo de la tabla.

La presión vertical indicada por la balanza cuando yo estaba de pie encima de la tabla,







era debida, probablemente, á que mi pie pasaba este punto de apoyo <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase la carta que el doctor Cox, que figura con las letras C. D., dirigió á Crookes:

«36, Russell-Square.—8 Junio 1871.

Distinguido señor: Hallándome presente á los experimentos por usted relatados, me apresuro á dar fe de la exactitud que hay en la descripción, y de las precauciones y cuidados con que fueron ejecutadas las diversas pruebas.

Me parece que los resultados obtenidos establecen el importantísimo hecho de que existe una fuerza que procede del sistema nervioso, y que en la esfera de su acción, es capaz de dar movimiento y peso á los cuerpos sólidos.

Estoy convencido, de que esta fuerza es emitida á modo de pulsaciones ó sacudidas intermitentes, y no en forma de una presión fija y continua, puesto que durante el experimento el índice subía y bajaba sin cesar. Este hecho es de importancia suma, porque tiende á confirmar la opinión que le asigna como origen el sistema cerebro espinal, y contribuye á afirmar el descubrimiento del Dr. Richardson de una atmósfera nerviosa, de intensidad variable, que envuelve al cuerpo humano.

Las experiencias de usted, confirman la conclusión á que ha llegado el Comité de la Sociedad Dialéctica. Por mi parte, he de añadir que nada veo ni hallo que impida creer que tal fuerza, sea otra cosa que un efecto de la organización humana, ó cuando menos, que está ligada íntimamente con ella, y por tanto, pueda so-

Como no faltaron objeciones y críticas, Crookes, convencido después de varias experiencias, de que no era necesario el contacto efectivo de las manos de Home con el objeto cuyo peso había de variar, empleó un aparato, en el cual el agua transmite la fuerza, y que no es sino una modificación del anterior, como puede verse (figs. 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>).

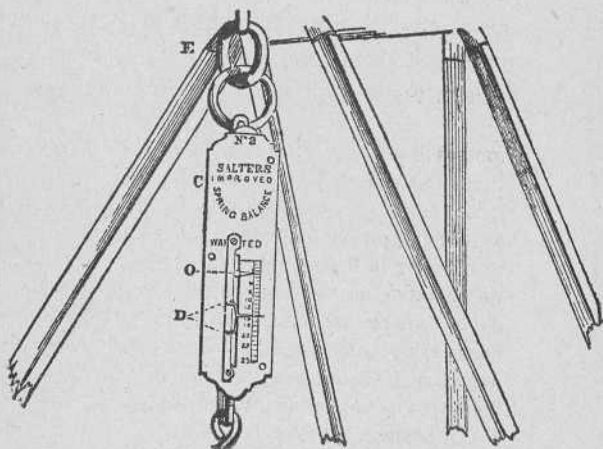
metérsela á la investigación científica, como todas las demás fuerzas de la naturaleza.

La psicología es una rama de la ciencia casi inexplorada, probablemente, porque no se ha estudiado ni buscado la fuerza nerviosa. Y hoy, que valiéndonos de aparatos, se ha demostrado su existencia real, es decir, que es un hecho (y como tal, importantísimo desde el punto de vista de la Biología, en sus múltiples aspectos), debe hacerse su examen inmediato por los fisiólogos, y por todos los que aspiran al conocimiento del *hombre*, «el más noble estudio á que podemos consagrarnos».

Para evitar toda deducción prematura, yo propondría que se adoptase para esta fuerza un nombre adecuado: *fuerza psíquica*, por ejemplo; *psiquistas*, para las personas en quien se manifiesta, y *psiquismo*, á la ciencia que de ella se ocupe.

Además indico la formación de una Sociedad Psicológica, cuyo objeto sea dar impulso por medio de experimentos, periódicos y discusiones, al estudio de esta ciencia, descuidada hasta ahora.

Es de V. a. y s. s.—*Edwd W.<sup>m</sup> Cox*.—Al Sr. W. Crookes. F. R. S.





La figura 4.<sup>a</sup> representa el aparato en conjunto; las figuras 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> detalles de las partes más esenciales.

A. B. (fig. 4.<sup>a</sup>) es una tabla de caoba de 36 pulgadas de largo por 9'50 de ancho y 1 de espesor. La extremidad B está suspendida á una balanza de resorte C, provista de un indicador automático D, y sostenida por un resistente trípode E.

El indicador móvil O, de la balanza de resorte (fig. 5.<sup>a</sup>), está sujeto á una punta de acero que se proyecta horizontalmente hacia fuera. Enfrente de la balanza, y fijada sólidamente, hay una muesca que sostiene una caja parecida á la cámara oscura de un aparato fotográfico.—Un péndulo da á la caja un movimiento horizontal, y con ella á una lámina de vidrio ennegrecida con humo; la punta de acero, al moverse, imprime un trazo ó rasgo en la superficie cubierta de negro.

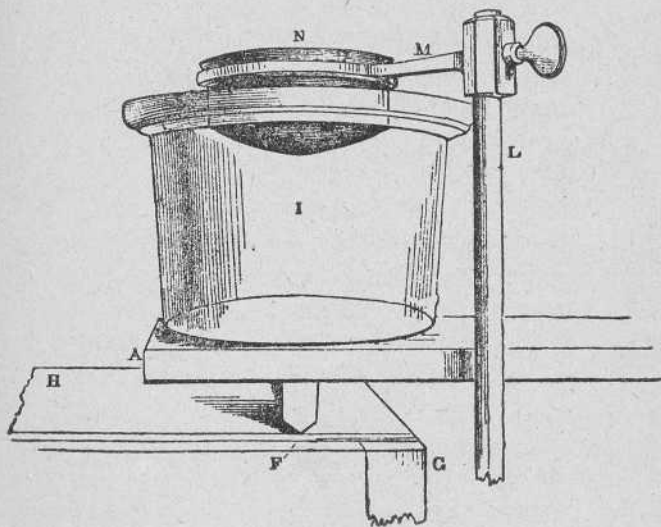
Si la balanza está quieta, y el péndulo empieza á moverse, describirá una línea horizontal perfectamente recta. Mas si el péndulo se para y se colocan pesos sobre la extremidad B de la tabla, resultará una línea vertical, cuya longitud habrá de depender del peso aplicado. Claro se está también, que si mientras el péndulo en su movimiento roza la lámina

de cristal, se altera el peso de la tabla, la línea trazada por la punta de acero será una curva, por la cual será fácil calcular la tensión en grados, en cualquier momento.

La extremidad A, de la tabla, descansa por medio de un trozo de caoba cortado á doble bisel, sobre un banco de madera sólido y pesado, G H (fig. 6.<sup>a</sup>); sobre la tabla, y exactamente por encima del punto de apoyo, está colocado un gran vaso de cristal, I, lleno de agua; á un lado y puesto en el suelo, el soporte de hierro macizo, L, provisto de un brazo y un anillo, M N, en el cual ajusta un receptáculo hemisférico de cobre, cuyo fondo atraviesan varios agujeros. La barra de hierro del soporte está á dos pulgadas de la tabla A B, y el vaso y la vasija de cobre dispuestos de tal modo, que ésta penetra una y media pulgadas en el agua del recipiente I y se encuentra á cinco del fondo y á dos de su circunferencia.

Dada esta disposición, el efecto mecánico que se produce sobre la tabla al golpear ó sacudir el brazo M, es nulo, como muy bien lo hace notar Crookes, sucediendo lo mismo si se introduce la mano en el agua de la vasija N. El aumento de presión al colocar una mano en dicha vasija es tan insignificante en el







aparato de Crookes, que él la desprecia, haciendo caso omiso de ella.

El resultado de las experiencias ha sido igual al de las anteriores. Después ha hecho que Home actuara sin contacto alguno con el aparato, y obtuvo siempre pruebas decisivas «que PONEN FUERA DE DUDA, la existencia de una fuerza asociada de modo inexplicable al organismo humano, por la cual puede aumentar el peso de un cuerpo sin contacto efectivo» <sup>1</sup>.

Otros fenómenos ha obtenido el sabio químico en sus experiencias, y que refiere sucintamente en su Memoria:

### CLASE PRIMERA

#### MOVIMIENTO DE CUERPOS PESADOS CON CONTACTO PERO SIN ESFUERZO MECÁNICO

Esta es una de las formas más sencillas de los fenómenos que he observado. Varía desde la sacudida ó temblor de una habitación y sus muebles, hasta levantar realmente en el aire

---

<sup>1</sup> *Nouvelles expériences sur la Force Psychique.*—  
Traducción francesa de G. Alidel.

un cuerpo pesado cuando la mano está colocada encima de él. Se objetará, que si se toca una cosa que está en movimiento, se la puede empujar, tirar ó levantar; he probado por experiencia que en numerosos casos esto no ocurre: á tal clase de fenómenos doy poca importancia, y solamente los menciono como preliminares de otros.

Los movimientos sin contacto son, generalmente, producidos por un enfriamiento del aire, que llega á ser, á veces, un viento muy pronunciado. Bajo su influencia he visto levantarse hojas de papel y bajar el termómetro varios grados. En ocasiones, no he observado movimiento alguno real del aire, pero el frío ha sido tan intenso, que sólo puedo compararlo al que se siente cuando se tiene la mano cerca del mercurio helado.

## CLASE II

### FENÓMENOS DE PERCURSIÓN Y OTROS SONIDOS DE IGUAL NATURALEZA

El nombre vulgar de *golpes* da idea equivocada de esta especie de fenómenos. Repetidas veces, durante mis experimentos, he oído ruidos suaves que se hubiera creído producidos por la punta de un alfiler; sonidos

agudos como los de una máquina de inducción en pleno movimiento; detonaciones en el aire; leves ruidos metálicos; chasquidos como los que se oyen cuando funciona una máquina de frotación; sonidos que parecen como si se escarbbase, etc.

Estos ruidos, que he comprobado con casi todos los mediums, tienen particularidad especial. Con M. Home son más variados; pero por la intensidad, no he encontrado á nadie que pueda compararse con la Srta. Kate Fox. Durante muchos meses he podido estudiar los fenómenos que ocurren en presencia de esta señorita, y tales ruidos son los que particularmente me han preocupado. Con los otros mediums suele ser necesario, tratándose de una sesión regular, el que pase algún tiempo antes que se deje oír algo; pero con la señorita Fox basta que coloque la mano sobre cualquier objeto, para que en seguida se perciban en él sonidos intensos, que se oyen á través de varias habitaciones.

Los he oído producirse, así, en un árbol, en una baldosa de vidrio, en un alambre tendido, en una piel tensa, en un tamboril y en la butaca de un teatro. Más aún; ni se necesita el contacto inmediato: he oído salir estos ruidos del suelo, de las paredes, etc., cuando el me-

dium tenía los pies y manos asegurados, cuando estaba de pie sobre una silla, cuando se encontraba en un columpio suspendido del techo, cuando estaba encerrado en una jaula de hierro y cuando estaba desmayado encima de un sofá. Los he oído en los cristales de una caja armónica, y los he sentido en mis hombros y debajo de mis manos. Los he oído en una hoja de papel tenida entre los dedos por un cabo de hilo pasado por un ángulo de aquella hoja. Conociendo todas las teorías que se han emitido para explicar estos ruidos, las he probado; de mis estudios y experiencias he obtenido el convencimiento de que no son obra de fraude ni de medios mecánicos.

Aquí se impone á nuestra mente una cuestión importante: *Estos movimientos y ruidos ¿los dirige una inteligencia?* Desde el principio de mis investigaciones, me he persuadido de que el poder que producía los fenómenos no era simplemente una fuerza ciega, sino inteligente; así, los ruidos de que acabo de hablar, se han repetido un número determinado de veces; se han hecho fuertes ó suaves, y á petición mía, han resonado en diferentes puntos, y por medio de un vocabulario convenido de antemano se ha contestado á preguntas, etcétera.

La inteligencia que gobierna estos fenómenos es, á veces, inferior á la del medium, y con frecuencia, está en oposición directa á sus deseos. Cuando se ha pretendido hacer algo que no podía tenerse como razonable, he visto insistir para que se pensara de nuevo. Esta inteligencia es, en ocasiones, de carácter tal, que obliga á creer que no dimana de ninguno de los concurrentes.

Varios ejemplos podría citar como prueba; pero más adelante discurriré este asunto.

### CLASE III

#### ALTERACIÓN DEL PESO DE LOS CUERPOS

He repetido en diversas formas y con diferentes mediums los experimentos que en estas Memorias llevo ya descritos. No creo necesario ocuparme más de ellos.

### CLASE IV

#### MOVIMIENTOS DE OBJETOS COLOCADOS Á CIERTA DISTANCIA DEL MEDIUM

Numerosos son los casos de haberse puesto en movimiento, sin el contacto del medium, cuerpos pesados, tales como mesas, sillas, canapés, etc.; indicaré algunos de los más sor-

prendentes. En una ocasión, mi silla describió en parte, un círculo, sin que mis pies tocasen al suelo. A la vista de todos los asistentes, una silla vino desde un rincón apartado de la habitación; y en otra circunstancia, un sillón, hasta el sitio donde estábamos sentados, y á petición mía, se volvió lentamente, á distancia de una vara. Durante tres veladas consecutivas, una mesita se movió recorriendo la habitación, en condiciones que de antemano había yo preparado adrede, al objeto de contestar cualquier objeción que se hubiera podido formular contra aquel hecho. Varias veces he obtenido la repetición de un experimento que el Comité de la Sociedad de Dialéctica ha considerado como concluyente; á saber: el movimiento de una mesa en plena luz, con todas las sillas puestas de espaldas, y estando cada persona arrodillada encima de una de dichas sillas, con las manos apoyadas en el respaldo, pero sin tocar á la mesa. Una vez, este hecho se produjo, mientras yo iba y venía por la habitación, examinando cómo estaban colocados los concurrentes.



## CLASE V

MESAS Y SILLAS LEVANTADAS DEL SUELO  
SIN EL CONTACTO DE NADIE

Cuando se refieren manifestaciones de semejante índole, se hace generalmente esta observación: «¿Por qué tan solo las mesas y las sillas producen estos efectos? ¿Cómo se explica que tal propiedad sea peculiar á los muebles?»

Podría contestar que no hago más que observar y relatar los hechos, y que no tengo para qué entrar en el cómo ni el por qué de ellos; sin embargo, claro se está que si en un comedor ha de levantarse del suelo un cuerpo pesado, inanimado, éste no puede casi ser sino una mesa ó una silla. Tengo numerosas pruebas de que esta propiedad no es exclusiva á los muebles; pero á igual que para las manifestaciones experimentales, la inteligencia ó la fuerza, sea la que fuere, que produce estos fenómenos, no se sirve más que de los objetos que encuentra apropiados.

En cinco ocasiones distintas, una mesa de comedor, se levantó del suelo hasta dieciocho pulgadas, y en condiciones especiales que hacían imposible el fraude; en otra circunstan-

cia, se levantó del suelo, en plena luz, mientras yo retenía las manos y los pies del medium.

## CLASE VI

### LEVANTAMIENTO DEL CUERPO HUMANO

Estos hechos los he presenciado cuatro veces en la oscuridad, en condiciones de vigilancia completamente satisfactoria; pero es tan necesaria la comprobación de fenómeno tal, por medio de la vista, para destruir nuestras ideas preconcebidas «sobre lo que es naturalmente posible ó no lo es», que no mencionaré más que los casos en que las deducciones de la razón, fueron confirmadas por el sentido de la vista.

En una ocasión ví elevarse á cuatro pulgadas del suelo una silla, en la cual estaba sentada una señora. Otra vez, para alejar toda sospecha de que fuese ella misma la que producía esta elevación, la señora se arrodilló encima de la silla, de manera que quedaron visibles para nosotros los cuatro pies del mueble. Entonces se elevó tres pulgadas, permaneció en el aire unos diez segundos y luego descendió lentamente. En otra ocasión, dos niños, en circunstancias distintas, se elevaron

del suelo con sus respectivas sillas, en plena luz y en las condiciones para mí más rigurosas de experimentación, pues yo estaba arrodillado y no perdía de vista los pies de la silla, que nadie tocaba.

Los casos más sorprendentes de elevación de que he sido testigo, han ocurrido con Home. En tres circunstancias diversas le he visto elevarse completamente por encima del pavimento de la habitación. La primera vez estaba sentado en una silla alta; la segunda arrodillado encima de ella, y la tercera de pie. En todas pude observar el hecho en el momento en que se producía.

Cien casos hay por lo menos bien comprobados de la ascensión de M. Home, producidos en presencia de muchas personas; y de la boca misma de tres testigos, el conde de Dunraven, lord Lindsay y el capitán C. Wynne, he oído la relación de los hechos más sorprendentes de este género, acompañada de multitud de detalles. Negar la realidad de estas manifestaciones, equivale á rechazar todo testimonio humano; no en otras pruebas se funda la Historia sagrada ó profana.

La acumulación de los testimonios que establecen las ascensiones de M. Home es enorme; y sería conveniente que alguien, cuya ase-

veración fuera admitida como irrecusable por las gentes de ciencia (si es que existe una persona cuyo testimonio en pro de semejantes fenómenos pueda ser admitido), quisiera estudiar concienzuda y pacientemente esta clase de hechos. Aún viven muchos que fueron testigos oculares de las ascensiones de Home, y de seguro que no se negarían á atestiguarlas; dentro de algunos años, será muy difícil el conseguirlo.

## CLASE VII

### MOVIMIENTO DE OBJETOS PEQUEÑOS SIN CONTACTO DE NADIE

Con este título, me propongo describir algunos fenómenos especiales de que he sido testigo. Apenas si puedo indicar varios de los hechos más salientes, los cuales, no se olvide, han ocurrido en condiciones que hacían imposible toda superchería. Atribuir estos resultados al fraude es absurdo, porque todo cuanto refiero no se ha verificado en el domicilio de un medium, sino en el mío, donde le era imposible hacer preparativo alguno de antemano. Y por mucha que fuese la habilidad de Home; por grande que quiera considerarse su maestría en la *prestidigitación*, no conseguiría

hacer que un acordeón sostenido por mí, con las llaves hacia abajo, tocara mientras él se paseaba en el extremo opuesto de la sala en que estábamos, como tampoco podría hacer que ese mismo acordeón permaneciera en el aire sin sostén alguno, ni que se agitaran las cortinas de las ventanas al elevarse las persianas, sonaran solas las cuerdas de un piano, ó se levantara sobre la mesa una botella con agua, y se agitara un abanico, y oscilara un péndulo encerrado en una caja sólidamente fijada á la pared.

## CLASE VIII

### APARICIONES LUMINOSAS

Si estas manifestaciones son débiles, exigen por lo general que la habitación no tenga luz. No necesito recordar que en semejantes circunstancias he tomado todas las precauciones posibles, para evitar que se me sorprendiera por el aceite fosforado ó por algún otro medio. Más aún; muchas de esas luces eran de una naturaleza tal, que no he podido imitarlas.

En condiciones de vigilancia extremada, he visto un cuerpo sólido, luminoso por sí propio, del grueso y forma aproximadamente de

un huevo de pava, flotar sin ruido por la habitación, elevarse más de lo que habría podido cualquiera de los asistentes puesto sobre la punta de los pies, y luego descender hasta tocar el suelo. Esto fué visible durante diez minutos, y antes de desvanecerse golpeó tres veces la mesa, con ruido parecido al de un cuerpo duro y sólido.

Mientras se producía el fenómeno, el medium estaba tendido en una silla alta y parecía completamente insensible.

He visto salir puntos luminosos de uno y otro lado é ir á posarse encima de la cabeza de varias personas; he recibido contestación á preguntas que había hecho, por medio de destellos de luz que se han producido ante mis ojos y el número de veces que yo había fijado; he visto lanzar chispas de la mesa al techo, y volver luego á caer encima de aquella con un ruido perceptible; he obtenido una comunicación alfabética por medio de lucecillas que se producían en el aire ante mis ojos, y por entre las cuales paseaba mi mano; he visto flotar una nube luminosa sobre un cuadro. Siempre en condiciones de rigurosa vigilancia, me ha sucedido que un cuerpo sólido, cristalino, fosforescente, ha sido colocado en mi mano por otra que no pertenecía

á ninguna de los circunstantes. En plena luz he visto una nube luminosa cernerse sobre un heliotropo, colocado encima de una mesa, á nuestro lado, romper una rama de él y traérsela á una señora; y en algunas ocasiones una nube parecida se ha condensado á nuestra vista, tomando la forma de una mano que transportaba objetos pequeños. Pero estos hechos, más bien pertenecen á la clase de los fenómenos que siguen.

## CLASE IX

### APARICIONES DE MANOS, LUMINOSAS POR SÍ MISMAS Ó VISIBLES Á LA LUZ

Durante las sesiones, se siente con frecuencia el contacto de manos; yo las he visto muchas veces. No presentaré ejemplos de ocasiones en que se han producido los fenómenos en la oscuridad, sino algunos de los numerosos casos en que he visto estas manos, en plena luz.

Una mano pequeña elevóse de una mesa del comedor y me dió una flor; apareció y desapareció por tres veces consecutivas, proporcionándome la ocasión de convencerme de que aquella aparición, era tan real como mi propia mano. Esto ocurrió á toda luz en mi

habitación, estando sujetas las manos y los pies del medium.

En otra circunstancia, aparecieron una mano y un brazo como de niño, que jugueteaban cerca de una señora que estaba á mi lado. Después, la aparición vino hacia mí, dióme un golpe en el brazo y tiró varias veces de mi levita.

Otra vez, vimos un dedo índice y un dedo pulgar que arrancaban los pétalos de una flor que Home traía en el ojal de su levita, y los dejaban á las personas sentadas junto al medium.

En ocasiones hemos visto una mano que apretaba las teclas de un acordeón, al propio tiempo que las manos del medium estaban sujetas por los que se hallaban á su lado.

Las manos y los dedos no siempre me han parecido sólidos y dotados de vida; más semejaban una nube condensada bajo la forma de mano. Pocos las han visto de manera clara y perfectamente. Se ve que un objeto cualquiera es llevado de un lado á otro, y mientras un observador percibe un vapor luminoso, otro descubre una mano, y un tercero no nota sino que el objeto se agita. He visto muchas veces moverse primero un objeto, después formarse una nube luminosa en torno



de él, que se condensaba tomando la forma de una mano perfectamente hecha. En tal momento, los asistentes podían verla. Estas manos no siempre son una simple forma; á veces son animadas; los dedos se mueven y la piel parece humana; en la muñeca ó en el brazo se vuelve vaporosa y se pierde, esfumándose. A veces son frías como el hielo y parecen muertas; otras, son calientes y vivas, y han apretado la mía.

He querido retenerlas, y aunque no hicieron esfuerzo, redujéronse poco á poco y desaparecieron.

## CLASE X

### ESCRITURA DIRECTA

Así se designa la escritura que no es producida por ninguno de los circunstantes. He obtenido repetidas veces, palabras y frases escritas en papel timbrado con mi cifra particular; y en condiciones de la más rigurosa vigilancia, he oído en la oscuridad correr el lápiz por encima del papel. Eran tantas las precauciones tomadas, que estoy convencido de igual manera que si hubiese visto formarse los caracteres. Pero como el espacio no me permite entrar en detalles, me limitaré á citar los

casos en que mis ojos, á igual que mis oídos, han sido testigos del fenómeno.

El primer hecho que citaré ocurrió en una sesión á oscuras, mas no por eso, es menos indiscutible el resultado. Hallábame sentado junto á la medium, Srta. Fox; no había más asistentes que mi mujer y una señora parienta nuestra; yo tenía en una de las mías, las dos manos de la medium, mientras sus pies se apoyaban encima de los míos. Había sobre la mesa papel, y mi mano libre sostenía un lápiz.

Una mano luminosa descendió del techo de la habitación, y después de haberse cernido junto á mí, varios segundos, tomó el lápiz que yo tenía, escribió rápidamente en una hoja de papel, y soltando el lápiz se remontó, perdiéndose poco á poco en la oscuridad.

Mi segundo ejemplo puede considerarse como un fiasco. «Un fracaso enseña con frecuencia más que el experimento bien hecho.» Ocurrió esta manifestación en plena luz, en mi propia habitación, y en presencia únicamente de Mr. Home y de algunos amigos íntimos. Varias circunstancias me habían demostrado que aquella noche era muy fuerte el poder de Home. Le manifesté el deseo de presenciar en aquel momento la producción de una *comu-*

*nicación*, tal como algún tiempo antes, lo había oído contar á un amigo mío.

Inmediatamente se nos dió la siguiente contestación: «Lo probaremos.» En el centro de la mesa había un lápiz y algunas hojas de papel; levantóse el lápiz sobre su punta, adelantóse con saltos inseguros hacia el papel y cayó. Volvió á levantarse y cayó de nuevo. Probólo por vez tercera, pero sin obtener mejor resultado. Después de estas tres tentativas infructuosas, una tablilla que se hallaba á un lado de la mesa, se deslizó hacia el lápiz y se elevó á algunas pulgadas encima de la mesa; levantóse de nuevo el lápiz, y apoyándose contra la tablilla, hicieron juntos un esfuerzo para escribir en el papel. Después de haberlo probado tres veces, la tablilla abandonó al lápiz y volvió á su sitio; el lápiz cayó sobre el papel, y por el alfabeto se nos dijo: «Hemos intentado satisfacer tu deseo, pero es superior á nuestras fuerzas.»

## CLASE XI

### FORMAS Y FIGURAS DE FANTASMAS

Estos fenómenos son los más raros de cuantos he sido testigo. Las circunstancias necesarias para su producción, parecen ser tan deli-

cadás, que sólo he tenido muy pocas ocasiones de verlos en condiciones satisfactorias de comprobación. Citaré dos de estos casos. A la caída de la tarde, durante una sesión de Home en mi casa, ví agitarse las cortinas de una ventana que estaba á unos ocho pies de distancia de nosotros. Todos los asistentes distinguieron una forma oscura, semi-transparente, parecida á una figura humana, de pie junto á la ventana y que agitaba con su mano la cortina. Mientras la mirábamos, se desvaneció y las cortinas cesaron de moverse.

Más sorprendente es el caso que sigue. Al igual que en el precedente, Home era el medium. Una forma fantástica se adelantó desde un ángulo de la habitación, tomó un acordeón, y andando hízolo sonar. La vimos durante varios minutos. Después se aproximó á una señora que estaba á corta distancia de nosotros, y desapareció.

## CLASE XII

### CASOS ESPECIALES QUE PARECEN INDICAR LA ACCIÓN DE UNA INTELIGENCIA EXTRAÑA

Se ha probado que estos fenómenos están dirigidos por una inteligencia. ¿Cuál es su origen? ¿Es la del medium ó la de una de las

personas que se hallan en la habitación, ó es extraña á todos? Sin decidirme acerca de este punto, puedo decir que al propio tiempo que me he convencido de que en muchos casos la voluntad y la inteligencia del medium han parecido actuar sobre los fenómenos, he observado otros, que parecen demostrar de modo terminante la acción de una inteligencia extraña á todos los asistentes <sup>1</sup>. El espacio de que dispongo, no me permite aducir los argumentos que se pueden alegar para probar estas aserciones; mencionaré uno ó dos hechos.

Varios fenómenos se han producido á un tiempo en mi presencia, sin que el medium los conociese todos. He visto á la Srta. Fox escribir automáticamente una comunicación para uno de los circuntantes, mientras daba otra, acerca de asunto distinto, alfabéticamente y por medio de *golpes*; cuando esto ocurría, el medium conversaba con una tercera persona sobre un tema completamente diverso.

En una sesión con Home, la tablilla de que

---

<sup>1</sup> Deseo que se comprenda bien el sentido de mis palabras: no quiero decir que la voluntad y la inteligencia del medium se empleen activamente de un modo consciente ó desleal en la producción de los fenómenos, sino que sucede, á veces, que sus facultades parece que obran de un modo inconsciente.



he hablado cruzó en plena luz la mesa para venir hacia mí, y me dió una comunicación golpeándome en la mano. Apelé al alfabeto, y ví que marcaba en las letras que correspondían. El extremo opuesto descansaba en la mesa, á cierta distancia de las manos de Home.

Los golpes eran tan claros y exactos, que dije: «La inteligencia que dirige los movimientos de esta regla puede cambiarlos y darme, valiéndose de golpes en la mano, una comunicación telegráfica con el alfabeto de Morse?»

Tengo razones para creer que el alfabeto de Morse era completamente desconocido de las personas allí presentes; yo apenas lo sabía. Así que hube manifestado mi deseo, cambió el carácter de los golpes, y el mensaje se continuó de la manera que había pedido, con tal rapidez, que apenas si pude descifrar una que otra palabra; mas lo suficiente, para convencerme de que en el otro extremo de la tablilla había un excelente conocedor del alfabeto Morse.

Una señora escribía automáticamente valiéndose de la mesilla. Traté de descubrir el medio de probar que lo que ella escribía no era el efecto de la acción inconsciente del ce-

rebro. La mesilla afirmaba, como siempre lo hace, que aun puesta en movimiento por la mano y el brazo de aquella señora, la *inteligencia* que la dirigía era la de un sér invisible, que se servía del cerebro de la señora como de un instrumento de música, haciéndole mover sus músculos.

Entonces dije: «¿Ves lo que hay en esta habitación?—Sí, respondió.—¿Ves este periódico? ¿puedes leerlo? añadí, poniendo uno de mis dedos encima de un número del *Times* que había en una mesa detrás de mí, pero sin mirarlo.—Sí, contestó la mesilla.—Bueno, dije, si puedes verla, escribe la palabra que cubre ahora mi dedo y te creeré.» La mesilla empezó á moverse lentamente, y con mucha dificultad escribió la palabra *however*. Me volví y ví que realmente era aquella la palabra sobre la cual estaba mi dedo.

Cuando hice este experimento, había evitado adrede mirar el periódico; la señora, aun cuando lo hubiese intentado, tampoco pudo verlo, porque estaba sentada junto á una mesa y el periódico en otra, colocada á mi espalda.

## CLASE XIII

VARIAS MANIFESTACIONES DE CARÁCTER  
COMPLEJO

Con este título me propongo dar á conocer algunas manifestaciones que, por razón de su carácter, no pueden clasificarse de otra manera. De entre más de doce hechos escogeré dos. El primero acaeció en presencia de la Srta. Kate Fox, y para hacerlo inteligible es menester que entre en detalles.

La Srta. Fox había prometido darme una sesión en mi casa una tarde de la primavera del año pasado. Mientras yo la aguardaba, una señora de mi familia y mis dos hijos mayores, de catorce y once años respectivamente, estaban en el comedor, donde se realizaban siempre las sesiones. Yo me encontraba sólo en mi biblioteca ocupado en escribir. A poco rato se detuvo un carruaje y subía la señorita Fox, á quien conduje al comedor; colocó sobre una silla su sombrero y abrigo, y después que mis hijos se hubieron ido á la biblioteca, cerré con llave la puerta del comedor.

Nos sentamos; la Srta. Fox á mi derecha y la otra señora á la izquierda. A poco rato, re-



cibimos una comunicación alfabética que nos invitaba á apagar el gas; así lo hicimos, encontrándonos en completa oscuridad; mientras duró ésta, tuve en una de las mías las dos manos de la Srta. Fox. Casi en seguida se nos dió en que comunicación que decía así: «Vamos á producir una manifestación que probará nuestro poder»; y casi inmediatamente después oímos todos el tañido de una campanilla que no permanecía estacionaria, sino que iba y venía de un lado á otro de la habitación; ora junto á la pared, ora en un ángulo apartado; ya tocándome en la cabeza, ya dando golpes en el techo. Después de haber sonado por la habitación á lo menos cinco minutos, cayó encima de la mesa, cerca de mis manos.

Durante el fenómeno nadie se movió y las manos de la Srta. Fox se mantuvieron quietas. Yo no creía que la campanilla que se oía fuese la mía, porque yo mismo la había dejado en la biblioteca. (Poco antes que llegara la Srta. Fox, había necesitado yo un libro que se encontraba en el rincón de un estante; la campanilla estaba encima del libro y la había apartado para tomarlo. Este detalle me daba la seguridad de que la campanilla estaba en la biblioteca.) El gas iluminaba intensamente el pasillo al que daba la puerta del

comedor; de modo que esta puerta no podía abrirse sin dejar penetrar la luz en la habitación en que nos encontrábamos. Además, para abrirla se necesitaba la llave, y ésta la tenía en mi bolsillo.

Encendí una luz. No cabía duda de que aquélla era mi campanilla. Fuime en derredura á la biblioteca, y desde luego ví que la campanilla no estaba donde yo la dejara.

—¿Sabes dónde está la campanilla?—díjele á mi hijo mayor.

—Sí, papá, contestó; está allí,—y señaló el sitio en que yo la dejara.

Pero levantando los ojos, añadió:

—No, no está; pero estaba no ha mucho.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que alguien la ha llevado.

—No, no ha entrado nadie; pero estoy seguro de que estaba ahí, porque cuando nos has hecho salir del comedor, J... (el más joven de mis hijos) la ha sonado tan recio, que yo no podía estudiar la lección y le he dicho que callase.

J... confirmó estas palabras, y añadió que después de haber agitado la campanilla la colocó en el sitio donde la había encontrado.

El segundo caso ocurrió en plena luz un domingo por la tarde, en presencia de Home

y de algunos individuos de mi familia. Mi mujer y yo habíamos pasado el día en el campo y traído algunas flores que recogieramos. Al llegar á casa las entregamos á una sirvienta para que las pusiese en agua. Poco después llegó Home, y juntos pasamos al comedor. Cuando nos hubimos sentado, la sirvienta trajo las flores que había colocado en un jarro, poniéndolas en el centro de la mesa, que estaba sin mantel. Era la primera vez que Home veía aquellas flores.

Después de haber obtenido varias manifestaciones, recayó la conversación sobre ciertos hechos que parecían no poder explicarse sino admitiendo la penetrabilidad de la materia. A este propósito se nos dió el siguiente mensaje alfabético: «Es imposible á la materia el pasar al través de la materia; pero vamos á mostraros lo que podemos hacer.»

Aguardamos en silencio y no tardamos en divisar una aparición luminosa que se cernía por encima del ramo de flores; después, á la vista de todos, un tallo de *hierba de China*, de 15 pulgadas de longitud, que formaba el adorno del centro del ramo, ascendió lentamente desprendiéndose de las demás flores, y luego descendió hasta la mesa, por frente al jarro, y entre éste y Home. Llegó á la mesa y

no se detuvo, sino que la atravesó sin torcerse, en totalidad.

Inmediatamente de la desaparición del tallo, mi mujer, que estaba sentada al lado de Home, vió entre ella y él, una mano que venía de debajo de la mesa y que sostenía el tallo, con el que la golpeó dos ó tres veces en el hombro, produciendo ruido que todos oímos; después de dejar el tallo en el suelo desapareció. No hubo más que dos personas que viesen la mano; pero todos los concurrentes distinguieron el movimiento del tallo. Mientras esto ocurría, las manos de Home permanecieron tranquilamente apoyadas en la mesa delante de él. El sitio por donde desapareció el tallo distaba 18 pulgadas de las manos. La mesa era de comedor con correderas y tornillos, no de las que se estiran; la reunión de sus dos mitades formaba una estrecha hendidura en el centro. A través de ella fué por donde pasó el tallo sin quebrarse y sin que se viera en una ó en otra parte la más ligera señal de presión ni de erosión.

Otro de los mediums con quien Crookes ha verificado experiencias es la Srta. Florencia Cook, cuyo nombre, como el de su *espíritu*,

*Katie King*, es conocido en el mundo entero.

Florencia Cook, hija de unos próximos parientes del experimentador inglés, reveló las primeras manifestaciones de su mediumnidad á los quince años, y es con ella con quien ha obtenido Crookes los fenómenos extraordinarios que tan duras como innmerecidas críticas le han valido.

«Mis Florencia Cook, á diferencia de otros mediums—dice—no entra *in transe*, sino que cae en catalepsia completa, y cuando esto sucede, se desprende de ella un vapor luminoso, informe, que poco á poco va perdiendo su brillo, y adquiere una forma de mujer, que más tarde se la ve y se la oye, que se mueve, habla, que es palpable y tiene una existencia real, llena de vida, hermosa, blanca y con cabellos rubios, á diferencia de su medium, que es morena y con pelo negro.»

En varias cartas que dirige Crookes á revistas espiritistas, relata las apariciones de Katie King y habla de su fotografía obtenida á la luz eléctrica:

«En el momento, no me ocuparé de la mayor parte de las pruebas que Katie me ha dado en las numerosas ocasiones en que su medium ha asistido á mi casa. Durante casi todas las noches de la semana anterior á su

partida, ha venido Miss Cook con el objeto de retratar á Katie, para lo cual se dispusieron cinco aparatos completos de fotografía, de diverso tamaño, y dos con cámaras esteoscópicas binoculares, que todos juntos y á un mismo tiempo, deberían dirigirse á Katie en el momento dado. Se prepararon, además, los baños reveladores y gran número de placas, á fin de evitar todo retardo durante las operaciones fotográficas que ejecutaba yo, auxiliado de mi ayudante.

Mi biblioteca sirvió de cuarto oscuro, y se quitó una hoja de la puerta, que se abría hacia el laboratorio, colocando en su lugar una cortina que facilitase la entrada y salida de Katie. Mis amigos estaban sentados en el laboratorio frente á la puerta, y detrás de ellos, dispuestas las máquinas para fotografiar á Katie y el interior del gabinete, si fuere preciso. De este modo hemos obtenido quince negativas cada noche, por término medio, algunas de las cuales se destruyeron al ser reveladas, quedándome, sin embargo, cuarenta, de las que muchas son regulares y las restantes excelentes.

Katie había impuesto á los asistentes, como única condición, que permanecieran sentados durante la experiencia, excluyéndome de tal

medida y autorizándome á hacer cuanto creyera oportuno para el mejor éxito de la prueba.

Valiéndome de este permiso, la he seguido en muchas ocasiones al gabinete, donde siempre he visto á su medium sobre el suelo y en catalepsia.

En las repetidas visitas que me hizo Miss Cook durante los seis últimos meses, ha permanecido en mi casa semanas enteras, sin traer más equipaje que un saco de noche sin llave, y pasado el día acompañada por mi familia y durmiendo siempre vigilada. Estos motivos me permiten asegurar que no ha tenido ocasión para preparar, no digo las experiencias observadas, sino otras de carácter menos importantes ó más sencillas. Por otra parte, yo mismo he transformado mi biblioteca en cuarto oscuro; y generalmente, después de comer y conversar con nosotros, Miss Cook se dirigía á él, y á petición suya, cerraba la segunda puerta con llave, que guardaba en mi bolsillo durante toda la sesión. Cuando ella entraba en el gabinete, se acostaba en el suelo, con la cabeza apoyada en un cojín; bajaba yo el gas, dejándola á oscuras, y entonces se producía el sueño cataléptico, durante el cual aparecía Katie. Esta, en las experiencias

fotográficas, ocultaba con un chal la cabeza de su medium para evitar que la mortificara la acción intensa de la luz eléctrica; pero muchas veces al levantar la cortina, hemos visto, mis amigos y yo, á Miss Cook y á Katie; y si bien la cara de la primera estaba cubierta y oculta, percibíamos sus manos y sus pies; veíamos que se agitaba penosamente, y oíamos sus gemidos y sollozos. Entre las fotografías que poseo, hay una donde están retratadas ambas, si bien no es visible la cabeza de Miss Cook porque Katie está delante.

Su confianza en mí, aumentó gradualmente con el número de sesiones y acaso en razón de la parte activa que tomaba en ellas, á tal punto, que se negaba á experimentar si otra persona había hecho los preparativos, pidiéndome siempre que estuviera cerca de ella y del gabinete.

Desde el momento en que esta confianza quedó establecida, y tuvo la seguridad de que cumpliría todas mis promesas, los resultados fueron más sorprendentes, aumentando en potencia y obteniendo pruebas que no conseguiría, quizás, si hubiera sido otro mi proceder.

A menudo, me preguntaba acerca de los que me acompañaban y la manera de colo-



carlos, porque desde que uno de ellos insinuó el uso de la fuerza para ayudar á mis estudios, se hallaba en un estado de suma excitabilidad.

Una de las fotografías más interesantes que poseo, es aquella en que estoy al lado de Katie, que tiene puesto sobre el suelo sus pies desnudos.

Vestí á Miss Cook de la misma manera que lo estaba Katie, y colocados en igual posición, fuimos fotografiados por idénticos objetivos y cantidad de luz; superpuestos ambos cristales las líneas de mi contorno se confunden en los dos, cosa que no sucede con las de Miss Cook y Katie, que al lado de aquélla es más alta y gruesa. En otras pruebas, la cara de Katie y su cuerpo difieren notablemente de los de su medium, y se ve multitud de puntos desemejantes entre ellas.

Pero tan impotente es la fotografía para pintar la belleza de Katie, como insuficientes las palabras para describir el atractivo que hay en sus maneras distinguidas. Aquélla puede dar un dibujo más ó menos acabado; pero ¿podría copiar la blancura sin igual de su tez, ó la variadísima expresión de sus rasgos que sin cesar cambia, velados tan pronto por la tristeza que á su alma abruma al re-

cordar penas de una vida ya pasada, como llenos de la inocente alegría del niño, al contar á mis hijas, reunidas en torno suyo, los episodios de su juventud en la India?

He visto tan bien á Katie, que puedo añadir algunas diferencias más á las que en un artículo establecí entre ella y su medium, teniendo en esto la certeza absoluta, la más profunda convicción, de que Miss Cook y Katie, son dos individualidades distintas, por lo menos en lo que concierne á sus cuerpos, porque además de los caracteres señalados anteriormente, en la cara de aquélla existen varios lunares que no tiene Katie; la cabellera de Miss Cook es de color oscuro, negra, mejor dicho; un bucle de la de Katie, que tengo ante mis ojos y que he cortado yo mismo de sus abundosas trenzas después de haberlas seguido hasta el nacimiento del pelo, es de un hermoso rubio de oro.

Examiné varias veces el pulso, de Katie y en todas ellas marcó 75 pulsaciones, mientras que el de Miss Cook acusaba 90, su cifra habitual; habiendo aplicado el oído sobre el pecho de Katie, percibí los latidos del corazón, más regulares que los de su medium, y auscultando sus pulmones revelaban estar sanos, á diferencia de los de Miss Cook, afectados,

entonces, de un fuerte catarro bronquial.

Como no carecerá, acaso, de interés el que añada mi relato á los del Sr. Ross-Church sobre la postrer aparición de Katie, diré que llegado el momento de despedida, yo le pedí el favor de ser el último en dejar de verla. Accedió á ello, y cuando hubo llamado uno por uno á todos mis amigos y dicho algunas palabras, nos dió indicaciones generales sobre nuestra futura dirección y los cuidados que debíamos prodigar á Miss Cook. De las indicaciones, tomadas taquigráficamente, cito la siguiente:

«El Sr. Crookes ha procedido correctamente, y dejo en sus manos á Florencia, convencida, como lo estoy, de que no destruirá la fe que me ha inspirado. Podrá hacer más que yo en todas las circunstancias imprevistas, porque tiene más fuerzas.»

Terminadas sus instrucciones me rogó entrara con ella en el gabinete, donde conversamos durante algún tiempo, hasta que levantándose, atravesó la habitación, y llegándose á Miss Cook, que yacía inanimada en el suelo, la llamó diciéndola: «¡Despierta, Florencia, despierta! Es necesario que ahora te abandone.» Miss Cook despertó, y llorando la pidió que permaneciera junto á ella algu-

nos momentos más. «No puedo, querida,—le respondió;—he cumplido mi misión. ¡Que Dios te bendiga!...»

Tuve que sostener á Miss Cook para que no cayera al suelo presa de una gran tristeza que traducía en sollozos convulsivos. Y cuando miré á mi alrededor buscando á Katie, ella y sus blancas vestiduras habían desaparecido.

Las múltiples sesiones con que Miss Cook me ha favorecido, han probado sus fuerzas, y siento verdadera satisfacción al manifestarla mi gratitud y reconocimiento, por la buena voluntad con que ha secundado mis experiencias, aceptando las condiciones que la impusiera sin la menor observación.

Confieso que jamás he hallado en sus actos ó en sus palabras el más ligero indicio de un deseo de engañarme. Sincera, de carácter franco y esmerada educación, no creo que haya podido ensayar un fraude semejante, sin descubrirla inmediatamente. Y cuanto á suponer que una niña de quince años sea capaz de inventar tanta impostura, llevándola á cabo con tan buen éxito durante tres años, sometién dose á las pruebas que reclama una experimentación rigurosamente científica, y á las exigencias minuciosas de los investiga-

dores, obteniendo mejores resultados en mi casa que entre su familia, suponer y creer esto, repito, repugna más á la razón y al sentido común, que aceptar como cierto que Katie King es lo que ella misma afirmaba ser.»







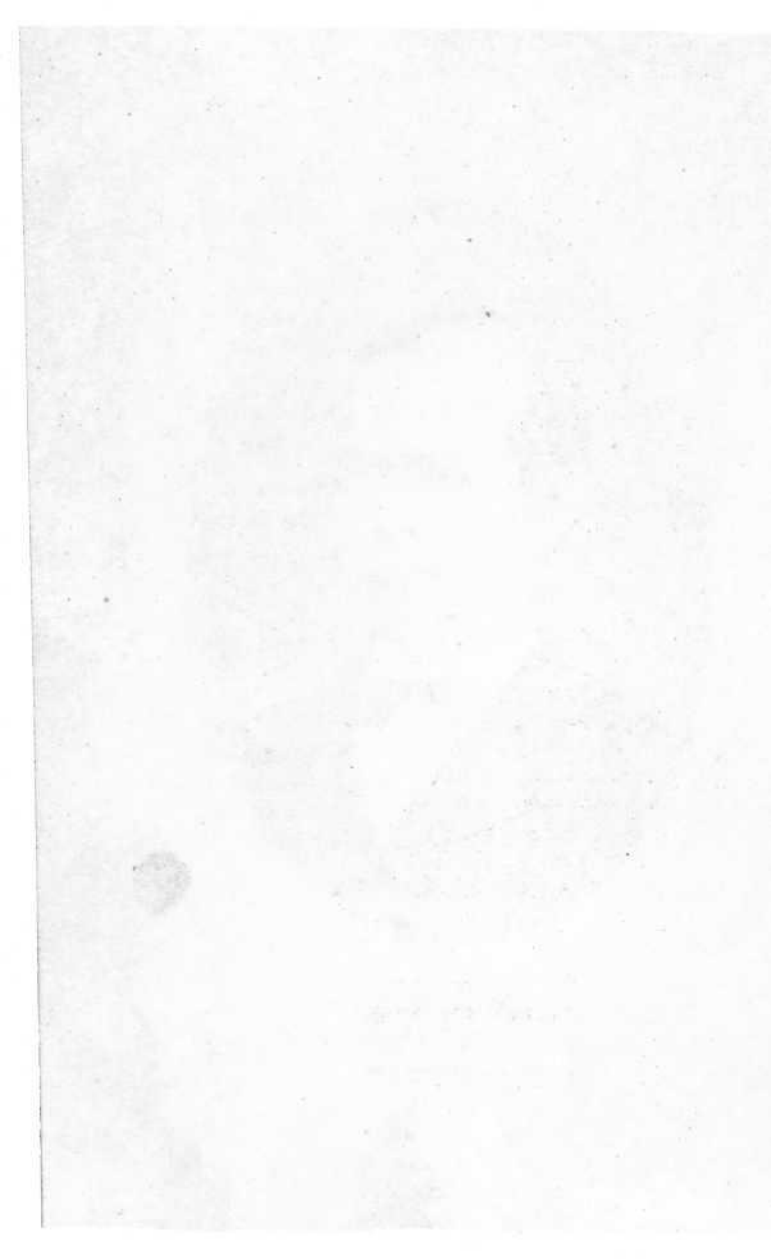


*Prof. Zöllner*

PHOTOGRAVURE R. PAULUSSEN, VIENNE.







## CAPÍTULO II

### EXPERIENCIAS DEL PROFESOR ZÖLLNER <sup>1</sup>

El espacio de cuatro dimensiones.—Nudos producidos en una cuerda cerrada.—Observaciones y estudios de Fechner y Reichenbach.—Acción magnética de Slade.—Rotura de objetos sin contacto.—Escritura directa.—Una campana que suena sola.—Huellas de formas humanas.—Experiencia con dos anillas de madera.—Paso de la materia á través de la materia.

Después de Crookes, y por consejo suyo, Zöllner, profesor que fué de Física astral en la Universidad de Leipzig, ha estudiado las manifestaciones de la fuerza psíquica con Slade, y sus experiencias merecen consignarse.

Los fenómenos observados por el distingui-

---

<sup>1</sup> Los datos relativos á este capítulo los hemos tomado del libro *Transcendental physics*, of Johann C. F. Zöllner.—Translated by C. C. Massey.—Londón.—W. H. Harrison.—38, Museum Street.—W. C.—1885.

do astrónomo alemán se refieren á movimientos de una aguja imantada, por la sola voluntad de Slade; ruidos de naturaleza varia; proyección de objetos; movimientos y rotura espontáneos de cuerpos pesados; escritura directa; reacción ácida dada á sustancias neutras; imantación de una aguja; impresión de manos y pies en negro de humo y harina; formación de nudos en cuerdas, cuyos extremos estaban sellados á una mesa, etc., etc.

A propósito de este último fenómeno damos á conocer sus ideas sobre el espacio de cuatro dimensiones <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Sabido es que la Geometría llamada de Euclides reposa en los axiomas de este matemático sobre las paralelas, y sabido es también, que Gauss pretendió crear una Geometría nueva, admitiendo un espacio de más dimensiones que las tres conocidas para el espacio ordinario; y Riemann en 1854 y Helmholtz, en 1856, dieron un impulso á este sistema geométrico aceptando las ideas de Bolyai y del geómetra ruso Lobatschewsky.

Además del espacio de cuatro dimensiones, Spotiswoode sostuvo la existencia del espacio de  $n$  dimensiones, y Hugo la del espacio de dimensiones fraccionadas. Stallo dice á este respecto: «Nuestro espacio ordinario «Euclideo» de tres dimensiones, y homaloide (plano) no es sino una forma posible del espacio, y cuya preeminencia sobre las otras formas no puede ser sos-

De conformidad con Kant, Schopenhauer y Helmholtz, estima la aplicación de las leyes de la causalidad como una función del entendimiento, dada al hombre *á priori*. Los sentidos

---

tenida sino por razones empíricas; y según los dogmas lógicos y psicológicos de la escuela sensualista, es debida, simplemente, á una asociación accidental de nociones que podrían ser disociadas, y que, si hemos de creer á los entusiastas defensores de estas nuevas doctrinas, la disociación se ha efectuado ya, puesto que se han descubierto nuevas dimensiones del espacio, afirmadas como una consecuencia necesaria de ciertos hechos de experiencia, imposibles de explicar de otra manera; del mismo modo que la tercera dimensión del espacio no la percibimos directamente, sino que la inferimos de hechos familiares de experiencia visual y táctil, para la explicación de los cuales, esta tercera dimensión es una hipótesis indispensable.

El espacio verdadero y real tiene, pues, ó por lo menos puede tener, no solamente tres dimensiones, sino cuatro y aun mayor número. El espacio en el cual nos movemos es, ó puede ser, no sólo homaloide ó plano, sino no-homaloide: curvo, esférico ó pseudo-esférico, y de aquí resulta que toda línea considerada hasta ahora como recta, podría, suficientemente prolongada, constituir una curva cerrada en razón de la curvatura inherente al espacio. Así, el universo, aunque ilimitado, podría ser, y probablemente lo es, no infinito, sino finito. En efecto; si se admite el carácter pseudo-esférico del espacio, puede trazarse por el

transmiten al cerebro todas las impresiones que reciben, y que son para nosotros una realidad, si bien su esfera de acción está limitada á dos dimensiones, puesto que actúan, no en nuestro cuerpo, sino en su superficie.

---

mismo punto un haz de líneas *lo más cortas posible* todas, igualmente paralelas á otro haz dado de líneas, también *lo más cortas posible*, en el sentido de que no se cortarán, sea cualquiera la distancia á que se las prolongue. Además, la medida de la curvatura del espacio, lo mismo que el número de sus dimensiones, pueden ser, y son, probablemente, diferentes, en las distintas regiones del mismo; de manera que nuestra experiencia para las regiones en que habitamos, no nos permite inferir nada legítimamente en cuanto á la curvatura y á las dimensiones de otras regiones del espacio alejado inconmensurablemente, ó inconmensurablemente pequeño. Además, en una región cualquiera, la curvatura del espacio y el grado ó el número de sus dimensiones pueden estar, y están, con toda probabilidad, en vías de sufrir una evolución gradual.

Afirman que estas proposiciones están apoyadas por numerosos fenómenos de magnetismo, óptica y otros, y que son las únicas que dan el hilo conductor para comprender los misterios del espiritismo moderno, permitiendo colocar en la cadena de la causalidad natural ciertos hechos, que de otro modo nos veríamos obligados á clasificar bajo el dominio de lo sobrenatural. • (*La matière et la physique moderne*.—París. F. Alcan, 1884, págs. 163 y sigts.)

Poseemos la noción de un mundo de objetos con tres dimensiones, como consecuencia de un proceso intelectual. ¿De qué manera ha alcanzado la inteligencia este resultado? Si un niño contempla una de sus manos, tendrá conciencia de su existencia de una manera doble: por su tangibilidad y por la impresión visual de la retina. Tanteando y palpando, el niño conoce por experiencia, que su mano conserva la misma forma y extensión en las diferentes posiciones en que la observa, á pesar de que la forma y extensión de la imagen retiniana cambia constantemente con las diferentes posiciones y distancias de la mano, respecto del ojo. ¿Cómo explicar el hecho, aparentemente contradictorio, de la *invariabilidad* del objeto con la variabilidad de su aspecto? Admitiendo el espacio de tres dimensiones, en el cual, merced á cambios de perspectiva, estas variaciones de proyección pueden ser compatibles con la constancia de la forma de un cuerpo. Otro tanto ocurre con el *estereóscopo*: la representación de la corporeidad, es decir, de la tercera dimensión, brota en nuestra mente cuando vemos, á la vez, dos cuadros planos iguales.

Desde el momento en que observamos en un espacio de tres dimensiones hechos contradictorios, es decir, que nos llevarían á atri-

buir á un cuerpo dos cualidades que entendíamos no pueden existir juntas, nuestra razón tiene necesidad de conciliar estas contradicciones. Habría contradicción, v. gr., si supusiéramos en un cuerpo, mutabilidad é inmutabilidad á la vez, puesto que el atributo más universal de éste es la cantidad de su materia ponderable. Conforme con lo que la experiencia nos enseña, consideramos este atributo como inalterable; mas cuando ocurre un fenómeno que prueba que no lo es, estamos obligados á generalizar nuestra representación de la idealidad de un cuerpo, para poner de acuerdo el cambio observado en la cantidad de su materia, con su, hasta aquí, imaginada invariabilidad.

«La explicación de estos hechos, dice el célebre matemático Riemann, puede hallarse en las actuales teorías de la apariencia de los fenómenos que la experiencia confirma, y de las cuales ha dado Newton la razón.

Obligados por hechos que no podemos explicar con las teorías hasta hoy concebidas, tenemos que modificar poco á poco nuestras ideas. Si los hechos son conformes á las hipótesis, éstas reciben confirmación, y más se acercan á la verdad; pero si ocurren fenómenos que, según nuestras creencias, son impro-



bables ó imposibles, tenemos entonces el deber de reformarlas, para que dejen de estar en contradicción con el hecho que la experiencia nos demuestra.»

Procede ahora, aplicar la más alta concepción del espacio á la teoría del torcido de una cuerda flexible. Sea  $a b$  (fig. 1.<sup>a</sup>) la cuerda,



que estirada, muestra un desarrollo de espacio en *una* dimensión. Si la doblamos de modo que, durante esta acción sus partes estén en un mismo plano, tendremos un desarrollo de espacio en *dos* dimensiones (fig. 2.<sup>a</sup>); y si concebi-



mos todas sus partes, como de infinita delgadez, podremos considerar que permanecen en el mismo plano, es decir, en un desarrollo de espacio en dos dimensiones. Para volver á colocar la cuerda en la primitiva posición de línea recta—y que todas sus partes permanezcan en el mismo plano,—será necesario que un extremo de la cuerda describa un círculo de 360 grados.

Para seres con percepción de dos dimensiones solamente, estas operaciones corresponderían á lo que nosotros, con la percepción de tres dimensiones, llamamos nudo. Si un sér

limitado, por razón de su organización corporal, á percibir dos dimensiones de espacio, poseyera, sin embargo, la habilidad de ejecutar en esta cuerda operaciones, que son solamente posible en el espacio de tres dimensiones, sería capaz de deshacer este nudo de dos dimensiones, de modo más sencillo, puesto que únicamente necesitaría doblar una parte de la cuerda, pasando por las siguientes posiciones (figs. 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>).



Por medio de estas mismas operaciones, pero en sentido inverso, un sér semejante sería capaz de volver á formar el nudo.

Si por vía de analogía se aplica esta consideración á un nudo en el espacio de tres dimensiones, ha de verse que, el atado y desatado del nudo, puede efectuarse por operaciones, durante las cuales, las partes de la cuerda describen una línea de doble curvatura (fig. 5.<sup>a</sup>).



Nosotros, seres con percepciones de tres dimensiones, podemos atar ó desatar el nudo,

moviendo un cabo de la cuerda á través de 360 grados, en un plano que esté inclinado hacia el que contiene la parte de dos dimensiones del nudo. Si existieran seres capaces de producir movimientos de cuatro dimensiones de sustancias materiales, podrían atar y desatar los nudos de modo más sencillo, y por una operación análoga á la del nudo de dos dimensiones.

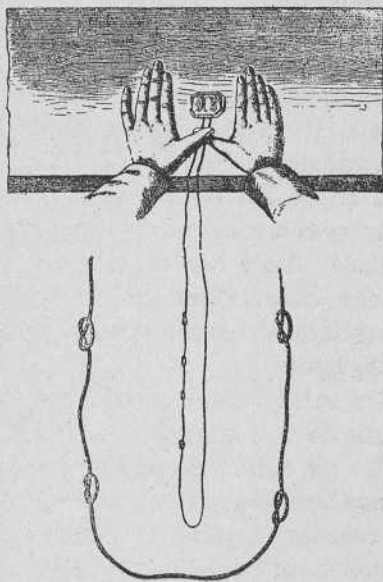
.....

Todo sér inteligente, que tenga poder para producir, voluntariamente, sobre una cuerda anudada y sellada en sus extremos, dobleces y movimientos de cuatro dimensiones, será capaz, sin quitar el sello, de hacer uno ó más nudos en ella. Este experimento lo he llevado á cabo en presencia del medium H. Slade. El adjunto grabado muestra la cuerda con cuatro nudos, así como la posición de mis manos, la izquierda de Slade, y la derecha de otro señor. La experiencia se verificó en la siguiente forma: Tomé una cuerda de cáñamo fuerte y nueva, comprada por mí, de 1 milímetro próximamente de espesor y de 148 centímetros de longitud—después de doblada y los dos extremos juntos medía 74 centímetros;—uní los cabos con un nudo ordinario, sobresaliendo por encima de éste, unos 15 centímetros; los coloqué sobre un pedazo de papel y los

fijé en el mismo, con lacre y mi sello, de tal modo, que el nudo permanecía perfectamente visible al borde de éste. Recorté el papel como indica el grabado, y lo puse en la mesa, aplicando á la cuerda mis pulgares; el resto de ella caía sobre mis rodillas. Había pedido la formación de un nudo, pero en pocos minutos aparecieron cuatro. Durante la experiencia, el sello de lacre que cerraba la cuerda, permaneció á la vista de todos.

El 16 de Diciembre de 1877, ante varios amigos y compañeros míos—no estaba presente Slade,—lacre con mi sello dos cuerdas del tamaño citado; otras dos de iguales dimensiones selló Weber con su sello y en su casa, al día siguiente.

Con estas cuatro cuerdas me fuí á la casa de uno de mis amigos, en la cual se alojaba Slade. La sesión se celebró en un gabinete, apenas hube llegado; yo mismo escogí una de las cuerdas, y para no perderla de vista, la colgué en mi cuello, con el nudo sellado hacia adelante. Durante la experiencia he vigilado constantemente el sello, que puse sobre la mesa; las manos de Slade estuvieron todo el tiempo á la vista é inmóviles, si bien alguna vez se llevaba la izquierda á la frente, lamentándose de sensaciones dolorosas.





La parte restante de la cuerda permanecía sobre mis rodillas, aun cuando no la veía. Slade parecía hallarse en un estado completamente pasivo, siendo presumible que los nudos no se produjeron por su voluntad consciente, sino que fueron formados por su presencia; sin contacto visible y en una habitación iluminada por la luz del día. Según relaciones publicadas, parece que el experimento se verificó en Viena, en presencia de Slade, aunque en condiciones menos rigurosas.

Reservo para otros libros la publicación de experimentos obtenidos por mí, con Slade en doce sesiones, en presencia de mis amigos y compañeros los profesores Fechner, Weber y Scheibner, catedráticos en la Universidad de Leipzig, convencidos como yo, de la realidad de los hechos.

.....

La cuerda con los cuatro nudos, y el sello sin romper, la conservo, y puedo mostrarla á quien desee hacer de ella un examen y convencerse de que no se trata de un fantasma subjetivo, sino de un hecho real, objetivo, producido en el mundo material, é inexplicable para toda inteligencia humana, dadas las actuales concepciones del espacio.

Si á pesar de ser perfectamente real el he-

cho en que apoyo mi teoría del espacio de cuatro dimensiones, fuese negado, queda la suposición de que yo, y los profesores, mis compañeros, somos impostores, ó no estuvimos en posesión cabal de nuestros sentidos para notar si Slade hizo los nudos en las cuerdas antes de que las selláramos. Esta hipótesis no pertenece al dominio de la ciencia.

He realizado experimentos más sorprendentes, aun cuando Slade no creía en su posibilidad. Este señor nos ha merecido á mis amigos y á mí el concepto de hombre de bien; la sentencia dictada contra él por impostura<sup>1</sup>, en Londres, nos puso sobre aviso, pudiendo convencernos después de gran número de experiencias llevadas á cabo con todo rigor científico, que, condenado inocentemente, ha sido víctima de la ignorancia de sus acusadores y de sus jueces.

.....

Al día siguiente, en una reunión de amigos, pregunté á Slade si había ensayado su poder sobre la aguja imantada (hecho que Fechner observó en compañía de Erdmann,

---

<sup>1</sup> No fué condenado por *impostor*, sino por sus experiencias, calificadas de *magia*, en virtud de una antigua ley inglesa.



profesor de Química, y que yo considero como del más alto valor científico) <sup>1</sup>, y á su respues-

---

<sup>1</sup> He aquí algunas de las experiencias y observaciones del profesor Fechner, á que alude el profesor Zöllner:

Sábado 4 de Julio de 1867.

En la mañana de hoy me ha sorprendido con su visita el barón de Reichenbach. A mis disculpas y negativas repetidas á tomar parte en sus experimentos, replicóme que me daría á conocer ciertos hechos, sin que por ello me obligara á emitir mi parecer públicamente, si bien suponía que después de convencerme, no había de negárselo.

Le recibí con frialdad y traté de demostrarle que con los estudios á que se dedicaba ningún provecho habría de resultarle; insistió tanto, que hube de acompañarle al hotel, donde me presentó á un sujeto *sensible*, mujer robusta, aunque delgada, entre los cuarenta y cincuenta años de edad, y que parecía haber sido hermosa. En la habitación veíase una mesa, y sobre ella, imanes, azufre y metales fundidos en tubos, huevos cocidos y otras varias cosas.

La señora manifestó que no se encontraba buena, y que la fuerza de que disponía no le parecía suficiente para producir fenómenos. Sin embargo, salí de allí sorprendido.

Habíamos colocado sobre la mesa una brújula común: Reichenbach hizo que la *sensible* dirigiese el índice de la mano derecha hacia uno ú otro polo de la aguja, no por encima del cristal, sino á distancia de la caja, y la aguja comenzó á oscilar, moviéndose como si un hierro inmantado ejerciera su influencia. Las

ta negativa, traje un globo celeste provisto de brújula, y lo coloqué en la mesa. Registré á Slade, y convencido de que no traía aparato alguno, le rogué que pasara su mano por en-

---

oscilaciones eran muy visibles, y el experimento se repitió varias veces con éxito. Pretendí operar yo, y la aguja permaneció inmóvil.

Reichenbach me dijo que tal fenómeno no era de los más sorprendentes, y cuenta que hubo momento en que la aguja dió una vuelta completa, y que tendría ocasión de observar otros más intensos.

Creo innecesario decir que examiné las manos de la señora, dedo por dedo; que la hice desnudar hasta más arriba del codo, por si escondía algún alambre ó retenía agujas imantadas debajo de la piel; nada encontré.

*Julio 13.*— Hace días me escribió Reichenbach que la *sensible* ha caído en un estado tal de embotamiento, que aun pinchándola brazos y piernas hasta hacerla sangre, no ha sentido nada. Hoy viene á verme y me dice que aunque la señora no se halla suficientemente repuesta para realizar el experimento con los imanes ó el péndulo, cree que podrá hacer el de la aguja imantada, que en los días de su dolencia no consiguió.

Las experiencias magnéticas á que me he limitado han sido tan satisfactorias, que aun hoy me sorprenden.

En los experimentos anteriores la señora se había sentado frente á la brújula: durante éste hice que se sentara junto á mí. Si ella hubiera tenido un imán—de grandes dimensiones, necesariamente—bajo sus vesti-

cima de la brújula, operación que no dió resultado; prueba de que Slade no llevaba imán consigo. Mas al pasarla segunda vez, la aguja se agitó violentamente, como si sobre ella actuara un intenso poder magnético.

---

dos, los movimientos de la aguja serían distintos de los observados en otras ocasiones, é imposible la regularidad del fenómeno; más aún: la aguja se movería sin necesidad de aproximar el dedo, cosa que no ocurrió. No es, pues, razonable sostener semejante hipótesis.

Me he fijado en si el movimiento de la aguja indicaba atracción ó repulsión, y puedo afirmar que cualquiera porción del brazo ó de la mano izquierda ó derecha que se aplicaba, repelía el polo Sur y atraía el Norte. Sin embargo, Reichenbach—que parece había fundado el fenómeno en una influencia magnética completamente superficial,—á quien pregunté si las características polares estaban distribuídas á la derecha y á la izquierda respectivamente, de modo tal que una atrajera lo que la otra repelía, resultando de su unión el equilibrio, respondiíme que tenía que ser así. Las experiencias, empero, refutaron tal teoría, y él mismo no supo explicarse el fenómeno al ver que, tanto la mano izquierda como la derecha, producían idéntico movimiento. Prueba de que Reichenbach no tenía participación en el fraude, si lo había. Además, en las sesiones ha permanecido á tal distancia, que no he necesitado tomar precauciones con él. Respecto á la señora, he de decir que no he observado en su cuerpo movimiento alguno que hiciera sospechar la existen-

Tenía, pues, un hecho que confirmaba las observaciones de Fechner.

En la tarde del día siguiente, experimentamos en una habitación desconocida de Slade,

---

cia de un imán bajo sus ropas; que la obligué á que verificase las experiencias según mis deseos, á lo cual ha accedido siempre. No es admisible la suposición de que llevase bajo la piel de sus brazos—desnudos siempre en las sesiones—aguja magnética, puestas todas en una misma dirección del polo. Cuanto á tener un imán escondido, es insostenible, en razón á que las oscilaciones de la aguja, según que se aproximara ó alejara del dedo—propiedad que ella y Reichenbach desconocían en su verdadera aplicación,—eran exactamente las mismas que si el dedo estuviera dotado de propiedades magnéticas, resultado que no se puede obtener por artificio alguno.

*Julio 14.*—A las once de la mañana repetí la experiencia con la aguja magnética, en unión del profesor Erdmann, invitado expresamente. El resultado fué satisfactorio é igual á los anteriores. El profesor Erdmann sorprendióse como yo, y no pudimos descubrir fraude alguno. Pregunté á la señora si llevaba consigo algo de hierro, y me indicó que el miriñaque. Se despojó de él á ruego mío; hicimos el experimento, y la aguja se movió como en otras ocasiones.

Conviene advertir que, aun siendo posible la influencia del miriñaque en las experiencias anteriores, ésta había de ejercerse en contra de la *regularidad* de los movimientos, cosa que no acontece.

Teníamos pensado repetir los experimentos estan-

y sentados alrededor de una mesa de juego, se produjeron en ésta golpes y ruidos, apenas establecido el círculo.

Tomé una pizarra plegable, nueva y comprada por mí, en la que hice una señal y puse un pedacito de pizarrillo. Mi cortaplumas, que lo había dado á Slade para sacar punta á un lápiz, estaba cerrado y encima de la pizarra. Slade colocó la pizarra bajo el borde de la mesa, pero sin ocultarla á la vista; mientras esto ocurría, el cortaplumas fué proyectado súbitamente á la altura de un pie, volviendo á caer sobre la mesa, abierto; repetimos el experimento varias veces con el mismo resultado; y para probar Slade, que el cortaplumas no fuera lanzado por un movimiento de la pizarra, colocó al mismo tiempo que éste, y sobre ella también, un pizarrín, cuyo sitio marcó; después de proyectado el cortaplumas,

---

do la señora completamente desnuda, á lo cual ella se prestaba; pero cayó tan gravemente enferma, que Reichenbach hizo que regresara á su casa. Más tarde, y ya restablecida, aconsejele que visitara á un físico, ó mejor á un profesor de Fisiología. No sé si lo ha hecho, pues nada he vuelto á saber de ella».....

(Véase lo que acerca de hechos y observaciones análogas decimos en el cap. V del libro *Lombroso y el Espiritismo*.)

pudimos comprobar que el pizarrillo no se había movido.

Retiré la pizarra que permanecía limpia, y poniéndola sobre la cabeza del profesor Braune, oímos el ruido producido por el lápiz, y leímos después, varias frases escritas en ella.

Súbitamente, una pesada cama de madera recorrió un trayecto como de dos pies, empujando hacia fuera, un biombo que la separaba de nosotros. Slade, de espalda hacia ella, y alejado como á dos varas, no hizo el menor movimiento, ni con sus manos, puestas sobre la mesa, ni con sus piernas, que estaban á nuestra vista.

.....

En una sesión á la que asistían los doctores Weber y Scheibner, oímos un violento crujido, semejante á la descarga de una fuerte batería de Leyden; al volver la cabeza, alarmados, vimos en pedazos el biombo, destrozados sus bastidores de madera, de media pulgada de espesor, y diseminadas las astillas á mucha distancia de Slade, que en esta ocasión, como en la precedente, estaba vuelto de espaldas y no había intervenido en el fenómeno de una manera directa. Le pregunté la causa de lo ocurrido, y me contestó que la ignoraba, aun

cuando había observado varias veces el mismo hecho.

Slade permanecía de pie mientras hablaba, y conservaba en la mano un trocito de pizarrrillo; lo dejó sobre la mesa y me rogó que lo cubriera con una pizarra que yo acababa de secar después de haberla lavado; hícelo así, é inmediatamente percibimos el ruido de la escritura. Cuando levanté la pizarra leímos, escrito en inglés: «Nuestra intención no fué la de hacer daño. Perdonad lo ocurrido.»

Durante la experiencia, las manos de Slade, puestas sobre la mesa, y constantemente vigiladas, no se han movido. La experiencia se verificaba con luz del día.

Tan extraordinarios y fuera de nuestras ideas nos parecieron á Weber y á mí, los fenómenos mencionados, que resolvimos invitar al profesor Ludwig, notable fisiólogo, y por indicación de éste á los profesores Geheimrat Thiersch, distinguido y afamado operador, y Wundt, catedrático de Filosofía.

.....

Después de haber repetido en vano, en una sesión, el ensayo de obtener escritos en pizarras que no tocara Slade, éste alargó al profesor Scheibner una de las que yo había comprado y guardaba, rogándole que la tu-

viere con su mano izquierda debajo de la mesa, mientras él la sujetaba fuertemente al borde con su derecha. La otra mano de Scheibner y de Slade estaban á nuestra vista. Al cabo de algunos minutos, Slade manifestó que sentía que un cuerpo húmedo le tocaba la mano con que sostenía la pizarra; igual afirmación hizo el profesor Scheibner, añadiendo que la impresión era la de un trozo de fieltro mojado; retiramos la pizarra, que no tenía nada escrito, pero que en su parte *superior* estaba humedecida en una extensión de dos ó tres pulgadas, á igual que las manos de Slade y Scheibner. Mientras discurriamos acerca de la manera cómo habría ocurrido el fenómeno, y teniendo las manos puestas sobre la mesa, vimos aparecer de repente una mano tostada que movía los dedos, y que desapareció después de dos segundos. Este hecho se repitió varias veces.

Con objeto de comprobar la elevación sobre el suelo, de un cuerpo que, chocando con otro, sonase, suspendí con una hebra de seda dentro de una campana cilíndrica, de cristal, de un pie de alto y medio de diámetro, una bola de acero, de nueve líneas de diámetro. La coloqué debajo de la mesa, y muy pronto comenzó un alegre repiqueteo producido por el



chocar de la bola contra el cristal. Las manos de Slade estaban sobre la mesa, y sus pies vigilados.

Al día siguiente, 13 de Diciembre de 1877, Slade nos indicó la conveniencia de que observáramos directamente el movimiento de la campana, para asegurarnos de que no había contacto alguno por su parte. Con este objeto nos sentamos á un metro de la mesa; puse la campana debajo, hacia nuestro lado, y en la línea correspondiente á los pies de la mesa más próximos á nosotros. Luces convenientemente dispuestas, permitían verlo todo. Slade, frente á mí, tenía los pies cruzados y debajo de su silla, y á más de una vara de la campana. Pasados algunos minutos, ésta comenzó á agitarse violentamente, girando sobre el borde inferior y haciendo que la bola de acero golpearase el cristal.

En la misma sesión se obtuvo un escrito dentro de una pizarra doble, atada á lo largo y ancho, con una cuerda resistente, y que había sido puesta sobre una esquina de la mesa. *Nadie tocó* la pizarra. Este resultado puede compararse con el que consiguió en San Petersburgo el Gran Duque Constantino, y que publicó *The Spiritualist* en 1.º de Marzo de 1878. Fueron testigos de este hecho el

Sr. Aksakof, Gran Chambelán imperial y el profesor Boutlerow.

«Afirmo,—dice el primero—que el escrito se produjo en una pizarra, que sólo el Gran Duque sostenía debajo de la mesa y muy cerca de sí; las manos de Slade, estuvieron visibles é inmovibles durante todo el tiempo.»

Este experimento intentado con Slade no he podido conseguirlo, aun cuando el ocurrido en la noche de referencia, 13 de Diciembre de 1877, fué mucho más notable:

Compré dos pizarras, que señalé después de haberlas limpiado escrupulosamente; puse entre las dos un pedazo de pizarrín de tres milímetros de espesor; las até á lo largo y á través con una cuerda, y las coloqué sobre y cerca de un ángulo de la mesa de juego que poco antes comprara. En tanto que Weber, Slade y yo estábamos sentados y ocupados con experimentos magnéticos, y durante los cuales teníamos las manos sobre la mesa—las de Slade estaban á más de dos pies de la pizarra,—oímos el ruido producido por la escritura en las pizarras que nadie tocaba. Las separamos y vimos las siguientes palabras en nueve líneas:

«Bendecimos á todos los que procuran (?) investigar asunto tan impopular, como lo es

en la actualidad el espiritismo; pero no siempre permanecerá así; ocupará un puesto entre los... (?) de todas clases y especies.»

La pizarra tenía la marca (H. 2) que yo mismo pusiera *previamente*....

Coloqué luego sobre la mesa dos brújulas, una mayor que la otra, encerradas en sus cajas, y á distancia de doce pulgadas de las manos de Slade, que formaban círculo con las nuestras. La aguja de la pequeña osciló súbitamente, hasta adquirir un movimiento constante, mientras la mayor permaneció casi inmóvil.

Pregunté á Slade si podría determinar algún efecto sobre agujas no imantadas, presentándole al mismo tiempo una de hacer calceta, que probada por Weber en la brújula, estaba en las condiciones deseadas. Slade la tomó, la puso sobre una pizarra que colocó bajo el borde de la mesa, como hacía en otras experiencias, y al retirarla, la aguja estaba lo suficientemente imantada para atraer las limaduras de hierro, seda, agujas de coser y aun para determinar oscilaciones, en la de la brújula.

.....

Hemos visto en la harina contenida en una fuente, la impresión de una mano, con

todas las sinuosidades y surcos de la epidermis perfectamente marcados. Una impresión blanca, de igual forma, se produjo en la pierna derecha de mi pantalón. Inmediatamente examiné las manos de Slade, apoyadas sobre la mesa, y sentado á mi izquierda, y en ellas no hallé traza alguna de hárina.

Comparadas, la impresión resultaba producida por una mano mayor que la del medium.

En otra ocasión obtuve la huella de un pie sobre papel ennegrecido á la llama de petróleo de una lámpara común, pegado en una tablilla y colocada en medio de la mesa. Después de la experiencia, á petición de mis compañeros, Slade se levantó, y, descalzándose, mostró sus pies desnudos, que no ofrecían señal ó indicio de haber tocado el negro de humo. Su pie, medido, era cuatro pulgadas más pequeño que el marcado en la impresión.

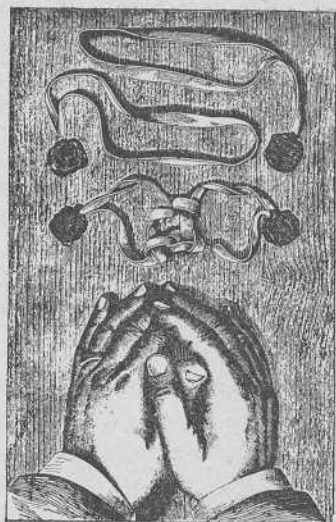
Se me ocurrió variar la experiencia, y tomando una pizarra doble ó plegable, en cuyo interior había fijado dos hojas de papel ennegrecido, la puse sobre mis rodillas. Al poco tiempo sentí por dos veces una ligera presión, y abierta la pizarra ví la huella de dos pies, derecho é izquierdo, observando en la de éste,

como particularidad digna de ser notada, que un dedo estaba completamente cubierto con otro, prueba de la compresión ejercida por el calzado, y detalle que no podía atribuirse al pie de Slade.

¿He de creer después de esta experiencia hecha en una habitación iluminada perfectamente, á la luz del día, á mi vista y á la de mis compañeros, con pizarras compradas por mí y con papeles que yo preparé, no tocadas por nadie, que es Slade un impostor, ó que los fenómenos que refiero son el efecto de la hábil agilidad de sus dedos? ¿Cabe la prestidigitación ó el fraude teniendo las manos sobre la mesa, sin levantarlas un solo momento y sin mover sus pies, que constantemente he vigilado?

.....  
El experimento anteriormente descrito (17 de Diciembre de 1877) hecho con la cuerda anudada, tiene dos explicaciones, según que se suponga un espacio de tres ó de cuatro dimensiones. En el primer caso, debe haber ocurrido lo que se llama el paso de materia á través de materia, es decir, que las moléculas que constituyen la cuerda, han debido ser separadas en ciertos puntos, uniéndose otra vez en la primera posición, cuando el otro pedazo de

cuerda hubo pasado al través. En el segundo caso, estando sujeto el manejo de la cuerda flexible á las leyes de una región de espacio de cuatro dimensiones, tal separación y reunión de moléculas no sería necesaria; empero, sufriría durante la realización del hecho, tantas torceduras, que habrían de ser perceptibles después de anudada. No tuve en cuenta esta circunstancia en Diciembre del año pasado y no examiné en las cuerdas, el tamaño y dirección de las torceduras. El experimento que sigue, verificado el 8 de Mayo de este año, en plena luz del día, en mi casa y en una habitación iluminada claramente por cuatro ventanas grandes, tres al Sur y una al Oeste, resuelve el problema en favor del espacio de cuatro dimensiones, sin separación de partículas materiales. La experiencia se realizó así: tomé dos tiras de cuero flexible, de cuarenta y cuatro centímetros de largo y de cinco á diez milímetros de ancho; uní á cada una por sus extremos, formando á modo de correa sin fin, como he descrito anteriormente refiriéndome á las cuerdas, y las lacré, sellándolas con mi sello. Puse las correas sobre la mesa de juego, alrededor de la cual nos sentábamos, colocando mis manos encima de ellas, como lo indica la figura. Slade se sentó á mi izquierda y apoyó suave-







mente su mano derecha sobre la mía, debajo de la cual estaban las correas; dijo á poco rato que veía luces que emanaban de mis manos, y que sentía como una corriente de aire frío sobre las suyas. Esto último he sentido yo también, pero no he visto las luces. Retiró Slade sus manos á dos ó tres decímetros de las mías; yo continué percibiendo la sensación del frío, y noté bajo mis dedos un movimiento de las correas. Se oyeron tres golpes, dados en la mesa, y al levantar mis manos, las dos correas estaban anudadas juntas. La torcedura de ambas es visible en la lámina, copia de una fotografía, así como un par de tiras de cuero sueltas para facilitar la comprensión del fenómeno. Satisfecho del resultado, examiné con mis amigos las correas torcidas. Después tomé una pizarra, y sujetándola con mi mano derecha, la puse bajo la mesa con intención de repetir el experimento que realizó con éxito el Gran Duque Constantino, de Rusia. Mientras hacía esto, las manos de Slade continuaban sobre la mesa, ante mi vista y completamente inmóviles; de repente apareció una mano grande, cerca y delante de mí, como si surgiera del borde de la mesa; los dedos se movieron rápidamente, y pude observarla durante dos minutos; su color era pá-

lido, casi aceitunado, y en tanto que yo vigilaba las de Slade, que son rosadas—puestas encima de la mesa y á mi izquierda,—la otra se levantó con rapidez, como una flecha y me agarró fuertemente del brazo izquierdo, por más de un minuto. Como fué tan inesperada y brusca la acción, no puedo decir nada acerca del brazo que tuviera conexión con la mano aparecida. Cuando se desvaneció—las manos de Slade permanecían sobre la mesa—me pellizcaron tan violentamente en la mano derecha—que durante la experiencia estaba debajo de la mesa sosteniendo la pizarra,—que di un grito. De este modo terminó la sesión.

Para completar el relato de apariciones de manos humanas visibles y tangibles, ocurridas el año anterior, en presencia de mis amigos y colegas Fechner, Weber y Scheibner, añadiré que en la mañana del 15 de Diciembre de 1877, á las diez y media, mientras Weber y yo estábamos ocupados con Slade en las experiencias referidas, desabotonaron repentinamente la levita de Weber, y sacándole el reloj de oro del bolsillo del chaleco, lo pusieron suavemente en su mano derecha, que tenía bajo la mesa. Durante este hecho, observado minuciosamente por Weber, las manos de Slade estuvieron sobre la

mesa y á nuestra vista, y las piernas cruzadas en tal posición, que, aun queriendo, hubiérale sido imposible servirse de ellas.

El fenómeno ocurrió á la luz del día y en la habitación ya indicada.

.....

El 3 de Mayo de este año—1878—á las ocho y media de la noche, durante una sesión, en la cual tomó parte conmigo, Hoffmann, había sobre la mesa dos conchas de caracoles que yo comprara en la mañana del mismo día á un italiano que las vendía en la feria de Leipzig; la más pequeña pertenecía á una especie que se encuentra comunmente aquí; la otra, según el vendedor, abunda en las costas del Mediterráneo. A petición mía escribié el nombre de ella, *Capo Turbus (caput turbo)*. La abertura circular de esta concha, medía aproximadamente 43 milímetros de diámetro; la menor tenía 32. Sin designio determinado cubrí á ésta con aquélla, de tal modo, que la mayor apoyaba su abertura en el tablero de la mesa ocultando por completo á la menor. Slade tomó una pizarra <sup>1</sup> y la puso bajo la mesa,

---

<sup>1</sup> Con el fin de evitar que Slade escribiera en la pizarra valiéndose de un lápiz colocado entre las uñas, compré en casa de Mylius, de esta ciudad, media do-

de la manera que usábamos para obtener la escritura directa. Poco después oímos un ruido seco, producido en la pizarra, como si hubiera caído sobre ella un cuerpo duro. Retirada para examinarla, encontramos la concha menor que un minuto antes cubriera yo con la grande. Habiendo permanecido ambas conchas en medio de la mesa, aisladas, sin que nadie las tocara y constantemente vigiladas por nosotros, ha tenido que ocurrir el fenómeno de paso de la materia á través de la materia. Reservándome la narración de otros hechos de este género para el tercer tomo de mis *Scientific Treatises*, he de mencionar esta circunstancia curiosísima: apenas hubo quitado Slade la pizarra de debajo de la mesa, tomé la concha para examinarla y ver si en ella notaba algún cambio; pero casi la dejé caer, porque me quemaba los dedos; la dí á mi amigo, y éste confirmó la alta temperatura. Este dato, es de gran importancia, por la relación que tiene con el siguiente experimento.

El día 9 de Mayo, á las siete de la tarde, ha-

---

cena de pizarras de 34 centímetros de largo por 15 de ancho, marca A. W. Faber, núm. 39. Con ellas—mayores que las usuales—era imposible que Slade pudiera escribir con sus dedos, en tanto las sostenía.





llábame con Slade en nuestra habitación de experiencias; durante el día había soplado viento fresco; el cielo estaba sin nubes. y al cuarto, que daba al Oeste, lo iluminaban los rayos del sol poniente.

Pasé en una cuerda—hecha de intestino de gato—de un milímetro de espesor y un metro, cinco centímetros, de largo, dos anillas de madera, torneadas, fabricadas de una pieza por especial encargo mío, y otra de vejiga seca, de una sola pieza también. Até los extremos de la cuerda por medio de un nudo que sellé con lacre y sellé con mi sello. Puse mis manos cubriendo el sello de lacre, como indica el grabado sacado de fotografía <sup>1</sup>.

El veladorcillo que he mencionado varias veces, fué colocado, poco después de entrar nosotros en la habitación, en la forma que se ve.

Al cabo de algunos minutos Slade aseguró,

---

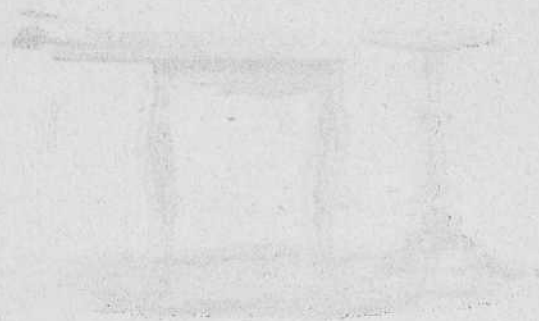
<sup>1</sup> Creemos innecesario advertir que las fotografías no fueron tomadas durante las sesiones, sino algunos días más tarde. La mesa y el velador son los utilizados en las experiencias; la cuerda con los dos anillos de madera y la rodaja de vejiga, fueron preparadas después, para indicar la posición de estos objetos antes de la sesión, y se han copiado tan exactamente como ha sido posible.

como de costumbre, durante las manifestaciones físicas, que veía luces. Notamos un olor de algo que se quema, que parecía venir de debajo de la mesa, y oímos un ruido sordo en el velador como de maderas que chocan. Cuando pregunté si debíamos dar por terminada la sesión, el ruido se repitió por tres veces consecutivas; nos levantamos con objeto de averiguar la causa, y encontramos las dos anillas de madera, que seis minutos antes había yo enfilado en la cuerda, enteras y metidas en el pie del velador. En la cuerda había dos nudos flojos, por los cuales la rodaja de vejiga pasara sin romperse.

Atónito y altamente satisfecho de tal riqueza de resultados permanentes, llamé á mi amigo y á mi esposa para que los presenciasen. Slade cayó en uno de sus comunes *trances*, y nos dijo que habían tratado de hacer algunos nudos en la vejiga, según mi deseo; pero que se desistiera, porque con el considerable aumento de temperatura durante la operación, la banda se habría derretido; dato fácil de comprobar por un punto blanco que había en ella. Terminada la sesión, y para cerciorarme, tomé otro trozo de vejiga, lo acerqué á una bujía y se produjo, por el calor, una mancha blanca.











A. Aksakof

PHOTOGRAPHIE R. PAULUSSEN VIENNE.

## CAPÍTULO III

### EXPERIENCIAS DEL SR. AKSAKOF

Noticia biográfica.—Fantasma obtenido á la luz del magnesio con el medium Eglinton.

El Sr. Aksakof es ruso y descendiente de una antigua y noble familia, cuyos individuos han ocupado siempre lugar distinguido en la literatura y en las ciencias. Un tío suyo es autor de varias obras consideradas justamente como clásicas; los dos hijos de éste son también escritores muy notables. Uno de ellos, Constantino, ha publicado algunos libros sobre Historia y Filosofía, y el segundo—abogado—es de los más distinguidos literatos de Rusia, á la vez que hombre de grande talento.

Pero el Sr. Aksakof no tiene necesidad de los méritos de su familia para hacer brillar los propios, que son sobrados, y que empiezan con sus estudios en el Liceo Imperial de San

Petersburgo—institución privilegiada de la antigua nobleza de Rusia.—Una vez terminados, dedicóse al de la Filosofía, á que le llevaba su carácter positivo y sistemático, y al de la Religión; puntos ambos que preocupaban su inteligencia á extremo tal, que aprendió el hebreo, empapando su espíritu en las enseñanzas que sacó y aprovechó de la notabilísima obra de Fabre d'Olivet, *La langue Hebraique restituée*, y el latín, porque Swedemborg, á quien estudiaba por entonces, había escrito en la lengua de Cicerón. Aksakof quería traducirle al ruso, y como tropezase con dificultades, á causa del estilo genial, á menudo oscuro y siempre originalísimo del *Vidente*, siguió, durante años, cursos de Filología, en los cuales incluyó el de su propio idioma, profundizándolo, ayudado por el célebre lexicógrafo, compatriota suyo, Sr. Dahl, que más tarde tradujo al ruso la primera obra de Aksakof, publicada en francés el año 1852, sobre Swedemborg: *Una exposición sistemática del sentido espiritual del Apocalipsis según El Apocalipsis revelado*.

En 1854 cayó en sus manos el libro *Revelaciones de la naturaleza divina*, de A. J. Davis, y vió abiertos nuevos horizontes á sus aspiraciones y tendencias intelectuales, y á

sus ojos un mundo espiritual de cuya realidad ya no dudaba.

En 1855, y para hacer un estudio completo fisiológico y psicológico á la vez del hombre, matriculóse como estudiante libre en la Facultad de Medicina de Moscow, al mismo tiempo que ampliaba sus conocimientos sobre Física, Química y Matemáticas. Por entonces recibió una obra de Beecher, *Revista de manifestaciones espiritistas*, la primera de esta clase que leyó, procurando ponerse al corriente de las publicadas sobre tal asunto, y seguir paso á paso el movimiento espiritista en América y Europa, robusteciendo sus estudios con todos los libros que el magnetismo y psiquismo—entre otros, los de Cahagnet, á quien visitó en París en 1861—se daban á luz principalmente en Francia, y haciendo sacrificios que sólo su espíritu, siempre ávido de aprender, podía llevar á cabo, revolviendo librerías y pidiendo á todas partes ejemplares que no hallaba en Rusia. Puede decirse que desde el año 1855 comienza su labor de propaganda, que se continúa con la traducción al ruso de todas las obras de Allán Kardec, de Hare, de Edmonds, de Davis, de Owen, el informe de la *Sociedad Dialéctica, de Londres*, los trabajos de Crookes, y la fundación de periódicos

como *Estudios psíquicos*, la revista más filosófica y mejor escrita de las que cuenta hoy el espiritismo.

Pero no sólo escribiendo hacía la campaña el Sr. Aksakof; propagandista incansable, buscó siempre adeptos entre las personas de talento reconocido, y consiguió que el profesor de Química de Petersburgo, Boutlerow, admitiese la realidad de los fenómenos verificados con la intervención de Home, en 1871. Varios profesores rusos tuvieron ocasión de presenciarlos también; entre otros, el señor Wagner, catedrático de Zoología, que publicó una carta en la *Revue de l'Europe* (Abril 1875), y que dió como consecuencia el que la Sociedad Física nombrase un comité para investigar los fenómenos que producía M. Bredif, medium con quien había estudiado el profesor Wagner.

Y aquí es de justicia recordar que á Rusia corresponde la gloria de haber nombrado la primera comisión de carácter puramente científico para el estudio de los fenómenos llamados espiritistas. Esta comisión fué presidida por el célebre físico Mendeleyeff, y los mediums, traídos por el Sr. Aksakof, que recorrió Francia é Inglaterra buscándolos.

Desgraciadamente el comité no se ajustó



á las condiciones acordadas, y lejos de observar con frialdad y ánimo sereno los hechos, dejóse arrastrar por ideas preconcebidas, y á la quinta ó sexta sesión, Mendelejeff, olvidando hasta los respetos debidos á sí mismo, suspendió la investigación y publicó más tarde el informe en un extenso libro, *Datos para establecer un juicio sobre el espiritismo*, en el que afirma que los fenómenos espiritistas «son todos producidos por instrumentos que llevan los mediums bajo las ropas»; opinión digna de figurar al lado de la del *peroneo lateral corto* para explicar los ruidos de los veladores, presentada por Cloquet, Jobert de Lamballe, Velpeau y Schiff, y aceptada como buena por la Academia de Ciencias de París, y que prueba cómo, en muchas ocasiones, no basta ser ó pasar por sabio, para tener sentido común.

Al libro de Mendelejeff contestó Aksakof con otro, titulado *Un momento de preocupación científica*.

Ultimamente sostuvo, con ventaja, una polémica con el célebre filósofo del *inconsciente* Von Hartmann, y publicó en alemán una obra extensísima, la más completa hasta el día de las que tratan de espiritismo: *Der spiritismus*.

En 1863 tradujo *Cielo é infierno*; en 1866

dió á conocer en alemán la obra del profesor Hare; en 1867 el *Reformador* de Davis; en 1868 *La varita mágica*; en 1869 el libro de las *Revelaciones*; en 1870 su obra *El racionalismo de Swedemborg, cinco capítulos del Evangelio de San Juan, y una exposición de su sentido espiritual, conforme á la «Doctrina de Correspondencias»*, trabajo al cual consagró su actividad desde el año 1853 al 1857.

En 1873 vió la luz *El psíquico*; en 1874 comenzó la publicación de su revista *Estudios psíquicos*, y más tarde le fué negada autorización para publicar en San Petersburgo otra mensual: *Revista del medium*.

Hombre de brillante posición social, se ha consagrado durante veinticinco años al servicio del Estado, alcanzando en él varios títulos, tales como Consejero secreto del Czar; Consejero de Corte; Consejero permanente de Estado y otros, que no son más que un premio á los buenos servicios prestados por el Sr. Aksakof á su patria.

Estos son parte de sus trabajos relatados á grandes trazos.

Verdadero sabio, rara vez se darán reunidos tanta inteligencia, tanta erudición á un criterio más imparcial y sano. Jamás se deja arrastrar por los entusiasmos de sus convicciones;

nunca pierde la serenidad en sus juicios, y en medio de su fe tan ardiente y sincera no olvida el razonamiento frío que le hace comprender cuáles pueden ser las causas de los fenómenos que observa, y que le coloca por encima de esa infinidad de fanáticos que no estudian, que no experimentan, y que aceptan como bueno cuanto quiere hacérseles creer.

Polemista temible y escritor galano, sus trabajos llevan el convencimiento al espíritu; y tal sinceridad se ve en sus obras, que leyéndolas, se siente la necesidad de creer en ellas.

Añádase á esto un carácter bondadosísimo y una voluntad de hierro que nada tuerce; un apasionamiento inmenso por sus ideales, que le lleva á recorrer la Europa para experimentar, y se tendrá una idea ligerísima de lo que es este investigador incansable, dotado de un alma joven, de un talento privilegiado, del cual la psicología experimental aún espera mucho.

Cuenta hoy sesenta y un años, y hasta la fecha nunca ha permanecido ocioso; abundan sus artículos en los periódicos espiritistas, y no hay hoy persona medianamente ilustrada que no conozca alguna de sus célebres expe-

riencias realizadas con Home ó con Slade, ó algo de sus estudios completísimos acerca de los fantasmas y formas materializadas, que con tanta fortuna llevó á cabo.

.....

Durante el año de 1886, hallábase el señor Aksakof en Londres, experimentando con el medium Eglinton. Trataba de conseguir en tal ocasión pruebas de la fotografía *trascendental*<sup>1</sup>, fenómeno del que había oído hablar en San Petersburgo.

Convínose en efectuar las sesiones en la casa, recientemente construída, de un rico caballero inglés, amigo particular del Sr. Aksakof; y que asistirían á estas sesiones el dueño de la casa, su esposa, un amigo de ambos, N., el Sr. Aksakof y Eglinton.

Las habitaciones que ocupaba el caballero inglés estaban situadas en el tercer piso del edificio, y entre ellas eligióse el salón como la pieza más conveniente al objeto. La entrada estaba separada del resto de la sala por una cortina de terciopelo rojo, suspendida de un lado, por un cordón de seda.

Para obtener la oscuridad en la sala se ce-

---

<sup>1</sup> Fotografías obtenidas en la oscuridad sin forma materializada, *visible*.

rraron los postigos, cubriéndolos luego con un hule y telas de lana, claveteados.

La máquina fotográfica, cuyos *chassis* habían sido cargados por el Sr. Aksakof, que también marcara con su nombre y la fecha, en ruso, las placas, fué colocada de modo que Eglinton, sentado delante de la cortina, podía ser retratado, lo mismo que el fondo que quedaba detrás de ésta, visible al través de la abertura que dejaban sus paños. Colocóse al lado, y á la izquierda del aparato fotográfico una mesita, sobre la cual se pusieron una lamparilla de alcohol para alumbrar la sala y encender el magnesio y un porta pantallas, con el doble objeto de evitar la acción de la luz del magnesio sobre el objetivo, y el de colocar en él un reflector cóncavo de metal, de siete pulgadas de diámetro. Asimismo se pusieron sobre la mesita varias trenzas, compuestas cada una de tres alambres de magnesio de siete á ocho pulgadas de longitud, preparadas por el Sr. Aksakof, y que daban suficiente luz, según habían visto en ocasiones anteriores, para la obtención de un resultado satisfactorio en fotograffia. Estas trenzas de magnesio se fijaban sólidamente por un alambre de hierro á dos tubos de vidrio; el Sr. N. quedó encargado de encen-

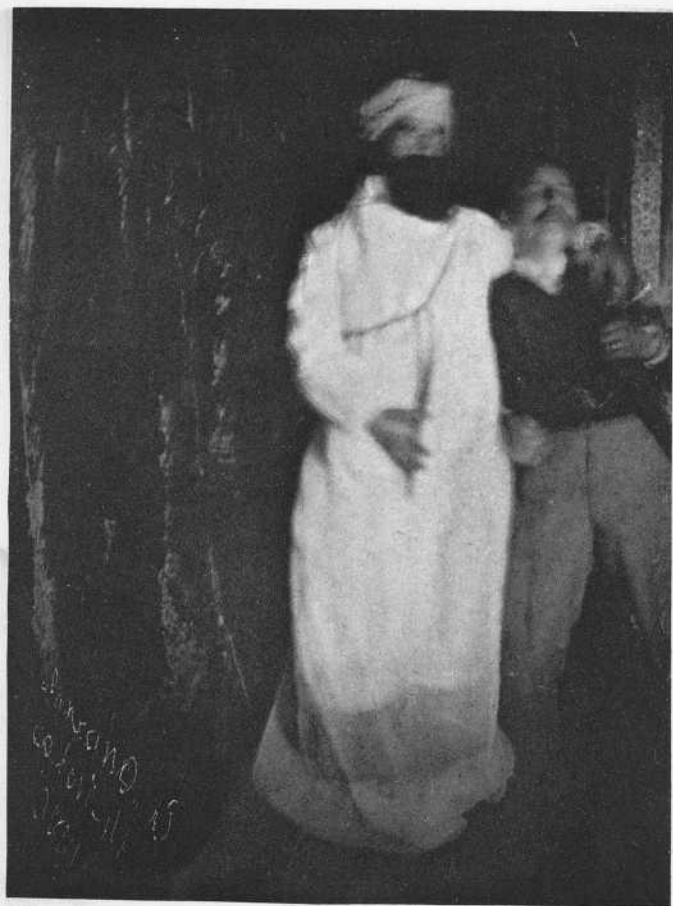
derlas á una señal convenida, teniendo especial cuidado en dirigir el campo luminoso del reflector, sobre las figuras que debían ser fotografiadas.

Terminados estos preparativos, el Sr. Aksakof cerró la puerta de la sala con la llave, que guardó en el bolsillo; y del saco de mano, en donde los tenía, tomó un *chassis* que colocó en la máquina fotográfica.

Eglinton, sentado en una butaca frente á la cámara oscura y delante de la cortina, había caído en *transe*, con el cuerpo inclinado hacia los experimentadores y las manos cruzadas sobre el pecho. Su respiración, penosa y cuasi convulsiva, anunciaba que iba á ocurrir algún fenómeno importante. Sin embargo, las primeras manifestaciones, si bien fueron sorprendentes, no satisficieron en absoluto al Sr. Aksakof, que creyendo terminada la experiencia, decidióse á suspenderla, cuando repentinamente, y en el momento en que ardía una trenza de magnesio, salió de detrás de la cortina una forma de hombre que avanzó cuatro ó cinco pasos en la sala, colocándose después, al lado de Eglinton, que yacía como muerto en la butaca.

«La forma estaba vestida de blanco, dice Aksakof; su cara, adornada de una barba ne-





*FORMA MATERIALIZADA (fantasma),  
PRODUCIDA POR EL MÉDIUM EGLINTON.*

PHOTODRAVURE R. PAULUSSEN, VIENNE.







gra, descubierta, y uno á modo de turbante blanco envolvía su cabeza. «Es Abdullah», exclamé.

No; me respondió el dueño de la casa; pues esta forma tiene dos manos y la de Abdullah, que aparecía en las sesiones que Eglinton nos había dado en San Petersburgo, tenía solamente la mitad del brazo izquierdo. Como para confirmar esta observación, la aparición movió los brazos, nos saludó y desapareció tras la cortina. Algunos segundos después volvió á aparecer, y á la luz del magnesio ví con sorpresa que el fantasma rodeaba con su brazo izquierdo á Eglinton, que, en *transe* profundo, no podía tenerse de pie. Yo estaba á cinco pasos de él, y á la luz intensa que le alumbraba, pude contemplar al extraño visitante.

Era un hombre joven y lleno de vida; distinguíanse claramente la piel viva de su cara, la barba negra, las cejas espesas y negras también y los ojos de mirada enérgica, fijos en el aparato, todo el tiempo que duró el magnesio (15 segundos) en llama. Cuando se dió la voz de cubrir el objetivo, y antes que se extinguiera la luz, la forma desapareció tras la cortina y Eglinton cayó desplomado y como muerto en el suelo.

La situación era crítica; pero no nos movimos, porque Eglinton estaba bajo la acción de una fuerza, sobre la cual nada podíamos. Pronto se abrió de nuevo la cortina, reapareciendo el fantasma, que se aproximó á Eglinton, é inclinándose sobre él, comenzó á hacerle pases por el cuerpo.

Mirábamos en silencio y con asombro tan extraño espectáculo, y al cabo de algunos momentos, Eglinton se movió; levantóse poco á poco, poniéndose, al fin, de pie. Entonces la forma lo rodeó con sus brazos y lo condujo al sillón.

Inmediatamente oímos la voz débil de Joey (uno de los espíritus que guían á Eglinton) que recomendaba que llevásemos al medium al aire fresco y le diésemos á beber agua con *brandy*. La señora de la casa apresuróse á ir por el agua; pero encontrando cerrada la puerta, volvióse á mí para pedirme la llave. Le dije que me perdonara; mas como lo sucedido era tan extraordinario, deseaba abrir la puerta por mí mismo. Examiné la cerradura á la luz, y abrí después.

Eglinton, en *transe* profundo, no podía tenerse en pie y fué preciso llevarle en brazos al comedor, donde le colocamos frente á una ventana abierta; pero presa de convulsiones.

rodó por tierra y presentósele una hemoptisis.

Fueron necesarios un cuarto de hora de fricciones y el uso de sales para hacerle volver en sí, y despertarle de su profundo sueño.

Dejándole en manos de los dueños de la casa, fuí con el Sr. N. á revelar las placas, y tan pronto como empezaron á dibujarse las líneas, volvíme apresuradamente al comedor y anuncié á Eglinton—que no podía moverse—la excelente noticia.

El medium pagó caro su triunfo, pues pasó más de hora y media, antes que pudiera andar, y aun entonces, fué preciso que el Sr. N. le acompañara á su casa y le acostara, y apenas lo había hecho, se reprodujeron la convulsión y la hemoptisis.

Las fotografías fueron preparadas al día siguiente y salieron bastante bien: las dos formas, de pie, se habían movido aun cuando esto no fuera perceptible á la vista; pero de todos modos el resultado es satisfactorio. A Eglinton se le reconoce perfectamente, á pesar de que tiene la cabeza echada hacia atrás y apoyada sobre el brazo que lo sostiene.

A su lado está la forma humana, que hemos visto con vida; la barba y las cejas se notan perfectamente; no así los ojos que están velados; pero la particularidad característica de

esta figura, es la nariz, corta y completamente distinta de la de Eglinton, y que recuerda, en cambio, muchísimo á la de la figura obtenida en la fotografía trascendente. Las cejas no se parecen á las de esta figura, sino á las de Eglinton. Las fotografías llevan en una esquina mi marca hecha en ruso.»

Después de algunas consideraciones, termina el Sr. Aksakof:

«Los incrédulos dirán que hubo fraude, puesto que en las experiencias estaba interesado un medium de profesión, al cual hay que pagar. Sin embargo, es evidente que en ellas, Eglinton no podía por sí solo realizar cuanto hubiera sido necesario para engañarnos; luego hay que suponer una inteligencia, un compadrazgo con los dueños de la casa y los del almacén en donde compré el aparato fotográfico y las placas. El Sr. X., dueño de la casa, ocupa posición social idéntica á la mía, y no puede decirse, por tanto, que en él existiese un móvil material como causa de fraude; esto sin contar con que la ejecución hubiera sido sumamente complicada, y reuniría circunstancias más que suficientes para descubrir el engaño. No es, pues, posible, suponer qué clase de interés podrá inducirle á una superchería; y además, ¿por qué había de ser él, y no yo

quien engañase? Es más lógico suponer en mí el afán de mentir, puesto que el móvil sería evidente: nada más natural que, engolfado en el espiritismo, me vea obligado á defenderle con tesón y encarnizamiento: vaya de Rusia á Londres: arregle estas fotografías con Eglinton y las publique.

La incredulidad no me extraña, porque las convicciones no son el fruto de la casualidad, sino el resultado del curso de toda una vida, de toda una época; la creencia en los fenómenos de la naturaleza, no se adquiere por la razón y la lógica, sino por la fuerza del hábito, y por esta misma fuerza, lo maravilloso dejará de serlo.»







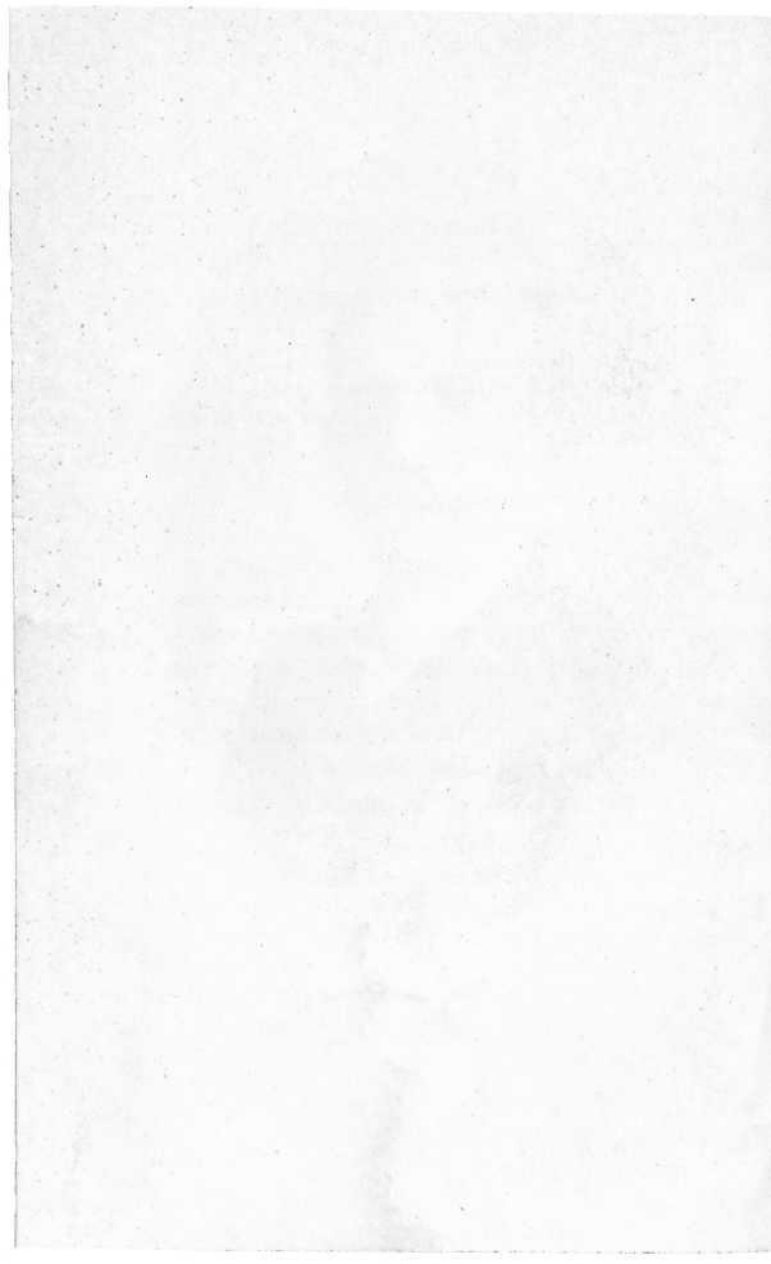




*Ercoli Chi'aria*

PHOTODUPLICATION, B. PAULSEN, VIENNE.





## CAPÍTULO IV

### EXPERIENCIAS DEL SEÑOR CHIAIA <sup>1</sup>

Movimiento espiritista determinado por el señor Chiaia. — Convertidos. — Carta desafío al profesor Lombroso.

El Sr. Chiaia es hombre de clarísimo talento y de vasta erudición. Convencido materialista un tiempo, conocía—¿quién no los conoce?—los libros de Allán Kardec—autor que le merecía el concepto de un pobre loco—y su doctrina, que para él no era más que el sueño ridículo de una fantasía enferma.

Fué adversario de los hechos del espiritismo.

---

<sup>1</sup> Cúmpleme manifestar al Sr. Chiaia y á su distinguida familia mis sentimientos de gratitud por las atenciones y deferencias con que me han distinguido durante mi estancia en Nápoles, y mi reconocimiento perdurable, por las facilidades que me dió para el estudio de los curiosísimos fenómenos que ofrece Eusapia.

mo—que no había estudiado, y sin más datos que su razón y las enseñanzas de la ciencia,— hasta que encontró un medium con el cual obtuvo fenómenos, si no tan sorprendentes como otros que ha conseguido más tarde, por lo menos tan dignos de llamar la atención y preocupar á un hombre de ciencia, como las más extraordinarias manifestaciones de esta naturaleza.

Estudió, buscando sujetos; hizo grandes sacrificios, y, lo que no es poco, se expuso á las críticas de sabios—de dudoso mérito científico, que en Nápoles, como en todas partes, no escasean—y de ignorantes. Entre éstos distinguióse un revistero de salones—poco ó nada enterado en achaques de psicología, pero bastante osado para discutirlos,—que creyó que por escribir más ó menos bien, resolvía problemas científicos de tanta trascendencia, como los que abarca el llamado espiritismo.

Persona respetabilísima, arriesgó su nombre y el de su familia, á punto tal, que su hermano, el erudito José Chiaia, profundo pensador y escritor distinguido, vió en él un loco afectado de locura peligrosa, y decidido á salvarle, fuese á Nápoles, donde, después de observar y estudiar los hechos, confesó su realidad.

Hércules Chiaia, á quien no arredran ni acobardan dificultades, fué el *introducción* del espiritismo en Nápoles, como más tarde del hipnotismo, en una época en que un profesor de la Escuela de Medicina napolitana calificaba á Charcot de alucinado. Hizo pública ostentación de sus ideas, convertido en apóstol de la doctrina, no por la fe ciega del fanático creyente, sino por la convicción firmísima del hombre de ciencia, que ha aprendido en los hechos repetidos y examinados durante muchos años de observación, de trabajo fatigoso, y que le han dado la certeza absoluta de su realidad.

Infatigable como pocos, no cesa en la propaganda, y á él solamente, se debe el que en Europa se acentuase el movimiento espiritista, en estos últimos años <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Obra del Sr. Chiaia es que hayan estudiado los hechos del llamado espiritismo el célebre profesor Lombroso (véase el libro *Lombroso y el espiritismo*) y sus compañeros los catedráticos Vizioli, Bianchi, Ascensi, Limonceli, Tamburini y Seppili; á él se debe que Schiaparelli, director del Observatorio Astronómico de Milán; Brofferio, profesor de Filosofía en esta última ciudad; Gerosa, profesor de Física en la Escuela Real Superior de Agricultura de Portici; Ermacora y Finzi, doctores en Física, el primero de Padua, y el segundo

Cábele al Dr. Chiaia la gloria de ver cómo sus esfuerzos no han sido vanos; cómo la semilla sembrada á costa de tanto trabajo, con tantos sinsabores, fructifica, con lentitud indudablemente, pero con frutos mejores.

La historia del desenvolvimiento científico en Italia, débele puesto honrosísimo y merecido.

Respecto de sus experiencias con Eusapia Palladino, que abarcan todos los fenómenos observados por los demás autores, desde el movimiento de los trípodes hasta la escritura directa y la aparición de fantasmas, no haremos sino reproducir íntegra la carta desafío

---

de Milán, defiendan la realidad de los fenómenos; que la admitan el Dr. Richet, profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina de París y director de la *Revue Scientifique*, que fué expresamente con objeto de estudiar los fenómenos del espiritismo desde París á Milán, en donde encontró á Aksakof, que á su vez había ido desde San Petersburgo con el mismo fin, y al Dr. Carlos Du Prel, que hiciera el viaje desde Munich; Ochorowicz, el célebre autor de *La suggestion mentale* y exprofesor en la Universidad de Lemberg, que desde Varsovia pasó á Italia á estudiar á Eusapia; los doctores Sidgwick y Myers, profesores de la Universidad de Cambridge, y el Dr. O. F. Lodge, profesor de Física en la Universidad de Liverpool, y uno de los físicos más eminentes de nuestro tiempo.



que en el año de 1887 dirigió al Sr. Lombroso, y en la cual hace mención de los resultados conseguidos.

Como el Sr. Chiaia piensa publicar una obra relatando sus experiencias, creemos conveniente no traspasar el límite indicado.

«Distinguido profesor:

En el artículo de usted *Influencia de la civilización sobre el genio*—número 29 del *Fanfulla*—encuentro, tras profundas consideraciones de lógica y de doctrina, un sentencioso y feliz período que me ha parecido la síntesis del movimiento científico humano, á contar del instante en que adoptaron los hombres el rompecabezas denominado alfabeto, hasta nuestra venturosa edad. Decía usted en él:

«Toda época es igualmente refractaria para los descubrimientos de que no tenemos ó de que tenemos escasos precedentes; y por lo mismo es incapaz de reconocer su ineptitud para adoptarlos. La repetición de los descubrimientos, preparando el cerebro á sentir su influjo, va encontrando cada día menos rebeldes los ánimos para aceptarles. Durante dieciséis ó veinte años se ha creído en Italia loco rematado á quien señalaba la *pelagroceina*;

hoy mismo, se ríe la gente académica de la antropología criminal, de la homeopatía, del hipnotismo... ¡Quién sabe si mis amigos y yo, que nos reímos del espiritismo, estaremos también en un error! Porque tal vez, y gracias al período que aún atravesamos, nos hallemos como los hipnotizados, en la imposibilidad de reconocerlo; ó como muchos enagenados, estando nosotros á oscuras de la verdad, riamos de los que no lo están.»

Animado por el párrafo transcrito, tan valiente como profundo y que tan bien concuerda con ciertos hechos de que hace tiempo me ocupo, le recojo contentísimo, y sin intermediarios, sin mensajeros, que á las veces desfiguran el concepto, ateniéndome á la más perfecta norma caballeresca, directamente le dirijo el presente cartel de desafío.

No se asuste: es un desafío que no tendrá consecuencias cruentas; cruzaremos la arena con armas corteses, y cualquiera que sea el resultado del choque, ya sucumba yo ó ceda usted, siempre será sin que nuestra sangre corra; pero fecundo en confesiones preciosas de parte de uno de los contendientes, y útil á la noble causa de la verdad.

Se trata de otra especie de... *pelagrocceina* que unos pocos han hallado en el humano or-

ganismo, mientras los más se obstinan aún, impertinentemente, en no reconocer ni observar siquiera; una enfermedad que los menos registramos diariamente, cuya causa ignoramos, que ni aun nombrar sabemos; pero no por ello menos evidente, menos patente á los sentidos todos, aun al del tacto, revisión general del conocimiento, como nuestro siglo analítico le declara; una enfermedad hacia la cual, los pocos llamamos constantemente la atención de la ciencia contemporánea, mientras que ésta, por toda respuesta, ríe con la mueca de Pirrón, tal vez porque todavía *su edad la hace refractaria*. Pero de usted, autor del párrafo antes inserto, no escrito indudablemente por solo lujo de dicción, me atrevo á esperar que no habrá de reírse cuando le invite á observar un caso singularísimo, digno de la atención y aun de la seriedad de la inteligencia de un Lombroso.

La enferma es una joven de ínfima clase, robusta, de unos treinta años, sin instrucción, de vulgares antecedentes, y sin otra cosa notable que el brillo de la mirada, fascinador, irresistible, como dirían los modernos criminalistas; joven que, cuando usted quiera, de día ó de noche, encerrada en una habitación, es capaz de divertir, con los fenómenos

que por su enfermedad produce, durante largas horas, un ejército de curiosos más ó menos excépticos y difíciles de contentar.

Atada en su asiento y sujeta, tiene la facultad de atraer cualquiera de los muebles inmediatos, levantarle y sostenerle en el aire como del féretro de Mahoma se refiere; hacerle descender ondulando ó por espirales que parecen efecto de una voluntad inteligente; aumentar ó disminuir su peso; ocasiona golpes en las paredes, en el suelo, en el techo, con la fuerza y el ritmo que por los circunstantes se desea; produce lucecillas como las del magnesio, ya en torno á su cuerpo mismo, ya alrededor de los presentes; escribe y traza sobre el papel, sobre las paredes, en cualquier parte, letras, cifras, números, dibujos, con solo dirigir su mano hacia el sitio que se la señala; si en un rincón se coloca arcilla húmeda, á los pocos minutos presenta impresiones de manos, ya grandes, ya pequeñas, de rostros de perfil ó de frente, de precisión admirable; y al siguiente día, de esas impresiones puede sacarse vaciados en yeso, de los que ya tengo una rica colección, de tipo constante, pero vario aspecto, y en los que, quien guste, puede hallar motivo suficiente para observaciones y comparaciones; se eleva en los aires,

suelta ó atada, tomando extrañas posturas, contra todas las leyes de la estática y hasta de la gravedad; hace sonar, en fin, por la habitación, movidos por manos ó sopladados por labios invisibles, campanillas, acordeones, panderetas y silbatos.

Dirá usted: caso clásico de hipnosis; es un fakir que hace creer en sus fenómenos...

Mas, dignísimo profesor, le ruego no pre-juzgue la cuestión: sería hipnosis, si la ilusión resultara del momento y después se borrara todo; pero si al siguiente día quedaran rastros, documentos dignos de consideración, ¿qué pensaría usted?

Tiene esta joven, en ocasiones, la facultad de prolongarse y crecer algunos *decímetros* sobre su estatura, como un muñeco de goma que se estirara por sí mismo, tomando caprichosas formas. ¿Cuántos pies posee? Lo ignoramos... ¿Cuántos brazos? Lo mismo. Lo cierto es que, además de sus piernas, sujetas por alguno de los incrédulos presentes, se destacan otra ú otras, que no parecen suyas, sino intervención extraña.

Yo le suplico que no se ría, señor profesor, porque haya dicho *que no parecen suyas*; nada afirmo; además, tiempo le queda de reirse.

Teniéndola atada y sellada para seguridad

mayor, se destaca á veces un tercer brazo, no se sabe dónde nacido, que se pone á jugar con los circunstantes: les quita el sombrero, la corbata, anillos, monedas, y se los vuelve á colocar con una ligereza y suavidad pasmosas; descompone el traje, registra los bolsillos, golpea, cepilla, despeina el cabello (á quien le tiene, por supuesto), acaricia y estrecha las manos cuando no está de mal humor, y es siempre una mano robusta (mientras que la de la enferma es pequeñísima), callosa, pesada, de anchas uñas, unas veces caliente, otras fría como las de un cadáver, que estremece; déjase estrechar, observar cuanto lo permite la luz de la estancia, y termina por elevarse en alto con los dedos caídos y sin fuerza, como una muestra de guantero.

Yo mismo juro, señor profesor, que una vez fuera del antro de la Circe, la mayor parte de las veces acabo por no creer en mí mismo al recordar mis impresiones; y sin embargo, el testimonio de mis sentidos, mi conciencia toda, afirman que no se trata de engaños ni de ilusiones, del mismo modo que millares de conspicuos experimentadores antiguos y modernos, cuya enumeración es inútil, comprueban la existencia de estos.... fenómenos paradójicos.

Después..... después de esta serie de hechos siempre nuevos é inesperados, de tarde en tarde nos saluda ó nos cambia un apretón de manos, cierta figura cubierta de flotantes paños, que se presenta y evapora en breves instantes.

Solamente observaré que esas maniobras, tan poco corrientes, no pueden pretenderse seguidamente de nuestra maga; dice ella estar siempre dispuesta á todo, como siempre escrupulosamente vigilada y decorosamente registrada, *protentate sint*, como se usaba en la corte de Tiberio; mas no siempre cumple sus promesas y satisface la inquieta expectación de los presentes; lo que hace pensar á quien bien lo considera, que no está en el árbitro suyo, exclusivo, la facultad de producir los portentosos fenómenos, sino que le es preciso un coeficiente desconocido, un auxilio extraño, un favor ignoto, un..... digámoslo en fin..... *Deus ex machina*. De lo cual se desprende la dificultad de sorprender en un solo acto tan curiosas..... supercherías, y la necesidad de una serie de experimentos para conseguir, por lo menos, los más importantes, y desenmascarar así á los ilusos, á los sospechosos de *mediumismo*, como decís galanamente, á quienes ya sabemos está negado el gran privilegio del

equilibrio mental, del recto criterio, y á los cuales basta un sencillo indicio (probado hasta la evidencia) para entrever la posibilidad de fuerzas latentes en la Naturaleza, é inducir de la caída de una manzana ó de la oscilación de una lámpara, las altas leyes que gobiernan los mundos.

Ahora bien; el desafío que propongo es éste: si el párrafo magistral no ha sido solamente escribir por escribir; si en realidad siente usted amor por la ciencia, sin prejuicios; si es usted, en verdad, el primer alienista de Italia, sírvase descender á la arena y no titubee en medirse con un adversario tan cortés como débil.

Cuando usted tenga algunas semanas de descanso, de vacación, en sus estudios predilectos, á modo de gira, désígneme una población donde encontrarnos, sea Nápoles, ó Roma si le es más cómodo, ó Turín mismo, y procuraré presentarle mi maga. Usted, señor profesor, elegirá una habitación, en la que yo no entraré hasta el momento de comenzar las experiencias; allí usted mismo colocará los muebles, los instrumentos que le plazcan: un piano cerrado si tal es su deseo; yo no haré sino entregar á usted la joven en traje adamítico, para evitar la sospecha



de que bajo las faldas oculta sus auxiliares.

Asistirán también, otros cuatro señores como padrinos, á usanza caballeresca; dos los designará usted; los otros míos..... usted también, sin que yo les conozca sino en aquel instante.

¡Mejores condiciones no las ofrecería un paladín de la Tabla Redonda!

Si el experimento resulta un fiasco, reclamo que se me declare iluso que voluntariamente se ha entregado para ser curado de su locura; si, por el contrario, obtenemos el resultado que yo espero, usted, por deuda legal, en un artículo de los que escribe tan admirablemente, sin anfibologías ni distingos, afirmará la realidad de los fenómenos maravillosos, y prometerá indagar su misteriosa causa.

Poco pido; mas ese poco me basta.

Si rehusara el encuentro, me daría, por lo menos, motivo para dirigirle la formal reconvencción siguiente: *podrán los tiempos no hallarse preparados* para el vulgo, pero sí para hombres de la inteligencia del Dr. Lombroso, á quien no está permitido seguir el consejo del Dante:

«Sempre á quel ver que ha faccia menzogna»



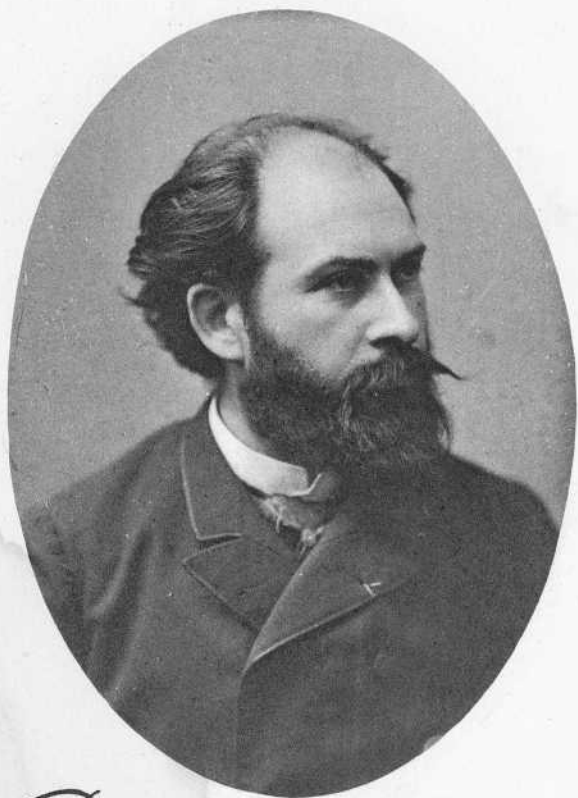
dev' l'uom chiuder le labbra quanto puote  
perocché senza colpa fa vergogna.»

Con el más profundo respeto, es de usted  
afectísimo,

E. Chiaña.»







*Dr. Paul Gibbon*

PHOTOGRAPHIE R. PAULOTON, VIENNE.





## CAPÍTULO V

### EXPERIENCIAS DEL DR. GIBIER

Noticia biográfica.—Sus obras.—Sus ideas al comenzar los estudios acerca del llamado espiritismo.—Experiencias con Slade.—Fenómenos diversos.—Escritura directa.

Es el doctor Gibier, director de un Laboratorio Bacteriológico en Nueva York, y ha sido alumno interno en los hospitales de París, teniendo á su cargo, durante varios años, el Laboratorio de Patología experimental y comparada, del museo de Historia Natural.

Hizo trabajos tan notables, como la demostración—después de experiencias delicadísimas—de que los animales de sangre fría, como los batracios y los peces, son susceptibles de adquirir algunas enfermedades, propias de los animales de sangre caliente; que los pájaros y las gallinas pueden contraer la rabia, inocularla á los mamíferos, y curarse espontá-

neamente; y que la rabia, una vez padecida, no vuelve á afectar al mismo individuo.

A él se debe también el descubrimiento del germen animado del péñfigo agudo y de la rabia; y la Facultad de Medicina ha premiado con la mayor recompensa destinada á las memorias, la presentada por el Dr. Gibier sobre la rabia y su tratamiento.

El Gobierno francés le ha confiado cinco veces la misión de estudiar las epidemias del cólera y de fiebre amarilla, así como los métodos experimentales de sabios extranjeros en Francia, España, las Antillas y la Florida <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Entre los trabajos del doctor Gibier merecen citarse: *Note sur un cas de persistance du trou de Botal. Note sur un cas de tuberculose testiculaire. Note sur un cas de kyste ovarique. Du siege insolite des ulceres syphilitiques primitifs. Des accidents secondaires tardifs de la syphilis. Des blessures du poumon par fracture de la clavicule. Des causes et du traitement de la fièvre typhoïde. Memoire sur les accidents nerveux produits par la foudre. La bactérie du pemphigus. De l'enteroclysme. De la possibilite de faire contracter le charbon aux animaux á sang froid en élevant leur température. Recherches sur la rage et sur son traitement. Recherches sur la rage des oiseaux. Etude sur le choléra. Attenuation du virus rabique. Rapport sur une mission scientifique en Allemagne. Rapport sur une mission scientifique en Espagne. Nouveau traitement de la phtisie. Y últimamente Analyse des choses.*



Discípulo predilecto de Pasteur, aprendió de su maestro á desconfiar de sí mismo en los estudios de observación y experimentación, y á no dejarse arrastrar por precipitaciones, siempre perjudiciales para la ciencia. Pasteur le ha enseñado también, á ser un experimentador frío, desapasionado, como debe serlo el que busca la verdad.

A igual que otros muchos autores, el doctor Gibier estudió los fenómenos del llamado espiritismo—en los cuales no creía,—«con la esperanza de destruir las ilusiones de algunas personas amigas suyas» y «desenmascarar tan grosera mixtificación», y después de haber terminado sus experiencias, confiesa que, si bien su manera de pensar no es conforme á la de los espiritistas, reconoce que éstos la apoyan en argumentos que aparentemente les dan la razón.

Gibier verificó sus experiencias con Slade, el mismo con quien experimentó Zöllner, y conocedor de las graves acusaciones que pesaban sobre el medium, procuró ponerse en guardia desde el primer momento, apelando á una serie infinita de precauciones, «injuriosas muchas veces,» como él mismo dice en su excelente obra, sin que nunca, á pesar de todos los cuidados y la vigilancia de una observación

rigorosa, haya podido sorprender en Slade nada parecido á un fraude, ni advertido la menor intención de engaño.

«Por lo que á nosotros respecta,—escribe,—no tenemos para Slade más que palabras de alabanza y gratitud por la buena voluntad que nos ha demostrado, sometién dose á nuestras exigencias al conocer el objeto de las investigaciones. Cuando la experiencia no se celebró en nuestra casa, hemos examinado la habitación donde se verificaba, como asimismo las ropas y calzado que Slade tenía puestos.

Las experiencias más importantes fueron hechas durante el día, con plena luz, delante de una ventana que daba á una avenida del barrio de L'Etoile, y sobre una mesa de madera de 0'74 centímetros de alto y 1 metro 08, por 1 metro 02 de superficie,—barnizada de negro,—que hemos registrado cuidadosamente en todos sentidos, cada vez que operábamos.

Las personas que han asistido á nuestras sesiones son amigos de mucho tiempo, y á na die se le ocurrirá pensar en un *compadrazgo* con Slade. A menudo hemos sido cuatro y cinco los asistentes, y nunca menos de tres.

Respecto á los muebles que nos han servi-

do, podemos afirmar, dada nuestra competencia, que no tenían mecanismo alguno.»

Divide el Dr. Gibier en dos categorías sus experiencias, habiendo consagrado especial atención á la segunda, ó sea á las de la *escritura directa*.

En la primera, relata los diversos fenómenos que ha observado durante el curso de las sesiones, tales como ruidos intensos producidos en un sitio designado previamente; elevación de cuerpos pesados á algunos pies de altura; sillas que sin contacto de ningún género y á distancia de un metro se movían solas, chocando violentamente con la mesa, y como atraídas por ésta; pizarras que de un extremo de la mesa la recorrían en toda su longitud, y que cuando eran detenidas en su marcha, daban la sensación de otra mano que actuara sobre ellas, ó que se paraban frente á la persona indicada por Slade; oscilaciones rápidas de una aguja magnética puesta en una caja de vidrio, al pasar la mano por encima de ésta; objetos destrozados repentinamente y como triturados por una máquina poderosa; desaparición de otros, puestos en la mesa, y sobre los cuales estaban apoyados los dedos, y

por último, la aparición de manos, cuyo contacto se percibía clara y distintamente.

De la segunda serie de experiencias, tomamos algunas de su libro *Le Spiritisme*, conservando, como él lo hace, la redacción primitiva y personal con que están escritas.

#### PRIMERA EXPERIENCIA

«El 29 de Abril de 1886, á las once de la mañana, me presento en casa de Slade, con uno de mis amigos A...; llevo varias pizarras que tienen una firma hecha con lápiz azul. Inspecciono la habitación en donde ha de verificarse la experiencia; examino la mesa, las mangas de Slade, el forro de su levita y sus zapatos.

A ruego de él, tomo de mi pañuelo, que no he abandonado un momento, dos pizarras con marco de madera compradas á Faber, y las coloco separadamente sobre la mesa. Slade parte en dos, con los dientes, un trozo de pizarrillo que pone sobre una de las pizarras, cubriéndola con la otra, y así reunidas, las levanta para apoyarlas verticalmente en mi brazo derecho. No pierdo uno solo de los movimientos de Slade, que está á mi izquierda, teniendo en el otro lado á A..., cuyas manos, co-

mo las de Slade y las mías, están sobre la mesa. Al cabo de veinte á treinta segundos, siento una presión intensa en el sitio en que apoyan las pizarras, y el medium dice que la *corriente* pasa por su brazo. Suenan varios golpecitos, y momentos después, óyese con claridad, el ruido que produce el lápiz al escribir. Las manos de Slade, han permanecido inmóviles, y no se percibía en sus dedos ni el más ligero movimiento muscular. Aplico el oído á las pizarras, y la duda no es posible; el ruido se produce en su interior, y puedo seguir el trazado de lo escrito y su puntuación. Por segunda vez suenan los golpes; Slade retira las pizarras, que coloca sobre la mesa, de donde las tomo inmediatamente, y separadas, observo que, mientras una de ellas nada de particular ofrece, la otra presenta cuatro frases escritas: las dos primeras en inglés y firmadas «W. Clark», la tercera en alemán, y la última en francés. Esta dice: «En efecto, muy buena es la idea. De Ud., servidor, L. de M.»

Al principio de la sesión había yo dicho que si obtenía buenos resultados de mis trabajos, escribiría sobre ellos un libro. ¿Se refería á esto la repuesta?

En resumen: durante la experiencia *mis* pizarras han sido observadas constantemente

por tres de mis sentidos: la vista, el oído y el tacto.

## II EXPERIENCIA

«12 de Mayo. En casa de Slade.

Los preliminares son como en la anterior.

Coloco en la mesa dos pizarras Faber, número 7, marcadas por mí.

Sobre una de ellas pongo yo mismo un pedacito de lápiz, que cubro con la otra. Slade, que no las ha tocado, aplica los dedos de su mano derecha en la que está encima, y su mano izquierda, sobre la mesa, á igual que nosotros.

Nuestra posición respectiva es como en la experiencia primera. Para mayor seguridad, apoyo mi codo izquierdo en las pizarras, y al poco tiempo *siento* y *oigo* escribir, notando también que la escritura se suspende en el momento en que rompo el círculo al levantar la mano. Percibo varios golpes en mi codo; Slade retira los dedos, tomo las pizarras, las separo, reconozco las señales hechas por mí, y veo la escritura que en una de ellas aparece, notando que el lápiz, que está allí, presenta signos inequívocos, en uno de sus extremos, de haberse gastado.

¿Quién ha escrito tres frases en inglés, francés y alemán? Yo he colocado el lápiz; no he perdido de vista un solo momento mis pizarras ni las manos de Slade, que estaban, la izquierda, sobre la mía correspondiente, y la derecha, á treinta centímetros de mis ojos, apoyando sus dedos sobre las pizarras de la experiencia, en las cuales descansaba mi codo. Slade no ha movido ninguno de los músculos de su mano mientras yo percibía el ruido del lápiz, que puedo afirmar que se producía entre las pizarras. Estoy seguro, que no fueron cambiadas, por las señales que en ellas hice y reconocí, y porque la única persona que las tocó es Slade, de la manera que dejó escrita.

¿Qué explicación tiene esto?»

### III EXPERIENCIA

«El mismo día, á las ocho y media de la noche, en casa de Slade, y después de varias manifestaciones espiritistas, tomo una pizarra *mía*, que *nadie* ha tocado, y puesta en la mesa cubriendo un lápiz, apoyo en ella mi brazo, y al poco rato oigo escribir. Terminado que ha, leo en inglés la frase siguiente: *Conserve esto como prueba de nuestras promesas; haremos más.*—*W. Clark,*



Concluída la sesión, Slade toma una de mis pizarras, sobre la que coloca un lápiz, procurando ocultarla bajo la mesa; pero su brazo, como atraído por una fuerza invisible, es llevado hacia mi cabeza, encima de la cual apoya la pizarra: siento y oigo escribir. Un instante más tarde leo estas palabras: *God bye* (adios). Observo que lo escrito comienza en el *lado opuesto* á la mano de Slade, y que el lápiz se ha detenido exactamente en la terminación de la palabra *bye*. »

#### IV EXPERIENCIA

«Tarde del 24 de Mayo de 1886. Sesión en casa del medium Slade.

Coloco una pizarra igual á las precedentes, es decir, mía, nueva y con mi firma, en la mesa, que he examinado detenidamente por encima y por debajo. Pongo un lápiz sobre la pizarra en el lado que se leen mi firma y la marca A. W. Faber. Núm. 7.

Tomo la pizarra con la mano izquierda y la llevo bajo el ángulo de la mesa, cerca del cual estoy. Mi mano derecha, como las de Slade que está á mi izquierda y las de A... situado al otro lado, se apoyan sobre la mesa; pasan varios minutos y no percibo ningún ruido;



pero siento que en ocasiones la pizarra es empujada fuertemente sin contacto alguno. Me inclino y no veo nada bajo la mesa; Slade, cuyas piernas observo, no se ha movido, y sus manos ocupan la primera posición. En un momento la pizarra tiende á escapárseme de la mano, y para impedirlo, necesito sujetarla fuertemente. Examino de nuevo la mesa y este examen no da mejores resultados que el anterior. Retiro la pizarra, en la cual no hay nada escrito, encontrando el lápiz en el sitio en que lo puse.

Coloco la pizarra otra vez bajo la mesa, é invito á Slade á sostenerla conmigo, y entre los dos la sujetamos, apoyando en ella cuatro dedos, y sobre la mesa el pulgar, de modo que abrazamos con nuestras manos los dos objetos.

Apenas hecho esto, oigo claramente el ruido que produce el lápiz, é inclinándome, veo que los dedos de Slade no se mueven. El mensaje debe de ser largo, porque pasan algunos minutos antes de que cese el ruido. Suenan tres golpes, y habiendo retirado la mano Slade, trato de quitar la pizarra; pero al intentarlo experimento una resistencia no pequeña, análoga á la que se apreciaba al levantar una campana de vidrio, en cuyo interior se ha

practicado un principio de vacío con la máquina neumática.

Compruebo la existencia de cuatro frases en mi pizarra, que reconozco. De las frases la primera está escrita en francés, la segunda en griego, en alemán la tercera y la última en inglés.

Durante la experiencia, y mientras se oía la escritura, hice la observación siguiente: rogué á mi amigo A... que levantara la mano izquierda puesta sobre la derecha mía; en todo el tiempo que duró la interrupción del *circuito*, el ruido dejó de percibirse. Le indiqué que colocara su mano sobre la manga de mi levita y continuó el silencio. Por último, hice que la aplicara á mi frente, y en el instante en que sus dedos me tocaron, oí nuevamente el movimiento del lápiz.

Repetida muchas veces esta experiencia, dió idénticos resultados. ¿Podremos decir que tales fenómenos son producidos por un género de electricidad nerviosa, cuya intensidad aumenta al pasar por una especie de batería eléctrica cuyos elementos seríamos nosotros? No pretendamos crear una teoría, y permanezcamos en el terreno de los hechos. Proceder de otra manera sería imprudente, porque nos hallamos aún en el nacimiento de una rama

de fisiología psicológica, y la historia de la ciencia nos enseña cómo las teorías prematuras son un obstáculo para el progreso del saber.»

#### X EXPERIENCIA <sup>1</sup>

«El jueves 2 de Setiembre de 1886, á las nueve de la noche, celebré en mi casa una sesión, en la cual se produjeron dos fenómenos diferentes: 1.º, escritura sobre pizarras; 2.º, transporte de estas pizarras, sin contacto aparente con persona alguna.

Asistíamos á la experiencia:

El doctor C..., médico de los hospitales.

Ch..., redactor de un importante periódico de París.

M..., ingeniero electricista.

La señora F..., Slade y yo.

Nos reunimos alrededor de una mesa común de juego, en una habitación alumbrada por dos poderosas lámparas, colocadas, una, en el centro de la mesa y provista de pantalla, y la otra, detrás de nosotros, munida de un reflector parabólico.

---

<sup>1</sup> Omitimos algunas experiencias del autor, porque son, con cortas variaciones, iguales á las referidas.

Las experiencias se hicieron con dos pizarras de mi colección, aunque algo más pequeñas que las correspondientes al número 7 de Faber.

Apenas formado el *círculo* oímos golpes sordos producidos en la mesa.

1.º Una de mis pizarras, provista de un lápiz de cinco milímetros de longitud, es colocada por Slade bajo el borde de la mesa, frente á Ch..., quien puede asegurar, como todos nosotros, que ninguna traza de escritura existe ó se adivina en ella. Una parte de la mano de Slade está visible, y oímos claramente el ruido del lápiz sobre la pizarra que, retirada casi al mismo tiempo, presenta algunas palabras mal escritas en inglés. *Good evening at all.* (Buenas noches á todos.)

2.º En muchas ocasiones, lo escrito en las pizarras tiene una significación trivial y abunda en faltas de ortografía.

En dos pizarras juntas que Slade coloca sobre el pecho de Ch..., y que no perdemos de vista un solo momento, el ruido del lápiz se percibe perfectamente, y en ellas, al fin de la experiencia, aparecen muchas palabras escritas.

3.º En otro caso Ch..., que está á la derecha de Slade, toma una de mis pizarras, y

después de examinarla yo y quedar convencido de que estaba limpia, la pone bajo el borde de la mesa. Las manos de Slade, como las nuestras, están á la vista. Apenas Ch... coloca la pizarra oímos el ruido de la escritura, y segundos más tarde leemos algunas palabras de significación vaga, escritas en inglés.

4.º Lavadas y enjutas las pizarras, son puestas la una sobre la otra, colocando entre las dos un pizarrín de extremos perfectamente planos. A ruego de Slade, Ch... las toma y se sienta sobre ellas. Nuestras manos y las de Slade están sobre la mesa. Percibimos el ruido producido al escribir. Ch... retira las pizarras de la silla, las separa con precaución y las palabras que leemos, escritas en inglés, pueden traducirse por *¿Estáis convencidos ahora?* Examinado el pizarrín, se ve que está gastado por un punto en sus dos extremos, lo cual prueba evidentemente que ha sido usado.

5.º Después de estas experiencias, y aludiendo á la corriente de aire frío que muchas veces he sentido en mi mano al ocultarla bajo la mesa, ruego á Slade que provoque este fenómeno, á lo que accede tomando una pizarra y aplicándola, sin moverla, al plano inferior de la mesa. Llevo allí mi mano, é inmediatamente experimento la sensación indica-

cada, comparable á la impresión que se siente cuando en un día de verano, entramos en una nevera.

Igual fenómeno acusan el Dr. C... y el ingeniero.

6.º Pido á Slade, que está frente á mí, que haga pasar á mis manos la pizarra que tiene en las suyas, y al efecto, la coloca bajo el borde de la mesa, sin ocultar completamente la mano; siento una corriente de aire frío y hago constar este detalle, en alta voz. Todos vigilamos las manos de Slade, y sus piernas, que están hacia fuera de la mesa. Cuando creemos que la pizarra se halla en el mismo sitio, yo la siento deslizarse suavemente en mi mano, escondida, en parte, bajo la mesa. Slade ha permanecido inmóvil, manifestando solamente haber *sentido que tiraban de la pizarra*. Declaro que no he intervenido en ello, ni podría, dada la distancia de 90 centímetros que separaba mi mano de la de Slade.

El mismo hecho se repite con el Dr. C... y el ingeniero M...

7.º En muchas ocasiones, y cuando formábamos el *círculo*, el Dr. C... y Ch... han acusado una sensación de *corriente*, como si pasara una de electricidad. En esta sesión, como en las anteriores, nada semejante he

sentido; pero á menudo he oído asegurar á las personas que me acompañaban que notaban *algo*, así como hormigueo ó estremecimiento. No puedo emitir opinión sobre un fenómeno, del cual no tengo idea.

Después que el invisible escribiente hubo trazado un *good bye* en una de las pizarras, terminó la sesión á las diez y media de la noche <sup>1</sup>. »

---

<sup>1</sup> P. Gibier. *Le spiritisme* (fakirisme occidental). Paris. Octave Doin. 1887, pág. 345.









PHOTODUPLICATION R. PAULUSSEN VIENNE.





## CAPÍTULO VI

### EXPERIENCIAS PERSONALES

Consideraciones.—Eusapia Palladino.—Compañeros de experimentación.—El medium.—Doble personalidad.—Su *espíritu*.—Crisis histéricas.—Condiciones de producción de los fenómenos.—Inspiración.—Fenómenos obtenidos.—Conclusión.

Hemos dado á conocer las experiencias verificadas por otros observadores, hombres de talento innegable, de ciencia no discutible, y de fama universal alguno de ellos; tócanos ahora exponer nuestros estudios personales, realizados en un período de tres meses, y en condiciones que, si no son las de un experimentalismo rigurosamente científico, por falta de aparatos, y por las condiciones en que necesariamente ocurren los hechos, revisten todo el carácter de certeza, que la repetición de los mismos, en circunstancias que satisfacen, pueden dar.

Son los fenómenos del llamado espiritismo tan disconformes á la idea que nos hemos formado del mundo, tan opuesto á lo que la ciencia admite y enseña, que la narración de maravillas semejantes despierta la negación ó la duda. Así se observa el caso curiosísimo y perfectamente explicable, de que mientras hombres avezados al estudio, que son maestros en la ciencia de experimentar, afirman la realidad de los hechos, después de estudiarlos paciente y concienzudamente, otros individuos, que no los han visto, inteligentes ó ignorantes, rechazan las aseveraciones de aquéllos y protestan de la certeza de tales fenómenos. La creencia, en cierto orden de hechos, es obra de un proceso paulatino que nace de la observación repetida de los mismos, y que por este sencillo mecanismo dejan de ser *raros*, para entrar en la categoría de lo común y vulgar. Es, además, condición psicológica del individuo humano que las enseñanzas á que se nos habitúa, modelen nuestra manera de pensar; y á ella sujetamos cuanto vemos y nos rodea, y por ella formamos el concepto del universo, que ha de ajustarse, necesariamente, á nuestro modo de discurrir.

Así pues, contra la afirmación de los hombres de ciencia, se alzarán siempre las nega-

ciones de los que no habiendo estudiado el asunto, se apoyan, para combatirlo, en los conocimientos adquiridos corrientemente. Se trata de fenómenos, si no desconocidos, porque son tan antiguos como la humanidad, tan extraordinarios, que casi pudiera calificárseles de absurdos. Añádase á esto el recelo inevitable que, acerca de la buena fe, del rigorismo en el examen y de la manera de estudiar, se siente por todo experimentador que no es uno mismo, y el tanto de duda que siempre hay en nosotros, respecto á la capacidad intelectual de nuestros semejantes, y tendremos, acaso, un elemento para la explicación de esa resistencia tan obstinada hecha á experimentadores de talla científica innegable, y la oposición rudísima, implacable muchas veces, á ciertos descubrimientos é innovaciones.

Nosotros no hemos de proceder—en parte—de diferente manera que los demás, y así, no respondemos de que sean ciertos los fenómenos observados por otros experimentadores, puesto que no los hemos presenciado; de los que hemos obtenido, afirmamos su realidad, y de la realidad de éstos, inferimos la posibilidad de aquéllos. Tampoco tratamos de imponer creencia alguna. Exponemos hechos y nada más. Quien quiera observarlos, que busque

sujetos, experimente con ellos y se convencerá por sí mismo, de lo que aseguramos.

Eusapia Palladino es una mujer, cuyo aspecto exterior en nada revela á la medium, si se exceptúa el fascinante brillo de sus hermosos ojos que despiden rayos de luz y hacen presentir algo extraño en la que los posee. Al verla se siente una impresión de simpatía, que mantiene su ameno trato.

De mediana estatura, gruesa y joven, tal es su figura; y en cuanto á instrucción, no sabe leer y ni aun conoce los números; habla el napolitano, por ser la lengua de su patria y entiende un poco el toscano. A esto está reducida.

Huérfana y pobre, vióse obligada á ganar el pan desde muy niña, y á los nueve años servía, en calidad de criada, á una familia napolitana; mas como empezasen á manifestarse en Eusapia los fenómenos á que da lugar su presencia, sus amos de entonces la echaron á la calle, suponiéndola en tratos con Satanás.

Algún tiempo después, el general Orsini, y luego varios profesores de la Universidad de Nápoles—el famoso Damiani, y Romei, entre otros,—hicieron el estudio de las manifesta-



ciones producidas por la joven medium.

El resultado de ellas la dió pronto fama, y una dama inglesa, entusiasta partidaria del espiritismo, pretendió llevarse á Londres el precioso hallazgo; mas la napolitana, encariñada con el hermoso sol de su patria, renunció por él á las ventajosas proposiciones que la inglesa le hacía.

Casóse Eusapia con un modesto artesano, al cual ayuda á soportar las cargas del matrimonio, trabajando ella á su vez en el oficio de costurera, sin pensar en hacer uso de su maravilloso poder, para convertirlo en especulación lucrativa.

El Sr. Chiaia, uno de los profesores que con más insistencia procuró aquilatar el verdadero valor de los fenómenos obtenidos con Eusapia, llegó al convencimiento que se proponía, y enteramente seguro del éxito, se comprometió con nosotros en la forma consignada al comenzar esta obra.

Mi amor al estudio, mi deseo de aprender, me llevaron á Nápoles, y prevenido en contra de las manifestaciones llamadas espiritistas, prescindí de toda consideración y fuí exigente en cuanto á las condiciones en que habían de efectuarse. La medium representaba para mí un libro de ciencia, y era preciso que yo

leyera en él con suma claridad, sin nebulosidades, si había de aprovecharme del estudio.

Desde aquí la envió el testimonio de mi gratitud, por la complacencia con que soportaba mis precauciones de excéptico.

Las experiencias se celebraron en mi casa, usando para ellas de objetos de mi propiedad; y salvo en casos, que tendré cuidado de indicar, siempre fueron hechas á la luz; poquísimas veces he empleado una oscuridad completa, pues cuando menos, brillaba un pequeño anillo azulado en el mechero de gas que había en mi cuarto; y en estos casos, era tal el número de precauciones tomadas por mí, que resultaba imposible el fraude, si alguien lo hubiera intentado.

A mis experiencias han asistido, ayudándome, los doctores en Medicina, Santangelo, de Venosa, y D'Amicis, profesor de Dermatología y Sifiliografía en la Escuela Napolitana; el Dr. Turiello, catedrático en el Instituto Técnico y el Sr. Aegri, ingeniero de Nápoles. En alguna sesión han estado los Sres. M. Reuleaux, ingeniero de Puentes y Calzadas, de Munich, y el Dr. P. Dauvergne, abogado y botánico, residente en Avignon. El ingeniero Sr. Palaz-

zi, el pintor Sr. Tassi y el periodista Sr. Verdinois, me acompañaron en otras. El señor Chiaia, á quien nunca agradeceré lo bastante sus atenciones, ha asistido á las primeras.

Eusapia no es hipnotizable ni por los pases ni por la fijación de la mirada; en varias sesiones, algunas de ellas sumamente fatigosas por lo largas, no he podido producir ni el cansancio precursor del sueño hipnótico; aplicado el *hipnoscopio* de Ochorowicz, el resultado ha sido igual á O. Sin embargo, cuando ella quiere se auto-hipnotiza, y cae en sonambulismo lúcido, en catalepsia ó en letargia, y en cualquiera de estos casos se oye en el aire, y constantemente, un ruido análogo al de una mano que se abriera rápidamente, como hacen los magnetizadores para proyectar flúido. El Sr. Chiaia dice que el *espíritu John* es quien la duerme; y en ocasiones, si Eusapia se resiste, una fuerza poderosa la subyuga, convirtiéndola en autómatas, y obedece. Comienzan los bostezos y el hipo; pandicula repetidas veces; dirige los ojos hacia arriba perdiendo su sensibilidad la conjuntiva, y por fin cae en un sonambulismo lúcido que da lugar á la manifestación curiosa de una doble personalidad.

Cambia su voz, que no tiene la misma inflexión ni tono: no es Eusapia quien habla, sino un hombre de lenguaje duro y áspero por veces, alegre y risueño en otras. No se expresa en napolitano, sino en el toscano más puro, y entiende perfectamente el francés, prefiriendo que se le hable en ese idioma, al contrario de lo que sucede cuando Eusapia está despierta. Tutea al Sr. Chiaia y á todos los que asisten á las sesiones, olvidando la respetuosa consideración que les guarda en estado de vigilia; y si se le pregunta si podrá hacer tal ó cual experiencia, responde invariablemente: *veremos*. Cuando Eusapia está despierta, habla siempre en singular.

En el sueño recuerda lo que hizo en la vigilia y lo relata. Alguna vez he visto cómo la voz de *John*—hablando Eusapia dormida—refería al Sr. Chiaia una historia de ésta, que ella no le hubiera contado nunca; otras, le dice que la medium le ha engañado en tal ó cual conversación, refiriéndole una cosa por otra; y al despertar, no conserva el más ligero recuerdo de cuanto ha dicho.

En ocasiones, y durante el sueño de Eusapia, relata *John* su historia. Es una relación fantástica hecha por imaginación poderosa, llena de descripciones animadas, que encan-

ta oír, sin que jamás mezcle en ellas un dislate ó un contrasentido: *John* ha sido soldado y murió peleando; y en el relato de los combates, de las peripecias de su vida, que constituyen el fondo de la narración, es la medium quien habla; pero al ver la impasibilidad de su cara dormida, en la cual no se mueve un rasgo ni varía una sola línea, diría se que es una estatua, en cuyo interior habla una persona. Sin embargo, en ocasiones no ocurre esto, sino que, al posesionarse de Eusapia otra personalidad, los rasgos de su cara se modifican, se amoldan al carácter de la nueva persona que vive en ella, y entonces no es raro ver que la cara simpática de Eusapia se cambia en otra, cuya dureza de líneas recuerda más un rostro masculino.

Un día, con plena luz y durante el sueño de Eusapia, ví que intentaba ésta levantar la mesa, introduciendo su pie por debajo de otro de los del mueble; se lo advertí y se rió con una carcajada como de loco, y con la voz de *John* nos dijo: «¿Has encontrado á la medium engañándote? Sepárala de la mesa y sujétala los pies y las manos, de tal modo, que no puedas tener duda alguna, viéndolos á la luz.» Lo hice así: le até los pies y sujeté sus manos, y entonces la mesa, como impulsada por un poder ocul-

to, se levantó y permaneció en el aire algún tiempo. «¿Te has convencido ahora?»—volvió á decir la voz de *John*,—y continuó riéndose.

Otras veces indica que va á producirse un fenómeno cualquiera, y aconseja que se tomen todas las precauciones imaginables: que se registre á la medium; que se la ligue; que se tengan presentes y eviten cuantas circunstancias pudieran dar lugar á una duda, y después de haber hecho estas advertencias, acaece el fenómeno anunciado.

Cuando se produce en Eusapia la catalepsia ó la letargia, es en la mayoría de los casos precedida de un ataque convulsivo: grita, llora, se retuerce, rechina los dientes, y después de una serie de fenómenos alarmantes sobreviene la calma más completa: queda en tranquilidad absoluta, y á veces, y á muy grandes intervalos, se oye un quejido, un lamento, que es lo único que indica que algo extraordinario se está efectuando en aquel organismo aparentemente muerto. Se debilitan las funciones de la vida, y su actividad casi desaparece, resultando un cuerpo que vive la vida orgánica, la vida de la materia en un grado tan pequeño, que recuerda los fenómenos de la *anabiosis*, del profesor Preyer. Y después que el hecho se ha producido, ya sea la aparición de un fantas-

ma, la impresión de una huella humana en arcilla ó la elevación de la *povera* medium, como *John* la llama, despierta Eusapia, cansada, casi sin ánimos para moverse, con dolores más ó menos intensos al raquis, y admirada de hallarse en donde está, si se produjo el fenómeno de la levitación, merced al cual es levantada con la silla y puesta sobre la mesa.

El desdoblamiento psicológico, cesa desde aquel instante: Eusapia vuelve á enseñorearse de su personalidad normal; aparece en ella la conciencia; la voz torna á ser la suya, expresándose en napolitano, y sus conocimientos escasísimos se revelan en su conversación vulgar, en cuanto á la forma.

*John* ha desaparecido, sin dejar en la memoria de Eusapia el más ligero recuerdo de que dentro de ella haya vivido otro sér que la traicionó, revelando sus más íntimos secretos y pensamientos. Eusapia es ella, una, la misma de siempre, que no sabe nada de *John*, porque al despertar, el olvido más completo se apodera de ella, y recuerda tan sólo que hubo un momento en que quisieron dormirla.

Se le muestran las impresiones en arcilla y pregunta quién las ha hecho; se le dice que *John*; pero no sabe de él más que el nom-

bre, y cree en él porque le dicen que es el espíritu de un muerto.

Acerca de las condiciones de producción de estos fenómenos, hemos de hacer constar que son variables y que dependen de causas cuya influencia no está bien determinada. Unas veces la medium tiene energía suficiente para dar origen á distintas manifestaciones; otras, se pasan algunas horas sin que ocurra el más insignificante hecho. Durante el período catamenial pierde Eusapia su mediumnidad, ó cuando más, la posee sumamente debilitada, á tal punto, que los fenómenos tardan muchísimo en presentarse, ó no se presentan, y esto es lo común. Las afecciones morales, los disgustos, anulan la fuerza de mediumnidad, al par que la aumentan las alegrías y la satisfacción. El ejercicio repetido es otra causa que influye desfavorablemente en las manifestaciones de Eusapia, tanto, que después de un día de experiencias en el cual se hayan producido fenómenos de importancia, la medium no puede generarlos con igual intensidad; y si se trata de apariciones ó de impresiones en arcilla, después de obtenidas, se ve obligada á guardar cama. Según las observaciones de los Sres. Chiaia y Aegri, las manifestaciones que ahora se originan en pre-



sencia de Eusapia, no son tan intensas como las que producía al principio de su mediumidad. Hay una debilitación, especie de agotamiento que, poco á poco, va acentuándose.

La luz influye también en los fenómenos; y puede decirse que la importancia de éstos está en razón inversa de la intensidad de aquélla.

Influye asimismo la mayor ó menor simpatía que inspiran á la medium las personas que la rodean. Siente algunas veces verdadera repulsión, nacida en el momento, con la presencia de un individuo, y en otras, viva atracción, y dice, entonces, que ésta le da fuerzas, la integra y la ayuda, al par que la otra la debilita, la extenua, entorpeciendo la acción de su mediumidad. Cuanto más confía Eusapia en las personas que experimentan con ella, más sorprendentes son las manifestaciones.

Algunas veces tiene como un momento de inspiración, en el cual se levanta bruscamente, toma de la mano una persona cualquiera, la que encuentra más cerca, y arrastrándola, más que llevándola, la indica que mire hacia un sitio, no importa cuál, ya sean los batientes de una puerta, las paredes de la habitación ó la tabla de una mesa, y cuando el observador se hubo convencido de

que allí no hay nada, la medium traza en el aire, con el dedo, signos que no obedecen á forma alguna concreta, y á medida que su dedo recorre el aire, va apareciendo en la puerta, en el muro ó en la mesa, sin que á ellos se haya aproximado Eusapia, un dibujo idéntico al que trazó en el aire. Este fenómeno extraordinario lo ha repetido infinitas veces en mi presencia, en distintas ocasiones y á la luz del día.

La he visto también, que en medio de una conversación vuelve de un modo brusco la cabeza, y extendiendo el brazo, señala un punto hacia un lado cualquiera, diciendo: *¡guardate!* (*¡mirad!*) *¡guardate!* (*¡mirad!*) y la expresión de su cara denota algo extraordinario; sus ojos brillan intensamente. Miramos todos al sitio indicado, y no vemos cosa alguna; nos aproximamos, y nada podemos encontrar. Eusapia, sentada, lejos, con el brazo extendido hacia el mismo punto siempre, sigue diciendo: *¡guardate!* *¡guardate!* y en efecto, en donde un segundo ha, no había nada, aparece, no se sabe cómo, ni por qué camino ó mecanismo, un objeto cualquiera, que no estaba en la habitación.

Este curiosísimo fenómeno de *aporte* es muy frecuente en Eusapia, y generalmente se

verifica sin que ella tenga conciencia, porque después de pasado no lo recuerda. En el momento en que va á ocurrir, se siente posesionada y lo presiente; la fuerza de su organismo se anula en el instante culminante de la producción del fenómeno, como si fuera esto preciso para que se efectuara. Terminado el hecho se lleva las manos á los ojos cual si quisiera despertar, y vuelve á tomar parte en la conversación sin hacerse cargo de lo que allí acababa de acontecer.

Variadísimos son los fenómenos que se producen en presencia de Eusapia y de difícil clasificación; pues aun agrupándolos en hechos observados á la luz y hechos que se obtienen en la oscuridad, resulta deficiente la división, porque cuando ha llegado á determinarse confianza entre el medium y los experimentadores, los fenómenos que se manifiestan en la oscuridad—salvo aquéllos en que ésta es indispensable para verlos,—pueden conseguirse, pacientemente, á la luz. Menos intensos, como hemos indicado, porque sin que hasta ahora pueda explicarse de manera satisfactoria, la luz, y en particular, la blanca, es un elemento que aminora la intensidad del fenó-

meno, al mismo tiempo que exige mayor gasto de fuerza en el medium. Y esto no dice nada en contra de la realidad de los fenómenos llamados espiritistas, que tanto valdría negar la de los resultados fotográficos, porque las placas hayan de revelarse lejos de toda luz blanca. Hoy por hoy, nada puede decirse acerca de la génesis de las manifestaciones que nos ocupan: tenemos que aceptarlas tal como se presentan, ya que no está á nuestro alcance producirlas á voluntad. Sostener que no son reales porque no se manifiestan á la luz, sería tan poco racional, como si alguien negara la existencia de las auroras boreales, porque no se ven en el Ecuador.

Debemos hacer constar que, en la duda con que comenzamos el estudio de tales hechos, procuramos, al experimentar, que los fenómenos se produjeran á la luz del día; lo hemos conseguido en parte, porque eran débiles, pero ya sorprendentes; más tarde, y cuando nos persuadimos de la realidad de los hechos, y sin dejar nunca olvidadas cuantas precauciones, que Eusapia es la primera en recomendar, nos sugiere la desconfianza, operamos con luz artificial, porque entonces los mismos fenómenos se manifestaban claros y potentes.

## I.—RUIDOS, GOLPES Y SONIDOS DIVERSOS

En las experiencias con Eusapia, el fenómeno de los golpes y ruidos es el primero que se observa. Al poner las manos sobre la mesa, cruje la madera de modo parecido, aunque mucho más intenso, al de un trozo de azufre tenido en las manos. A una indicación que se haga, se oye golpes en la mesa, en las ventanas, en la lámpara, ó en donde se desee, cambiando, como es natural, el timbre de ellos, según el objeto en que se producen. Unas veces sonoros, claros, metálicos casi; otras, mate, sordos, apagados y como si se originasen en el interior del objeto en que se oye ó fueran producidos por el choque de un cuerpo elástico y blando. En ocasiones recuerdan los que produce una máquina estática de Wishm-hurst, en movimiento. Es una verdadera cascada de sonidos.

Si las experiencias se verifican por la noche y con luz artificial, el carácter de estos ruidos varía; y toma forma más precisa, cuando se aminora la luz dejando en la lámpara un anillo azulado sumamente débil, si bien con poder suficiente para apreciar detalles relati-

vos á las personas que asisten á la sesión. En estos casos, cuando indica Eusapia que no se le abandonen las manos y los pies, sujetos por las personas que están á su lado, óyese sobre la mesa una palmada descomunal, dada con fuerza, como por la mano de un herrero; una mano *gigantesca*, según la gráfica expresión de Eusapia.

Otras veces, y conforme al deseo de cualquiera de los concurrentes, las palmadas se producen en las paredes ó en el techo, variando su timbre, pero no la violencia con que son dadas. También se oye un rechinar, sumamente desagradable y que da grima, como si se abriera un portalón de goznes enmohecidos, ó el ruido semejante al de una sierra enorme que corta madera; cuerpos sólidos que golpean contra la pared, etc.

Si la oscuridad es absoluta, los ruidos ganan en intensidad. Oyese el castañeteo de dedos en el aire, mientras las manos de la medium están sujetas por las mías é inmóviles, y entonces es frecuente ver, al mismo tiempo, una mano luminosa que se mueve como si fuera viva.

Estando sentado frente al medium y teniendo sus manos entre las mías, los golpes se han producido en el respaldo de mi silla, y mi

cuerpo ha experimentado la vibración de la sacudida.

Los ruidos y sonidos pueden ser estudiados en el ritmo con que se producen. Basta golpear en la mesa de modo determinado, para que al poco rato—fracción de segundo, ó uno a lo sumo—se oiga el mismo número de golpes con idéntico ritmo, y que proceden, al parecer, del interior del tablero de la mesa <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Indudablemente, es difícil apreciar en la oscuridad la dirección de un sonido, puesto que no se ve la causa que lo produce; y en ocasiones, aun á la luz, como ocurre con los ventrílocuos, siempre que la distancia favorezca el fenómeno, la ilusión es tan completa, que atribuimos el sonido á sitio distinto de aquél en que realmente se origina. Mas, dados el timbre, la intensidad y la circunstancia de que se oigan allí donde el experimentador lo desea, queda descartado todo motivo de error.

Quien haya observado detenidamente esta clase de fenómenos, apreciará el valor de algunas opiniones formuladas por hombres de ciencia que, no pudiendo negar la realidad de los hechos, pretenden explicarlos.

El Dr. Flint, profesor de Clínica médica en la Universidad de Buffalo, publicó, en 1851, un libro, *Rochester Knockins! Discovery, etc.*, en el cual expone que los ruidos atribuidos á los espíritus son un efecto de la relajación de los ligamentos de la rodilla, en virtud de la cual—dice—y por medio de una acción muscular y de una presión en la extremidad inferior

## II.—MOVIMIENTOS DE UNA MESA Y DE OTROS OBJETOS

Pueden dividirse en:

1.º Producidos *con el contacto inmediato ó mediato de las manos de Eusapia.*

2.º *Sin contacto alguno.*

Cualquiera que sea el grupo á que pertenezcan, son parciales ó en totalidad.

En la acción inconsciente de los músculos de la mano, se ha buscado la causa del movi-

---

contra un punto de apoyo, la tibia se desliza lateralmente en la superficie inferior del fémur, produciendo esto, una dislocación parcial sin movimiento aparente del miembro, que da origen á un ruido fuerte, que se repite cuando el hueso vuelve á su sitio.

El profesor Schiff, más tarde, dijo que la causa de los ruidos es el movimiento que en algunos sujetos—por condiciones anatómicas especiales (anomalía de la vaina tendinosa común de los peroneos laterales) ó por una educación—tiene el tendón del músculo peroneo lateral largo; y añade que él llegó á producir una serie de ruidos de intensidad variable, sin que apenas se notase el movimiento del pie, que debe tenerse en su mayor grado de extensión.

En 1859, el Dr. Jobert (de Lamballe) presentó en la



miento de las mesas. Foucault, Faraday, Babinet, Chevreul, Boussingault y otros, han pensado de este modo, y en nuestros días, algunos autores opinan lo mismo.

---

Academia de Ciencias, de París, una comunicación, en la que dió á conocer el caso de una joven, que padecía desde los ocho años, movimientos involuntarios regulares del músculo peroneo lateral corto derecho. Este movimiento del peroneo lateral corto, cuyo tendón se desplaza de la corredera ósea para volver á caer en ella chocando fuertemente, es lo que, según el doctor Jobert, produce los fenómenos que ofrecen los mediums golpeadores.

No cree, como Schiff, que el músculo peroneo lateral largo sea el que produce el fenómeno, y rebate la opinión del distinguido fisiólogo, después de hacer el estudio anatómico de los huesos, músculos y vainas tendinosas que se hallan en la región peronea, y piensa que no es necesario que haya una anomalía en la vaina tendinosa común á los peroneos laterales, para que el fenómeno exista, y asimismo cree que el pié no debe estar en extensión, sino en flexión, para que el ruido se produzca.

El mecanismo de este fenómeno consiste, según Jobert, en que, contraído el músculo peroneo lateral corto, su tendón sale de la corredera ósea, por donde pasa, y una vez que cesa la contracción, cae el tendón en aquélla, percutiendo sus paredes. El ruido de esta percusión, es el que los espiritistas atribuyen á los espíritus.

Y de este caso patológico deduce el Dr. Jobert—que

Suponen que, sentadas varias personas alrededor de una mesa, en la cual apoyan las manos, aplicando ligeramente la punta de los dedos, al cabo de cierto tiempo, variable en su duración, se establece una trepidación nerviosa en aquélla, que da por resultado la pro-

---

no ha estudiado los fenómenos en los mediums—que los hechos del espiritismo no existen, y que á la Fisiología toca la explicación de estas manifestaciones tenidas por sobrenaturales.

La comunicación del Dr. Jobert fué robustecida por las observaciones de los profesores Velpeau, quien dijo conocer á una señora que, moviendo la cadera, producía una especie de música, perfectamente apreciable aun á mucha distancia, y que estos ruidos, estudiados por su compañero, no sólo se producían en el pie, sino en la espalda, en el brazo y en varias otras regiones, y Cloquet, que recordó, en apoyo de lo sostenido por el Dr. Velpeau, que siendo agregado en el Hospital de San Luis se presentó allí una mujer joven, hija de un saltimbanqui, la cual, por un ligero movimiento de rotación de la columna vertebral, producía un ruido intenso, que el padre explotaba diciendo que su hija tenía un movimiento de péndulo en el vientre.

A esta observación añadió el Dr. Jobert que algunos individuos, por un ejercicio continuado de los peroneos, han podido ejecutar aires melódicos, como *La marsellesa*, *La marcha bávara*, *La marcha francesa*, con ritmo y regularidad perfectos.

Esta comunicación del Dr. Jobert, que tanto ruido hizo en la Academia, tiene el mérito de dejar el ánimo

ducción de pequenísimos movimientos, acordes en todos los individuos. Este esfuerzo es suficiente para moverla ó desplazarla.

El movimiento producido por las vibraciones inconscientes de los músculos de la mano—dicen—puede tener una energía considerable, que se manifiesta por una gran velocidad en el cuerpo móvil, ó por la fuerte resistencia, que se experimenta cuando se le quiere detener. Y esta presión de las manos, no solamente determina movimientos de rotación ú oscilación en la mesa, sino levantamientos enérgicos de un lado y de otro y sacudimientos violentísimos. Cuando las personas han conseguido moverla una vez, en las subsiguientes ocurre el fenómeno con más facilidad, pudiendo, en muchas ocasiones, actuar cada individuo independientemente.

Todos estos efectos—añaden—son producidos sin saberlo el operador, porque no tiene conciencia de los movimientos involuntarios que los originan, iguales á los del *péndulo ex-*

---

perplejo, porque no se sabe qué admirar más, si la credulidad, siempre disculpable, del vulgo ignorante, que admite causas sobrenaturales para explicar lo que no comprende, ó la candidez infantil de todo un Cuerpo científico, que se da por satisfecho con una explicación como la del cirujano francés.

*plorador*, de la *varita adivinadora* y del *cumberlandismo* <sup>1</sup>.

«La ciencia del organismo ó fisiología—dice Babinet <sup>2</sup>,—y la ciencia del movimiento ó mecánica, dan razón de estas impulsiones enérgicas, impresas á una mesa, á menudo bastante pesada, por operadores que producen tal efecto, casi sin apereibirse de él, en lo cual consiste todo lo extraordinario del fenómeno. Y no se diga que esta acción insensible, cuando es acorde, no es bastante enérgica, porque la fisiología y la mecánica nos enseñan, que todos los movimientos musculares, son determinados en el cuerpo, por palancas de tercer orden, en las cuales el punto de apoyo, está cerca del de resistencia, dando esto por resultado imprimir una gran velocidad á los puntos móviles, con sólo recorrer un pequeño espacio la fuerza motriz. Así ocurre en el arte de la esgrima, en el que los movimientos pequeños son los más temibles, y donde el tirador que sabe quedar cubierto, haciendo que la mano que

---

<sup>1</sup> Acerca de este último fenómeno, léase el capítulo III del folleto *Los fantasmas*.

<sup>2</sup> *Des tables tournantes au point de vue de la mécanique et de la physiologie*. REVUE DES DEUX MONDES. Cuaderno correspondiente al 15 de Enero de 1854, página 408.

tiene el arma, describa muy pequeñas excurciones, tiene una superioridad inmensa; y en las carreras á pie la ventaja está de parte de aquel que da los pasos más cortos y repetidos, etc., etc.

También han demostrado la mecánica y la fisiología, que los movimientos *nacientes* son poco extensos, pero irresistibles.

Pues bien; si consideramos á varias personas apoyando las manos alrededor de una mesa, en el momento en que se hayan establecido pequeños movimientos de presión de los dedos, sobre aquélla, y cuando todos estos movimientos actúen de concierto, se producirá una fuerza considerarable, si las trepidaciones musculares de las manos, son reforzadas por una excitación nerviosa, que centuplica su fuerza. Así se comprende que la imaginación influya en el desarrollo de estas acciones, favoreciéndolas en un caso, ó contrariándolas, si entre los asistentes se halla alguno, que mentalmente sea hostil á la manifestación de los fenómenos.

El contacto de todas las manos formando cadena, puede facilitar el establecimiento de esta especie de simpatía mecánica, ó vibración acorde, entre las acciones de los experimentadores.

Para convencerse de que esta explicación es la verdadera, basta repetir las experiencias del conde de Ourches y de Faraday, que consisten en destruir la adherencia entre los dedos y la mesa, poniendo entre ambos, polvos de talco ó láminas delgadas de mica.

Cuanto se ha dicho de acciones ejercidas á distancia, y de movimientos comunicados á los objetos sin contacto alguno, debe relegarse á las ficciones y no admitirlo por *absurdo é imposible*.

En resumen; la causa fisiológica del movimiento de las manos es la tensión prolongada del brazo, que produce una trepidación nerviosa y una serie de vibraciones insignificantes en el sistema muscular de cada uno de los operadores; estas vibraciones se comunican por las manos á la mesa, y se refuerzan mutuamente, ocasionando, cuando actúan en el mismo sentido y acordemente, una resultante poderosa, capaz de dar origen á movimientos enérgicos; que todos los fenómenos son perfectamente explicables por la energía, de los movimientos nacientes de nuestros órganos, más intensos cuando una influencia nerviosa viene á unirse á ellos; y que en el estudio de estos fenómenos mecánico fisiológicos, es necesario alejar toda intervención de

fuerza misteriosa, en contradicción con las leyes físicas, bien establecidas por la observación y la experiencia» <sup>1</sup>.

En otro lugar <sup>2</sup>, combatiendo la teoría espiritista, dice que es absurda la pretendida intervención de un espíritu, «porque mirado generalmente éste como cosa muy ligera y poco compacta, no tendría ni bastante fuerza, ni bastante impulso para mover un cuerpo pesado.»

A. S. Morin supone que, para que el movimiento de las mesas se produzca, es necesario que los miembros de la cadena estén en cierta disposición de espíritu, puesto que el mismo grupo que hace girar la mesa, estaba reunido alrededor de ella hace una hora almorzando, tomando te, jugando al whist, etcétera., y entonces no se producía movimiento alguno: «ahora, por el contrario—dice,—las personas están con atención; se hallan emocionadas, preocupadas con lo que va á pasar; quieren obtener la rotación de la mesa, y á medida que la espera se prolonga,

---

<sup>1</sup> Babinet. *Revue des Deux Mondes*. Número correspondiente al 15 de Enero de 1854, pág. 419.

<sup>2</sup> *Revue des Deux Mondes*. Número correspondiente al 18 de Mayo de 1854, pág. 528.



las voluntades adquieren más energía; dispuesto cada uno de antemano á seguir el movimiento, extiende los dedos, sin apercibirse, en el sentido en que se figura que ocurrirá la rotación. Como suponemos á todos los asistentes de buena fe, y que no se han convenido para determinar esta dirección, no es de admirar que al principio haya divergencia en las voluntades, y, por consiguiente, vacilación; la mesa describe algunas veces un pequeño arco en un sentido, después en el contrario y, por último, se detiene; pero pronto la voluntad de uno de los operadores prepondera, y esto sin que él lo haya pretendido, y sin que las otras personas se hayan ejercitado en leer su pensamiento; las miradas, la fisonomía, los gestos, todo sirve para formar un lenguaje. Desde el momento en que hay unidad de impulsión, cada uno siente que la mesa es libre y va á tomar vuelo; los unos empujan sin tener conciencia de ello; los otros, que son más dueños de sí mismos, que se dan cuenta de lo que experimentan, se limitan primeramente á seguir el movimiento, y concluyen por caer en un estado que no les permite distinguir si contribuyen ó no, á él. Se apodera del grupo cierta animación, y esto hace que funcione armónicamente: todas las



manos se mueven como obedeciendo á una sola voluntad y sin que nadie tenga conciencia; el movimiento se hace rápido, impetuoso. Establecida la armonía, basta que uno adquiera el mando para que todos los miembros de la cadena se apresuren á secundarle, cumpliendo el acto ordenado; parece que la mesa obedece con tanta inteligencia como docilidad, si bien no es, en último término, más que un instrumento pasivo, movido por las manos de los operadores»<sup>1</sup>.

El profesor Richet, en un artículo publicado en la *Revue Philosophique*,<sup>2</sup> dice que le parece muy verosímil la hipótesis del Dr. Chevreul<sup>3</sup>, y que todos los movimientos de la mesa, son debidos á contracciones musculares

---

<sup>1</sup> A. S. Morin. *Du magnetisme et des sciences occultes*. París. Germer-Bailliere. 1860.

<sup>2</sup> *La suggestion mentale et le calcul des probabilités*. Tomo II, 1882.

<sup>3</sup> En el fondo, la teoría del distinguido químico francés es la misma que la sostenida por Babinet. Piensa que se desarrolla «una acción muscular que no es el producto de una voluntad, sino el resultado de un pensamiento que se dirige sobre un fenómeno del mundo exterior, sin preocuparse de la acción muscular, indispensable á la manifestación del fenómeno.» *De la baguette devinatoire du pendule dit explorateur et des tables tournantes*. Pág. 24.

inconscientes, que producen oscilaciones y desplazamientos en el velador ó en el objeto que se emplee para la experiencia. «Yo creo —dice—que la mesa es, como la varita adivinadora, un aparato revelador de los movimientos musculares inconscientes. Y no se diga que porque no son voluntarios ni percibidos han de ser débiles; lejos de esto, pueden adquirir una fuerza considerable. Así, repitiendo las experiencias que S. Cumberland practicó en París el invierno pasado, me he apercebido de la energía sorprendente que adquieren á veces estos movimientos inconscientes. Sorprende la potencia con que el individuo conduce y dirige, sin sospecharlo, á aquel que le sujeta la mano.

Ciertas personas son, á este respecto, tan notables, que á duras penas puede creerse en su buena fe, y, sin embargo, ésta es indiscutible.

Así pues, la fuerza de tales movimientos es suficiente para dar origen á otros considerables, y ya se trate de una varilla flexible ó de una mesa ligera, el fenómeno es el mismo: movimientos producidos por contracciones musculares inconscientes, pero inteligentes á la vez» <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Richet, *lug. cit.*, pág. 650.

Sin embargo, el profesor francés no desconoce que esta teoría no resuelve algunas dificultades serias, que presentan las manifestaciones llamadas espiritistas; pero como cree necesario escoger una hipótesis, se queda con la de los movimientos inconscientes, involuntarios é inteligentes del medium, que produce todos los fenómenos sin saberlo ni quererlo, y rechaza la idea de que las manifestaciones sean una superchería <sup>1</sup> y el resultado de la intervención de espíritus ó el de una fuerza especial, de naturaleza desconocida, que actúa independientemente de las leyes de la pesantez <sup>2</sup>.

Como se verá, estas teorías, cuyos autores no se han cuidado de averiguar si eran aplicables á todos los movimientos de la mesa, constituyen uno de tantos errores que han pasado á la ciencia y viven en ella, con derecho de ciudadanía, por la autoridad que les presta el nombre de sus apadrinadores.

Antes de hacer la exposición de los hechos

---

<sup>1</sup> Se funda, para ello, en sus experiencias y en las pruebas morales. Dice que una simulación no es posible, y que tal idea, repetida desde 1847 hasta nuestros días, carece de sentido.

<sup>2</sup> Richet, *lug. cit.*, pág. 651.

que hemos observado, y aun á trueque de ser fastidiosos con la relación de detalles que creemos prudente no omitir, diremos que hemos experimentado en nuestras habitaciones, que eran un gabinete de cuatro metros en cuadro por tres y medio de alto, con el suelo de mosaico y estucadas las paredes y el techo. Un mechero circular, de gas, provisto de una pantalla cónica de porcelana blanca, lo ilumina por la noche, y una ventana que da á la calle, y dos puertas, de las cuales una comunica con el pasillo y la otra con una sala, dejan entrar luz suficiente para darle claridad sobrada.

En la puerta que pone en comunicación el gabinete y la sala, hay un pesado cortinón, recogido en su parte inferior. La sala es casi de doble tamaño que el gabinete, y una de sus paredes, la que mira al Norte, es de cristales, que permiten ver los hermosísimos paisajes de Nápoles. El suelo de esta sala, también es de mosaicos, y el techo y las paredes estucados como los del gabinete. En ninguna de las dos piezas hay cuadros ni colgaduras ni más muebles, que una mesa de pino blanco, rectangular, de 0,82 centímetros de alto por 0,93 de largo y 0,55 de ancho; sin bordes, pesada y desprovista de cajones, mandada hacer

así por encargo nuestro. Hay además varias sillas grandes de regilla, de las llamadas de Viena, y otras más pequeñas de la misma laya.

La sala también se ilumina de noche por un mechero circular, de gas.

Hemos celebrado las experiencias durante el día; y si por la noche, nunca ha sido en completa oscuridad, aun cuando variamos la intensidad luminosa del mechero, para apreciar su influencia en el fenómeno.

1.<sup>o</sup> *Levantamiento parcial y total de la mesa, con contacto inmediato ó mediato de las manos de Eusapia.*

I. A poco de sentarse Eusapia y aplicar sus manos á la mesa, se producen ruidos característicos, que anuncian la proximidad de otros fenómenos, y de repente la mesa, sin trepidación alguna, sin movimiento de oscilación, se levanta hacia los lados—quedando apoyada en el suelo por dos de sus pies,—ó en totalidad, y en este caso, flota en el aire sin más apoyo que el de las manos de Eusapia, puestas encima.

II. Es posible simular el levantamiento medianímico de una mesa por medio de aparatos ocultos en los brazos, ó en las piernas; pueden intervenir las manos, los muslos, las

rodillas y los pies, ó la acción combinada de todo esto.

Eusapia se sienta á mi izquierda, frente á uno de los testers de la mesa. Con mis manos sujeto sus rodillas, que quedan á unos 15 centímetros por debajo de aquélla; pongo mis pies sobre los de la medium, que tiene los brazos desnudos hasta más arriba del codo. Aplica sus manos casi al centro de la mesa, apoyando en ella las yemas de los dedos; pasados algunos segundos, percibo crugidos semejantes á los que produce la madera encolada, puesta al sol, al resquebrajarse la cola, y la mesa se levanta por el lado opuesto á Eusapia y cae con violencia. Se inclina después hacia la derecha y la izquierda. Este movimiento termina por una elevación total de la mesa en el aire, y en él permanece varios segundos—lo bastante para observar la posición de los pies de la mesa—sin apoyo alguno, y sin más sostén que las manos de Eusapia puestas sobre el tablero y aplicadas por las puntas de los dedos. En esta posición, y á treinta ó cuarenta centímetros del suelo, la mesa está inmovil y como fija en ocasiones; otras veces oscila y se balancea en el aire con movimientos más ó menos rápidos y violentos. Si Eusapia conserva las manos sobre la

mesa y quiere que caiga, ésta descende con lentitud suma, apoyando en el suelo primero un pie, después otro, y así los cuatro; si Eusapia retira las manos estando la mesa en el aire, cae de golpe, y el ruido que hace al chocar en el pavimento es único. Parece que queda como clavada y que ha perdido la elasticidad. Una mesa abandonada á sí misma, no cae con sus pies simultáneamente, ni queda fija al caer.

No he notado movimiento alguno en las rodillas y pies de Eusapia, separados de la mesa y vigilados por mí.

III. Como es posible que el movimiento lateral del mueble, dependa de la presión ejercida por las manos, en determinado sentido, hago que Eusapia las aplique, no por la palma, sino por el dorso, y la mesa se levanta parcial y totalmente, permaneciendo inmóviles las piernas y pies de la medium. Sin embargo, aun cuando las manos están casi en el centro de la mesa y los brazos forzados, el contacto de la tabla con éstos puede ser causa de error.

IV. Hago que Eusapia se siente treinta centímetros distante de un testero de la mesa, y se coloque de lado y no frente á ella; de este modo sus pies quedan distanciados de la mesa, y entre ellos y los de ésta pongo los

míos. Sujeto su mano derecha entre las mías, y apoya la izquierda en el tablero de la mesa, á unos 15 centímetros del borde, levantando el brazo cuanto es posible para descansar solamente las yemas de los dedos. De esta manera y en contacto la mesa solamente con la mano izquierda de Eusapia, no cabe suponer que sean los pies, las rodillas ó los muslos de ésta, lo que determine el movimiento. Se inician los fenómenos y comienza á levantarse la mesa; primero lentamente, después con velocidad; por veces permanece quieta, como si se hubiera agotado la fuerza que la impulsara, dando repentinamente un salto, que es precursor de los movimientos siguientes. Se levanta, se inclina hacia un lado ó hacia otro y se alza por completo según yo lo deseo y manifiesto á Eusapia, cuya mano, inmóvil y sin ejecutar esfuerzo alguno, parece en aquel momento un poderoso imán.

v. Repito la experiencia, y pongo una silla con el respaldo vuelto hacia la mesa y á diez centímetros de distancia. Eusapia se arroja en ella y aplica la mano izquierda por el dorso, tocando apenas con las uñas. Los movimientos de la mesa son iguales en intensidad y en carácter á los anteriores.

vi. Pongo mis manos en la mesa y hago



que aplique las suyas sobre ellas; que permanezca de pie y á mi izquierda, tan alejada, que pueda yo observar el ruedo de su vestido.

No percibo ninguna sensación anormal; el calor de las manos de Eusapia parece aumentado; su presión en las mías apenas se nota. La mesa se mueve acaso con más energía, demostrando que los movimientos pueden producirse sin contacto *inmediato* de Eusapia.

VII. En dos copas casi llenas de agua puestas sobre la mesa, hago que Eusapia, arrodillada en una silla, cuyo respaldo está hacia aquélla, sumerja los dedos índice y medio de cada mano, evitando así la transmisión de los movimientos musculares é inconscientes que efectúe; sin embargo, la mesa se mueve con la violencia que antes y es sacudida, llevada y traída por el aire. Responde con movimientos y golpes á preguntas que yo hayo, y á su vez interroga si estoy satisfecho de la experiencia. Durante ella, Eusapia no hace más movimientos, que los indispensables á sus brazos, para seguir á la mesa en sus evoluciones.

Una particularidad notable: las copas permanecen firmes á pesar de los vaivenes de la mesa, cual si estuvieran adheridas á la madera; parece como que forman parte integrante de la mesa y un todo con ella. Recuérdesse que

Eusapia no tiene más relación de contacto que los dedos introducidos en el agua, que no llegan al fondo de las copas ni tocan sus bordes.

VIII. Pongo sobre la mesa dos platos con arcilla mojada y digo á la medium, que está de pie, que coloque las puntas de los dedos en ella. Accede, y al poco rato se levanta la mesa de uno y otro lado, se agita y mueve en todos sentidos y, alzándose en totalidad, cae por fin lentamente. Examino entonces el barro, cuando Eusapia ha retirado sus dedos, y apenas se nota una ligera huella.

IX. De pie Eusapia, apoya sus manos en dos tablitas rectangulares de 15 centímetros de largo por 10 de ancho, montadas en ruedecillas y puestas sobre la mesa, y cuyo objeto es hacer que toda presión ejercida por las manos se traduzca en movimiento de las ruedas y nunca en el de la mesa. Pasados algunos momentos, ésta se mueve con igual carácter é intensidad que en otras experiencias, y las ruedas que sostienen las tablas, no han traspasado el área que á su alrededor he trazado con un lápiz. Aquí, como en las experiencias de la arcilla y las copas de agua, se observa el curioso fenómeno, de que los objetos colocados sobre la mesa forman con ella un todo perfectamente

unificado, y respondiendo como una sola masa, á la acción de las manos de Eusapia.

En estas experiencias, en que Eusapia actúa de pie, sufre intensamente, cuando su fuerza no es excesiva, de dolores en las rodillas, acompañados de temblores convulsivos.

*2.º Levantamiento parcial y total de la mesa sin contacto de las manos de Eusapia, y acción á distancia sobre objetos.*

Conseguido el movimiento de la mesa, sin contacto inmediato de las manos de Eusapia, y persuadido de que no son los músculos de aquélla, los que determinan el fenómeno, pretendo que éste se verifique sin contacto y á distancia. Los resultados son satisfactorios; pero la manifestación reviste distinto aspecto: la medium se halla agitada, muy nerviosa é inquieta, y acusa una movilidad que contrasta con la pasividad de otros momentos.

I. Sentada Eusapia, á la luz del día, frente á uno de los testers de la mesa, con los pies al descubierto y las manos á 20 centímetros por encima de ésta, los brazos estirados y desnudos hasta el codo, se queja de cansancio, bosteza frecuentemente y parece sufrir mucho. Al poco rato la mesa se levanta sin que ella

la toque, y ya en el aire, se balancea siguiendo el movimiento de las manos de Eusapia. Si las retira bruscamente, la mesa cae al suelo con violencia; ha perdido la virtud que la sostenía.

Concomitantemente con estos fenómenos, ocurre otro, digno de mención. Los vestidos de la medium se inflan por sacudidas, como si los empujaran desde dentro, y aumentando de volumen, se prolongan en sentido lateral hasta tocar uno de los pies de la mesa. Los de Eusapia están visibles é inmóviles. La consistencia del vestido en tal momento, y sólo en la prolongación que se produce, es semejante á la del cartón ó una tela recia, fuertemente engomada; á la percusión da el sonido de un cuerpo duro y rígido: sin embargo, cuando ha cesado el impulso, el vestido, que es de una tela ligera de lana, recobra su flexibilidad normal.

Una vez que ha llegado á establecerse el contacto con la mesa, ésta se levanta y permanece en el aire siguiendo todos los movimientos que hacen las manos de la medium—que están, como queda escrito, á 20 centímetros por sobre el mueble;—si las cierra, la mesa cae y el vestido se aplana; si las abre, la mesa vuelve á elevarse al mismo tiempo que

el vestido se abulta. La fuerza parece salir de las manos y que el punto de apoyo ó de sustentación está en el vestido.

Las piernas y pies de Eusapia, durante la experiencia, no se mueven. Además, el contacto que se establece entre el vestido y la mesa es, casi puede decirse, lineal; apenas si se tocan.

II. He puesto á Eusapia sentada de espaldas á la mesa, con las manos vueltas hacia atrás, por encima de los hombros, para que la moviera sin contacto: los pies, cruzados, quedaban debajo de la silla, y ésta á más de 40 centímetros de la mesa. Comenzó á abultarse el vestido, prolongándose por la derecha y hacia atrás, en dirección de la mesa; pero llegó á un punto en que la tela no pudo más, y se detuvo: faltaríanle 15 centímetros próximamente para llegar. Entonces ocurrió otro fenómeno extraordinario. A cada movimiento que hizo Eusapia con sus manos, cual si proyectara algo de sus dedos, la mesa, como atraída por fuerza poderosa, dió un salto, y después otro, hasta tocar el vestido; realizado esto, se elevó de uno y otro lado, con viveza, y en totalidad.

Estas experiencias tan sorprendentes son muy difíciles de realizar á la luz del día, y

ocasionan á Eusapia un gasto considerable de fuerzas, que la postra y obliga á guardar cama; si el poder de Eusapia es intenso, y la confianza en el experimentador es absoluta, como en mí lo ha sido, pueden conseguirse á la luz de un mechero de gas, y sin que el contacto entre el vestido y el objeto sea preciso.

III. Puesta una silla á 50 centímetros de distancia y á la derecha de Eusapia, me siento frente á ésta, coloco en las mías sus manos, y con mis pies sujeto los suyos; la luz del mechero de gas era intensa; á poco rato comenzó á abultarse el vestido, acercándose á la silla con la cual experimentábamos; así que hubo llegado á unos 10 centímetros de ésta, verificóse un fenómeno, que puede decirse inverso; la tela fué disminuyendo de volumen, y á cada acortamiento, respondía la silla dando un salto y aproximándose á Eusapia; cuando estuvo cerca franqueó bruscamente la distancia que la separaba chocando contra la silla del medium. Pregunto á Eusapia si puede hacer que la silla vuelva al sitio que ocupara, y el fenómeno se produce en sentido contrario, y del mismo modo que antes acaeció.

Puesta una brújula entre el medium y el mueble que ha de mover, no ha indicado acción alguna magnética; sin embargo, si se

pide á Eusapia que la influencie, aun cuando la distancia sea mayor, la aguja es sacudida violentamente.

Si el fenómeno que ha de producir exige del medium un gasto considerable de energía por la distancia á que opera ó por otra causa, sobreviene la crisis y cae en lo que llaman *transe*. Así ha ocurrido en varias sesiones—á media luz—en que le he pedido que moviera una silla que estaba á más de metro y medio. Después de bostezar y retorcerse convulsa, caía en un estado algo semejante al cataléptico; tendía los brazos, y en tal momento, la silla se elevaba por los aires y parecía adherida á la pared—esta es la sensación que da, cuando se intenta variarla de posición durante el fenómeno,—y subía á más de un metro, para descender—si las manos de Eusapia se bajaban—lentamente, no de una manera uniforme, sino inclinándose á los lados, como si descansara en los peldaños de una escalera, ó de modo brusco, si los brazos caían de golpe <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> «Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec.

Y las manos de Moisés estaban pesadas, por lo que tomaron una piedra y pusieronla debajo de él, y es

Ya en *transe*, y cuando la silla está en el suelo, se acerca y aleja de Eusapia sin que las manos se muevan, ni el vestido experimente la curiosísima modificación apuntada. Alguna vez acontece, que cuando el medium se levanta, la silla que ha servido para la experiencia, se va en pos de él, dando saltos y describiendo los movimientos que ejecuta, adhiriéndose en ocasiones tan fuertemente á las ropas, que cuesta trabajo el separarla; si se consigue y Eusapia avanza, la silla hace esfuerzos por desprenderse, y libre, reanuda su marcha de saltos para aproximarse de nuevo. En este caso, tampoco los vestidos se han inflado.

En la oscuridad completa, los movimientos de la mesa son más intensos, llegando á ascender tanto, que obliga á Eusapia á ponerse de pie para guardar la distancia que separa sus manos de aquélla, y que entonces suele caer tan violentamente, que se hace pedazos, como en dos ocasiones he presenciado. El golpe es formidable, y, por inesperado, sobresalta.

---

sentó sobre ella; y Aarón y Hur sustentaban sus manos, el uno de una parte y el otro de otra: así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol.» (*Exodo*, Cáp. XVII, vs. 11 y 12.)



III.—AUMENTO Y DISMINUCIÓN DEL PESO  
DE LOS CUERPOS

No son experiencias, sino observaciones las que voy á referir en este párrafo. Creo, además, conveniente hacer una aclaración respecto del sentido que debe darse á la denominación del fenómeno. Dicese aumento de peso; más que esto es una resistencia elástica y característica que recuerda la que ofrece la separación de dos cuerpos imantados.

Cuando la mesa esta en el suelo, aislada de todo contacto de Eusapia, y se intenta levantarla, la impresión que se recibe no es como si la madera se hubiera convertido en plomo ó en hierro, y, por tanto, más pesada, sino la de que tiran de ella hacia abajo, ó que el esfuerzo de una mano colocada encima se opone á que sea levantada. No es una resistencia uniforme, igual en toda la mesa, sino que actúa allí donde se intenta el movimiento; y semejante á ésta, aunque más elástica, es la que se nota en la silla, adherida á la ropa cuando Eusapia obra sobre aquélla en *transe*, ó cuando la sigue y se pega á sus vestidos.

Si la mesa está alzada por los pies correspondientes al lado de Eusapia, y se quiere ba-

jarla, necesitase hacer un esfuerzo que vence la resistencia, pero que permite apreciar la sensación de elasticidad de que dejamos hecha mención. Disminuyo la fuerza de mis manos y la mesa se alza de nuevo, y entonces percibo en su movimiento, como que la empujan por abajo ó la levantan desde arriba.

Si está en el aire sin sostén alguno y pretendo bajarla cuando sigue el movimiento de las manos de Eusapia, la sensación es más característica: parece que se escapa, y que el punto de apoyo no tiene consistencia; es una sustentación inestable, si así puedo expresarme, muy parecida á la de un objeto que, puesto sobre un resorte de espiral, intentara bajársele haciendo presión, no en el centro del muelle, sino á un lado cualquiera. Puede compararse también á la que experimentamos al bajar con la mano, un balón grande lleno de hidrógeno, y que flota en la atmósfera: sensación de resistencia elástica, flexible, esférica, si vale la palabra.

Cuando Eusapia quiere, la mesa disminuye de su peso; mas ha de entenderse que la impresión no es de que sea más ligera que antes.

Si levantamos un cuerpo liviano, la sensación percibida es siempre la misma; si, por el

contrario, es un objeto pesado y hacemos que otra persona nos ayude, tirando de él hacia arriba, habrá momentos en que, por no ser uniforme la acción de la fuerza que lo eleva, parecerá menos denso y que se nos escapa de la mano. Esto es lo que ocurre con la mesa. Se nota de modo clarísimo, cómo nos ayudan en el esfuerzo que ejecutamos.

#### IV.—ELEVACIÓN DEL CUERPO HUMANO

Pocos fenómenos han sido más discutidos que el que se refiere á la elevación en el aire del cuerpo humano sin aparato mecánico alguno, y sin otro motor, que la fuerza desconocida que lo produce.

En una sesión celebrada en mi casa, por la noche, después de cambiados los vestidos de la medium, se durmió, y en sonambulismo me dijo que la atara los pies y las manos y que las tuviera entre las mías; que después de ligada retirara las sillas y que acertara un tanto la luz del gas, porque quería intentar la elevación de su cuerpo en el aire. Nunca fui más complaciente que en aquel momento. Con una larga cuerda até los vestidos de la medium alrededor de sus piernas, y juntando sus manos las sujeté por la muñeca con mi mano iz-

quierda, mientras con la derecha disminuía la luz; terminada la operación tomé en mis manos las de Eusapia. Pasados algunos segundos de silencio, noté que se ascendía lentamente, poco á poco, sin sacudidas, y se elevó á tal punto, que tuve que levantar mucho mis brazos para seguir el movimiento de su cuerpo sin soltar sus manos. En la sombra que se dibujaba en el fondo luminoso formado por la pantalla de la lámpara, pude ver el cuerpo de la medium sostenerse en el aire. Me dijo que aumentara la luz, y entonces ví á Eusapia inmóvil, rígida, en estado cataleptoide, de pie sobre la mesa. Disminuí de nuevo la luz, y Eusapia continuó su ascensión, pudiendo yo pasar la mano por entre sus pies, que permanecían juntos y ligados, y la mesa, en la cual descansaban momentos antes. Del mismo modo que subió, hizo el descenso: lenta, tranquilamente, como si su cuerpo no obedeciera á las leyes de la gravedad. Mientras este fenómeno se producía, aparecían lucecillas de color azulado, que cruzaban la habitación en varios sentidos, y una como aureola luminosa que rodeaba la cabeza de Eusapia.

En otra ocasión, estando sentada y ligada en una silla, se ha elevado á más de 30 centímetros del suelo, permaneciendo en el

aire durante varios minutos. Esta vez se produjo un estado de postración intensa en la medium, que se siente sin fuerzas y no puede moverse. *Sono stanca*, estoy cansada, me decía; y sudorosa, quejándose de dolor á lo largo de la columna vertebral, pedía que se suspendiera la sesión, porque no le era posible continuar.

#### V.—ESCRITURA DIRECTA

En esta clase de fenómenos son muy curiosas las observaciones que cuento.

Una noche en que estudiaba la atracción de un objeto á distancia, Eusapia me dice: —¿Ves algo?—al mismo tiempo que señalaba la tabla de una mesa nueva mandada hacer por mí.—No veo nada,—le contesté después de examinar el sitio que me indicaba. Tomó mi mano, la puso sobre la mesa, y por encima del dorso hizo, con el dedo índice de su mano derecha, unas líneas, que no supe lo que eran hasta que levanté la mano, y debajo de ella, donde segundos antes estaba la tabla perfectamente limpia y lisa, había escrito con caracteres muy mal hechos y que parecían de lápiz, la palabra *caro*. Esto ocurrió estando la habitación perfectamente iluminada por la luz del

gas. Examiné las uñas y los dedos de la medium, y no encontré ni el menor vestigio de sustancia que pudiera explicar tal manifestación.

Acto seguido me indicó Eusapia que registrara cuidadosamente la superficie inferior de la tabla de la mesa. Accedí, examinándola en todos sentidos, y me convencí de que nada había. Se lo hice notar, y me dijo entonces: —Lleva la mano debajo de la mesa y con un dedo escribe lo que se te ocurra, ó traza una figura cualquiera. Después de mirarme los dedos complací á la medium: hice un cuadrado y un triángulo. Retiré la mano, volví la mesa, y cuanto había indicado yo con los dedos estaba allí perfectamente marcado con un color gris plomizo. Durante la experiencia, las manos de Eusapia permanecían sobre la mesa, y sobre ellas apoyaba yo la mía izquierda, y no advertí el más pequeño movimiento.

En muchas ocasiones Eusapia tomaba mi dedo índice de la mano derecha, y después de decirme que trazara yo lo que quisiera sobre un objeto, seguía con su mano guiando suavemente la mía, ó mejor, dejándose llevar de los movimientos que yo hacía. Terminado éste, aparecía sobre la tabla de la mesa, y á través del objeto en que había escrito, cuanto mi

dedo ejecutara, sin emplear, por supuesto, materia alguna colorante.

Presenté á Eusapia una pizarra plegable de Fáber, núm. 48, comprada por mí en la Carrera de San Jerónimo, núm. 10, y que, atornilladas sus dos mitades, ligadas con un cordón y selladas con mis iniciales, había permanecido guardada en mi maleta. Dije á la medium si podría escribir algo en ella, y coloqué mis manos sobre la pizarra, entre cuyas hojas no había puesto pizarrillo. Apagué la luz y escuché atentamente, y no percibí ruido alguno: al cabo de varios minutos rompí las ligaduras y sellos, saqué los tornillos y ví en ambas hojas de la pizarra escrito *carissimo*, con la particularidad de que en una se leía al revés, como si la palabra hubiera sido hecha con letras líquidas y sobre ella se hubiesen aplicado al mismo tiempo las hojas de la pizarra. Es esta, la única vez que obtuve tal fenómeno en semejantes condiciones, y que valió á Eusapia ponerse enferma, obligándola á guardar cama; intenté su repetición, y fueron inútiles mis esfuerzos y deseos. Sin embargo, no es difícil conseguir la escritura directa en forma más sencilla. Tomo un pliego de papel, lo doblo en cuatro, lacrando con mi sello las puntas así reunidas, y lo clavo en la pared á la

altura que alcanzo subido en una silla. Apagada la luz, óyese el ruido que produce un papel que cae. Al sentirlo sobre mí, en la cabeza ó en las manos, enciendo la luz y veo en el pliego que antes sellara, roto el lacre y en la carilla interior, una cruz ú otro signo cualquiera. A veces el pliego cae tal como fué puesto, el lacre está intacto y en medio del papel hay rayas que, como las anteriores, parecen hechas con lápiz.

Estas manifestaciones, cuando se las provoca experimentalmente, exigen, por parte de Eusapia, un gasto considerable de fuerza, cosa que no ocurre si son producto espontáneo de ella, puesto que no cae en *transe* como en las sesiones experimentales. Durante el fenómeno, las manos de Eusapia están, como siempre, vigiladas.

## VI.—FENÓMENOS LUMINOSOS

### 1.º *Lucecillas, etc.*

Los fenómenos luminosos son variados en extremo; pero los que de ordinario se han presentado á mi observación, eran pequeñas lucecillas, que con velocidad asombrosa unas veces, otras con gran lentitud, recorrían el aire, se detenían en un punto cualquiera, y



después de algunos segundos de duración, desaparecían para aparecer más numerosas é intensas.

Estas manifestaciones, como otras muchas, no es posible someterlas á una experimentación rigurosa, porque se aparecen de improviso, en la mayoría de los casos. Cuando la medium se encuentra con mucho poder, uno de los signos que lo anuncian, es este fenómeno curioso. Sin embargo, ya presentado, se manifiesta, en ocasiones, obedeciendo á la voluntad de Eusapia; en otras, independientemente y en contra de lo que ella misma quiere.

Algunas veces no son lucecillas, sino un cuerpo luminoso, grande, redondeado, que aparece en lo alto de la habitación y que desciende con lentitud, ó rápidamente, á la mesa de experiencias, y ya en ella, parece como que la perfora para mostrarse por debajo; recorre el suelo produciendo un ruido especial, y muchas veces en silencio; responde con golpes de idéntico ritmo á los que se han hecho, y los produce donde se le indica. Al verle por el aire, describiendo zig-zags, recorriendo la habitación y sin desprender calor, con luz brillante y suave, que no daña á la vista, diríase que era un *rayo pacífico*.

Otras veces son placas; más ó menos gran-

des parece que se han reunido todas las lucillas, antes dispersas, para formar un solo foco.

Por último, suele ser un resplandor que ilumina la habitación durante varios segundos, con claridad suficiente para distinguir los objetos y apreciar sus detalles.

Las luces son de color blanco azulado sumamente pálido: no se las puede comparar mejor que á la luz de la luna.

No oscilan ni despiden vapores, ni tiemblan como la luz del fósforo húmedo; tampoco tienen el brillo intenso, la viveza del magnesio pulverizado ó del hierro pirofórico.

El camino que hacen en el aire se asemeja al de los pececillos en el agua, que recorren con velocidad una línea recta, y con igual velocidad quiebran la dirección que llevaban, formando un ángulo recto ó sumamente agudo.

No tienen sitio preferido para manifestarse, y unas veces rodeaban á Eusapia circundándola de un nimbo luminoso; otras se fijaban en mis manos, en mi ropa, y no pocas vagaban por el aire describiendo líneas caprichosas difíciles de seguir en sus rápidas evoluciones.

En una ocasión, atadas las manos de la

medium y fijados los extremos del cordel á la mesa y sellados con lacre, apagué la luz por completo; alcé mi reloj cuanto permitía mi brazo, y pedí á Eusapia que lo iluminara para ver la hora. Acto continuo apareció sobre mi brazo derecho una placa luminosa de mayor tamaño que una pieza de cinco pesetas; fué moviéndose poco á poco hasta fijarse en la esfera del reloj, que alumbró unos segundos con suficiente intensidad para ver todos, que las manecillas marcaban las dos, de la madrugada.

Coloqué el reloj sobre la mesa, y al poco rato una lucecilla se posó en él, y levantándolo, le dejó en una silla que estaba á mi derecha.

Durante el fenómeno, Eusapia permaneció sentada á mi izquierda, sin hacer movimiento alguno, con las manos atadas y habiendo puesto yo las mías sobre ellas, como una garantía más.

En estas experiencias y en todas no olvidé hacer un registro de la medium, obligándola á cambiar de ropa; he examinado sus manos, los dedos, las uñas, y el fenómeno se ha producido con igual intensidad, ya estuvieran sus manos metidas dentro de una vasija con agua, ya cubiertas con guantes.

2.º *Aparición de manos y caras luminosas*  
ó no.

Estos fenómenos pueden ser considerados como complemento de los anteriores, pues en muchas ocasiones las luces que parecen andar sin conexión alguna por el aire, se reúnen, concentrándose para adquirir la forma de una mano luminosa. A veces es la punta de los dedos lo que únicamente se observa; otras es la mano entera con parte del antebrazo, cuyo límite se pierde en la oscuridad por la debilitación de la luz que lo forma. Estas manos están animadas de movimiento y ejecutan los mismos actos que las humanas.

Durante las experiencias, y estando Eusapia en *transe*, he sentido que una mano apretaba violentamente mi brazo; otras veces castañeteaba los dedos tan cerca de mi cara, que percibía distintamente la vibración del aire. Puesto yo de pie, alzaba la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba por las muñecas las de Eusapia que, sentada, permanecía con la cabeza echada sobre la mesa: pronto sentía en mi mano alzada, el contacto de otra que me apretaba los dedos, jugando con ellos, como si se abriese y cerrase con rapidez; era una mano nerviosa. Seguían sus dedos tocando la cara dorsal de los míos, ba-

jaba por el brazo y me hacía sentir su contacto en la cara, me tiraba del pelo ó me quitaba el alfiler de la corbata, que colocaba en la manga de mi levita.

Es de notar que las manos que tocaban la mía no procedían de abajo para arriba, sino al contrario: eran manos que bajaban del techo, y cuya muñeca quedaba en oposición á la mía. Si las precauciones tomadas no fueran lo suficientemente rigurosas, bastaría este dato para alejar toda sospecha, contando con que la medium, ni aun puesta de pie, podía alcanzar con su mano la mía, dadas nuestras respectivas estaturas.

Es desagradabilísima la impresión que producen las manos en el primer momento, y afectan forma y tamaño diversos: son unas, finas, delicadas, como de niño ó mujer, y otras, grandes, voluminosas, fuertes, como las de un Hércules, y cuya presión hace daño; frías como el mármol, ó calientes y con la blandura de la carne del anfiteatro. No tienen huesos.

Todos estos fenómenos ocurrieron en sesiones durante las cuales había disminuído ó apagado la luz. Con claridad completa, no he observado nada semejante.

Es curiosísimo el verlas en el aire, mover los dedos, hacerlos castañetear y desapare-



cer en seguida para aparecer nuevamente.

He visto á estas manos avanzar hacia mí, quitarme el reloj del bolsillo y llevarlo á más de un metro de distancia de la medium, que permanecía sentada á mi izquierda y con sus manos entre la mías, y tomarlo de nuevo para ponerlo sobre la mesa. Y era de notar el cuidado que empleaban en estas operaciones, y la delicadeza con que le dejaban, evitando el menor choque.

El 12 de Mayo, por la noche y en mi casa, pedí á Eusapia, sentada á mi izquierda, que el *espíritu* diese cuerda á mi reloj y marcase en él la hora que yo tenía pensada, en sustitución de la que realmente era. Me contestó, como siempre, que lo intentaría, pero sin responder del resultado.

Tomé mi reloj con la mano derecha y con la izquierda sujeté las de la medium. Unos momentos después sentí que hacían tracción de aquél, mas sin violencia alguna; abrí la mano y oí distintamente el ruido que produce el *remontoir* cuando se hace girar entre los dedos. Volvió el reloj á mi mano, solté las de Eusapia y encendí la luz, pudiendo ver entonces que mi reloj marcaba las 4 y 10, hora que yo había querido que se indicase, en lugar de las 12 y 17 que señalaba momentos antes,

y que el reloj tenía dada toda la cuerda.

En las sesiones en que ocurren apariciones de manos, es cuando son más notables los transportes de objetos colocados á mucha distancia de Eusapia. Campanillas, trompetas pequeñas, panderetas puestas de intento detrás del medium y tan altas que su mano no puede alcanzarlas, óyeselas sonar por el aire, y caen sobre la mesa. Muchas veces se ve las manos luminosas que las mueven y que dan palmadas como aplausos—y esto es un detalle importantísimo,—mientras las de la medium están sujetas entre las mías.

Sentados y á oscuras, una noche percibimos todos, cuando Eusapia recomendaba que no le soltásemos las manos—cosa en que ya no pensábamos,—que nos rozaban la cara, sin que por la sensación experimentada pudiéramos presumir con qué. Al mismo tiempo notamos que algo colocaban sobre la mesa, y vimos, ya encendida la luz, que eran tres sillas: una sobre otra, la última con los pies para arriba y en uno de ellos un plumerillo—que la criada había dejado olvidado en la habitación inmediata,—y con el que, sin duda, nos habían tocado en la cara.

Estando las manos de Eusapia atadas con un cordel, cuyos cabos he fijado con lacre en

la mesa, y aseguradas con las mías para percibir cualquier movimiento que hiciera, he visto dos manos luminosas, como descendidas del techo, que se acercaron á las nuestras, y con sus dedos aflojaron los nudos que sujetaban las muñecas de Eusapia. Las he visto también aumentar y acortar la luz del mechero de gas y dibujarse su silueta sobre la pantalla de la lámpara, estando ésta medio apagada, ó en los cristales de la galería.

Los cortinones que separan el gabinete de la sala son sacudidos violentamente sin causa visible; se inflan como si los empujaran; vése una mano, al parecer de carne, y al poco rato una silla ó un objeto cualquiera es proyectado, sin que Eusapia, que está inmóvil, tenga participación—directa—en el fenómeno.

Y en todos los actos que realizan las manos <sup>1</sup>, ya tocando á los circunstantes, ya poniendo sobre la mesa objetos más ó menos pe-

---

<sup>1</sup> Con este punto se relaciona una cuestión capitalísima: *la del fraude posible* por parte del medium, y que pasamos por alto, dado el gran desarrollo que requiere su estudio, y el objeto que nos hemos impuesto.

No tardaremos, sin embargo, mucho en publicar un volumen, en el cual habremos de discutir, con otras materias, ésta.



sados y grandes, *nunca* ocurre que haya un tropiezo que denote torpeza en el agente.

Si una silla es arrojada, como suele ocurrir con frecuencia en las sesiones á oscuras, pasa por sobre los asistentes y cae en la mesa sin haber rozado siquiera á ninguno.

Cuando suena una trompetilla ó se oye besos dados en el aire, no es raro sentir al poco tiempo el contacto de una cara,—que no es la de la medium, en *transe* y echada de bruces sobre la mesa,— que suele hacerse luminosa, con un resplandor indefinible, tan tenue, que aunque permite afirmar que es una cara, no basta para apreciar ó distinguir detalles en ella. Pudiera decirse que es una luz que no irradia, tanto, que si no está enteramente oscura la estancia, la luminosidad de las apariciones no se percibe, y sí, en cambio, una silueta ó sombra de contornos bien definidos. La sensación que produce el contacto de la cara es, como el de las manos, cálida, blanda, con la blandura de la carne viva, ó fría y desagradable. Parece de hombre, porque se toca barba y el pelo corto. Probablemente, estas caras son las que producen en algunos fenómenos una corriente de aire frío, intensísimo, que molesta; en otros caliente y húmedo, como el hálito de una persona vi-

va, y en no pocas como el soplo eléctrico.

En la sesión del 1.º de Mayo, después de haber obtenido algunas manifestaciones curiosas, comenzó Eusapia, como de ordinario le ocurre, á bostezar, á quejarse de dolores de raquis y sentirse sumamente nerviosa.

Estaba sentada á mi izquierda, con las manos ligadas y apoyadas en la mesa, donde yo las sujetaba, y frente á la puerta de la sala. El gabinete está á oscuras por completo, y en la sala alumbra, con menos que mediana intensidad, el mechero de gas.

Las manifestaciones nerviosas siguen produciéndose en Eusapia, que parece en un ataque histeriforme; y de repente, cuando más grita y se retuerce, el cortinón, que está á dos metros de nosotros, es sacudido violentamente y corrida por completo la mitad de él.

Eusapia da un grito y cae en *transe*; su pulso en este momento, como siempre que ocurren fenómenos de alguna intensidad, late tan imperceptiblemente, que no se nota.

La respiración apenas si se oye, y su cara está bañada en sudor copiosísimo y frío.

Se agita de nuevo el cortinón y aparece en la puerta la figura de un brazo que se alarga y se retira rápidamente; agita la mano como si saludara, y desaparece. En seguida asoma

por el borde del cortinón, y á una altura que corresponde á la pantalla que hay en la sala, la silueta de una cabeza, visible hasta el cuello, dibujada en el fondo blanco que forma la porcelana. De nuevo sale el brazo, la cabeza hace algunos movimientos y una sombra cruza la puerta. Vuelve á aparecer la cabeza en el lado opuesto al que antes ocupara, y haciendo una inclinación desapareció.

Despierta Eusapia sobresaltada y se queja de mucho cansancio, por lo que fué preciso suspender la sesión hasta otro día.

No he podido apreciar detalle alguno en las figuras que he visto. Eran como sombras, y, dada la altura y la posición en que se presentaron, suponiéndola unida al cuerpo, éste debiera estar en el aire y próximamente con una inclinación de  $45^{\circ}$  sobre el horizonte.

En la sesión del 10 de Mayo el fenómeno se repitió de una manera análoga, en cuanto á la forma. Al desaparecer el fantasma, una silla en la sala fué arrojada violentamente contra la pared, y se produjeron ruidos muy parecidos al de una sierra circular al cortar madera.

## VII.—IMPRESIONES DE FORMAS HUMANAS

Los fenómenos que expongo en este párrafo, á igual que los indicados anteriormente, han ocurrido en mi casa durante el día ó la noche, pero en una semi-oscuridad, porque á la luz, se producen de manera poco intensa, á pesar de llevar aparejado consigo mayor aniquilamiento y gasto nervioso en la medium.

En la penumbra se obtienen claras las manifestaciones; pero no tanto como en la oscuridad absoluta, en la que adquieren un grado tal de intensidad, que maravilla.

En una caja de madera, construída por encargo mío<sup>1</sup>, de paredes resistentes, con cerraduras fuertes y dobles, pongo una porción de arcilla, que yo mismo amasé, dejándola suficientemente consistente para que no se deformen las impresiones que en ella se hiciesen, cubriéndola después con una hoja de papel blanco. Cierro la tapa y echo la llave, que guardo en mi bolsillo, haciendo lo mismo con la de un candado, que, para mayor seguridad mía, apliqué á la caja. Así preparada

---

<sup>1</sup> Fué hecha en el taller del Sr. D. Alberto Villa, de esta corte, Zurita, 28.

ésta, la coloco á distancia variable de la medium, sin que nunca esté más cerca que á 50 centímetros, ni más distante que á 2 metros. Las manos de la medium están sujetas por las mías, y sus pies vigilados: la experiencia ocurre á la luz debilitada de un mechero de gas. Al poco rato, unas veces, y otras, después de mucho tiempo, comienzan á manifestarse síntomas precursores del estado en que entra Eusapia cuando va á producirse un fenómeno intenso: hipo, bostezos, sollozos, llanto en ocasiones y gritos agudos; se retuerce desesperada, presa de convulsiones, llena de espuma la boca, apretados los dientes, contraída y deformada la cara, vueltos hacia arriba, inmóviles é insensibles los globos oculares, dilatadas las ventanas de la nariz, llena la frente de un sudor frío, y tan hiperestesiados todos los sentidos, que el menor ruido la molesta, y es necesario vendarla los ojos para que no la dañe la luz que alumbra el gabinete. Si la tocan los dedos, se lamenta y dice que siente como si se la quemara con un hierro.

Suele suceder que en este período se produzca el fenómeno, ó que desaparezca esta fase, para dar lugar á otra en que Eusapia queda letárgica en tal grado, que hay mo-

mentos en los que parece que la vida del medium se ha extinguido y está su cuerpo inanimado. Pasados algunos segundos, se despierta de un modo brusco, y dice: *¡É' fatto!* (¡está hecho!) Y en efecto: abierta la caja y separado el papel que cubre la arcilla, y que está intacto, se ve en ésta un hueco, que es la forma de una mano, de una cara, ó de ambas, perfectamente detalladas.

La medium queda extenuada; su sistema nervioso quiere descanso, y es necesario dejarla dormir un rato para que se reponga un tanto. Se queja de dolor agudísimo á lo largo de la columna vertebral, y tan cansada se siente, que guarda cama durante un día entero por no poder dedicarse á ningún trabajo.

Si el fenómeno quiere obtenerse en plena luz, Eusapia se fatiga más, y dice que no puede hacer nada; sin embargo, he obtenido en una sesión la impresión hecha por la punta de unos dedos que no podían pertenecer más que á un niño, no mayor de un año. En ella estaban marcadas las uñas y los surcos ungueales.

Si, por el contrario, se opera en la oscuridad absoluta, á veces llega á verse encima de la caja una mano ó una cara luminosa, mientras Eusapia está como muerta. Entonces el

fenómeno es más intenso y completo; los detalles en las figuras se acentúan, están mejor definidos los contornos, y la expresión en ellas es más visible.

También influye en la obtención del fenómeno el que el barro esté ó no encerrado, pues en el primer caso exige más gasto nervioso en la medium, y más tiempo para efectuarse la impresión.

Después que me hube convencido de la realidad de las manifestaciones, he operado colocando la arcilla en una fuente sobre la mesa, cubriendo aquélla con una hoja de papel, cuyas puntas sellaba á la mesa con mi sello, y sin descuidar otras precauciones.

Muchas impresiones aparecen revestidas con una tela, que es fina como la batista de seda, ó tan basta, que recuerda al lienzo ordinario. Cuando se vacían en yeso las figuras obtenidas, presentan la huella de este tejido, que acompaña, por veces, aun á las manifestaciones más ligeras ó menos importantes.

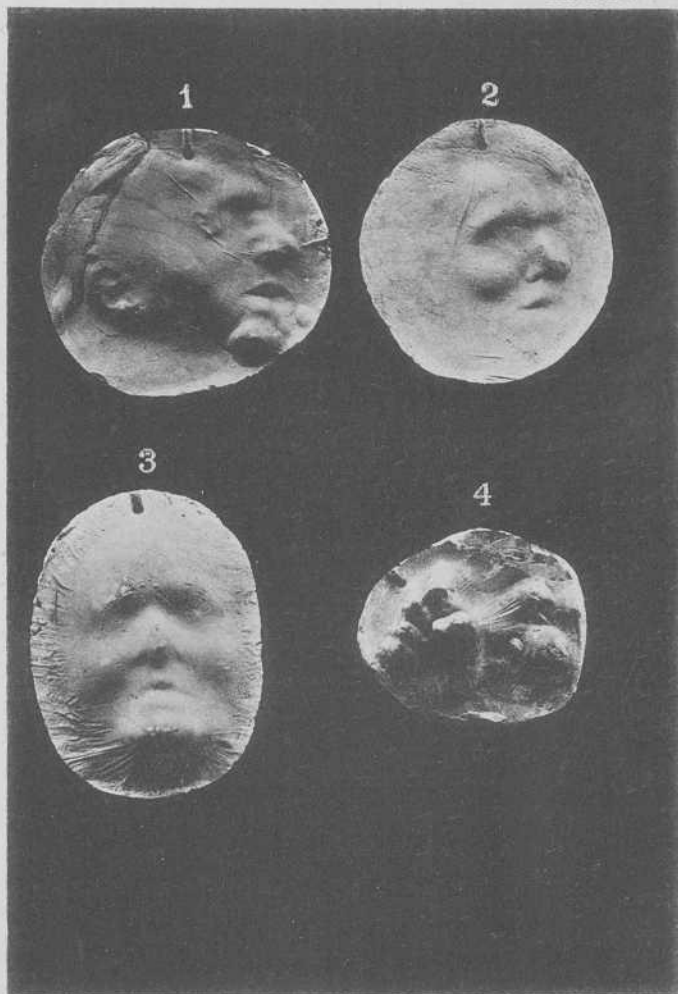
La hoja de papel que cubre á la arcilla nunca aparece rota, desprendida de los sellos, cambiada de sitio ni arrugada, y sí siempre extendida; y debajo de ella están las impresiones hechas, como si la fuerza comenzara á actuar desde la cara inferior del papel, ó como si éste

fuera una tela elástica que después de distendida volviera á ocupar el sitio primero, siquiera esta suposición no sea admisible, porque no aparecen en él las manchas que la arcilla, necesariamente habría de dejar en los puntos en que se hiciera presión.

En las figuras cuya fototipia acompaño, aparte de la curiosidad que revisten todas, hay una obtenida por el Sr. Chiaia (lámina I, fig. 4.<sup>a</sup>) que merece un estudio especial. Es una mano cuyos dedos índice, medio, anular y meñique están doblados sobre la palma, cruzando á los dos primeros el pulgar. Si se quiere hacer un molde ó una impresión de esta mano en arcilla ó en barro de escultor, claro está que, dada la consistencia de la masa, todas las partes de la mano que quedan por encima del dedo pulgar no podrán marcarse, porque ésta va haciendo un hueco en el barro al descender, que imposibilita el que los detalles correspondientes á la parte de los índice y medio se marquen. Sin embargo de esto, en el molde citado no sólo aparecen claros los detalles de la cara palmar del pulgar, sino todos los correspondientes á la porción de la cara dorsal del índice y medio que quedan cubiertos por aquél.

Adviértase también que en la figura existe





*J. Laurent y C<sup>ia</sup>, Madrid.*

Copia de impresiones de forma humana, producidas en arcilla.  
(Experiencias del Sr. CHATAIA).



una tela que recubre toda la mano, no como un guante, puesto que forma pliegues, que en nada disminuyen la riqueza de detalles que presenta la impresión hecha.

En las demás figuras, tanto en las conseguidas por el Sr. Chiaia como en las que obtuve yo, puede observarse algo muy curioso, siendo de notar desde el primer momento la semejanza que hay entre algunas de ellas, á pesar de la diversidad de líneas. Es la misma cara con diferente expresión y colocada de manera diferente también. Unas están torcidas y parece que el maxilar inferior fuera de cautchuc y que se hubiera doblado, haciendo esto aparecer en un mismo plano superficies que no pueden estarlo, como se ve en la fig. 1.<sup>a</sup> del Sr. Chiaia (lám. I), en la cual el mentón está de frente por completo y algo hacia arriba, mientras que el resto de la cara está de perfil.—Ha habido un movimiento giratorio de la cara, sin duda.—Para que la figura respondiera á la posición del mentón, es necesario que se viera también la mitad izquierda de la cara. En otras la boca es lo que difiere: mientras unas la tienen cerrada, en las más se ve los labios separados en grande extensión. La nariz es la misma siempre, y todas presentan detalles que, si varían, dejan reco-

nocer un solo original. Las ventanas y los surcos naso-genianos y nasal se marcan bien, como asimismo la redondez elástica de los cartilagos que forman las alas.

En todas las figuras es la oreja lo mejor hecho respecto á detalles; y téngase en cuenta que, tanto las elevaciones como las depresiones que en ella existen; tanto las partes duras como el pulpejo, están representadas fielmente. Nótese también que la fig. 5.<sup>a</sup> (lám. II), además de la particularidad de presentar una mano y una cara, ofrece la de tener ésta dos orejas, una al lado de la otra, siendo el único detalle doble que se ve. Respecto á los ojos, en muchas ocasiones están como borrosos, si quiera se aprecien bien, la forma y relieve de los párpados y la diferencia de planos que existe entre estos órganos y los globos oculares. Sin embargo, en la fig. 1.<sup>a</sup> (lám. II), los ojos están abiertos y mirando hacia arriba, si bien no da este detalle la fototipia. Basta colocar el modelo de yeso que obtuve, de modo que reciba la luz cenital, para observar esta curiosísima particularidad.

Las figuras 3.<sup>a</sup> del Sr. Chiaia (lám. I), y 3.<sup>a</sup> mía (lám. II), se separan del modelo general; pero se parecen entre sí. La primera, representa una cara de mujer, y Eusapia asegura que



*J. Laurent y C<sup>ía</sup>, Madrid.*

Copia de impresiones de forma humana, producidas en arcilla.  
(Experiencias del autor).



se parece á su madre. Lo cierto es que existe semejanza entre la figura de yeso y la cara de la medium: basta mirar la nariz y la dirección y forma de la boca y del lábio bello, para apreciar el parecido entre ambas.

Por último, nótese en todas las figuras que están de perfil, y dejando á un lado la mayor ó menor corrección que presentan, que la línea alveolo-auricular del ángulo facial es sumamente larga, y no parece sino que se hubiera estirado la cara prolongando la distancia, por más que todo esto no es sino el resultado de los diferentes planos en que aparecen hechas las caras.

Tal es, á grandes rasgos, el conjunto de detalles que presentan las figuras, y que ofrecen un riquísimo estudio por la variedad y el carácter extraordinario que revisten; estudio que no hago más que esbozar, dejando para más adelante el trabajo de profundizarlo.

Nápoles-Madrid 1888-89.

## FE DE ERRATAS

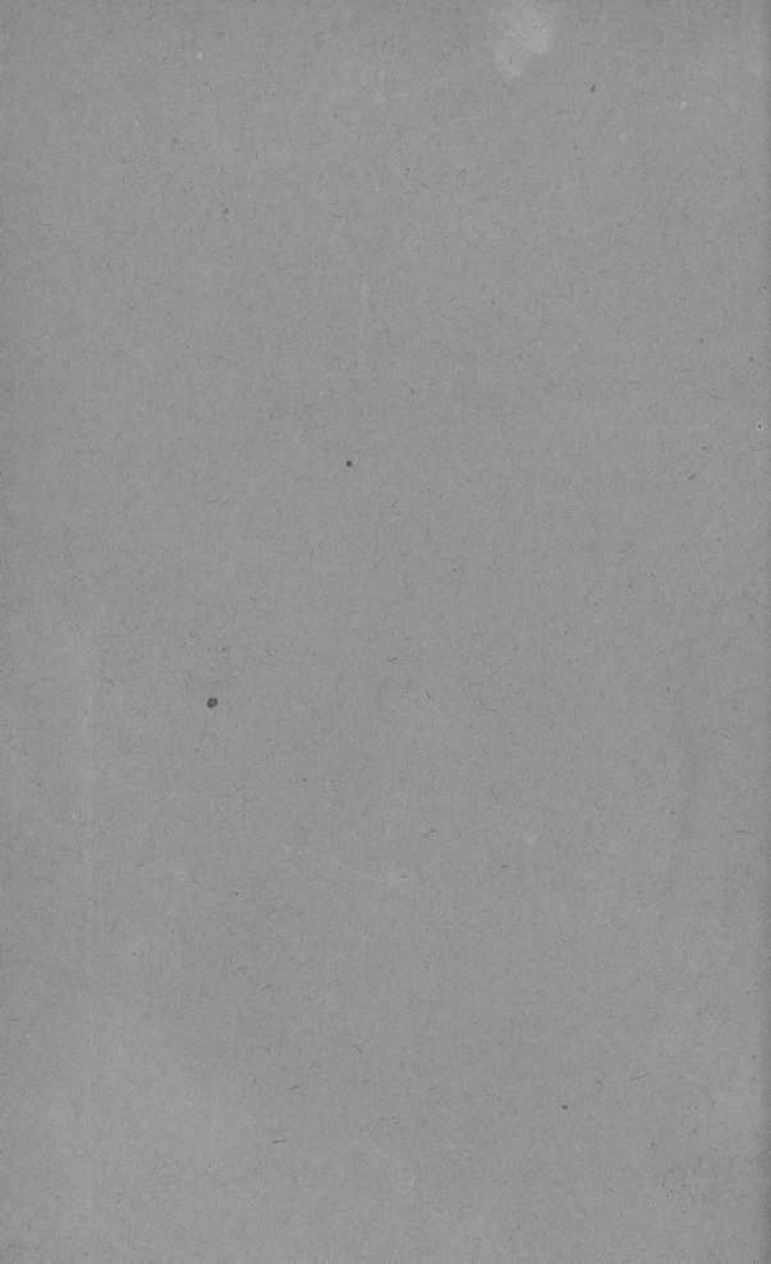
~~~~~

| <u>Página.</u> | <u>Línea.</u> | <u>Dice.</u>      | <u>Léase.</u> |
|----------------|---------------|-------------------|---------------|
| 91             | 6             | en que            | una           |
| 115            | 13            | obtenidos         | realizados    |
| 135            | 13            | selle con mi      | y mi          |
| 135            | 28            | fueron preparadas | fué preparada |
| 209            | 1             | tiene             | sostiene      |
| 214            | 12            | adquieren         | alcanzan      |
| 220            | 6             | solamente         | únicamente    |















DR. OTERO



---

LOS ESPIRITUS



2

3933

